

KATE L. MORGAN

Amar a un
HIGHLANDER



Amar a un Highlander

Kate L. Morgan

[PRÓLOGO](#)

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPITULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPITULO 7](#)

[CAPITULO 8](#)

[CAPITULO 9](#)

[CAPITULO 10](#)

[CAPITULO 11](#)

[CAPITULO 12](#)

[CAPITULO 13](#)

[CAPITULO 14](#)

[CAPITULO 15](#)

[CAPITULO 16](#)

[CAPITULO 17](#)

[CAPITULO 18](#)

[CAPITULO 19](#)

[CAPITULO 20](#)

PRÓLOGO

Evertown, Escocia, invierno de 1460

ERA SU TIERRA

ERA SU LUCHA

ERA SU FUTURO

Había luchado como si cada uno de sus golpes fuera el último, pero no había sido suficiente. El alto y fornido guerrero miró a su alrededor con gesto cansado. El kilt lo llevaba pegado al musculoso cuerpo debido al sudor y al esfuerzo, sin embargo, no lo protegía del frío aire de la madrugada. Una gota de sangre se deslizó por su mano, y fue dejando un rastro rojo en su piel hasta unirse a la sangre del enemigo, que todavía goteaba de la punta de la espada que sostenía en la mano.

El quejido de los malheridos había ido disminuyendo al avanzar la noche, pero el hedor de la sangre y del miedo se había apoderado de los combatientes aumentando sus dudas porque el enemigo podría regresar para iniciar una nueva batalla, si lo hacía, sería muy difícil resistir otro ataque porque estaban agotados, y habían sido mermados significativamente.

Si las tierras de Evertown no fueran tan prósperas, si los escoceses no fueran tan buenos luchadores, si él no fuera el laird que todos esperaban, no existiría frontera que defender.

Los gritos no habían cesado en esas horas horribles: cada aullido de dolor lo había sentido como si le arrancaran jirones de carne, finalmente cesaron, y entonces fue consciente de que el silencio era más sobrecogedor todavía. Pero la noche llegó, y el silencio tenso que había persistido quedó roto por el sonido del cuerno de un vigía que traía noticias.

Logan McIlvanney, laird de Evertown, se giró esperando la llegada, la brisa hacía que su melena de pelo rizado se agitara sobre su cuello. Al mirar hacia el horizonte contuvo el aliento pues la claridad traía consigo un espectáculo en verdad horrible: los muertos yacían en el suelo en una maraña de amigos y enemigos, de huesos partidos y miembros cercenados. Los campos, segados y limpios días atrás, habían quedado cubiertos de sangre y valor.

El ardid de las flechas impregnadas con fuego griego había funcionado

porque seguían clavadas y ardiendo a lo largo y ancho del campo.

Los mercenarios contratados habían sido derrotados, pero cada vez eran más numerosos. En su precipitada huida muchos habían perecido, y los que quedaron vivos se mostraron como cobardes. La noticia sobre la victoria obtenida voló saltando de boca en boca más rápido que el fuego sobre yesca. Al principio fue un murmullo lejano hasta que las emociones contenidas se derramaron en un clamor de victoria.

El laird lo miraba todo tras la recia fortificación, veía a la gente ascender por los campos buscándose los unos a los otros, también a él que los había salvado como tantas veces en el pasado, pero Logan no podía oírlos. El dolor de sus heridas no le pesaba tanto como tener que enterrar a varios amigos que habían luchado a su lado hombro a hombro. Habían ganado esa lucha, pero el precio había sido demasiado alto.

Logan maldijo a los ingleses con todas sus fuerzas.

CAPITULO 1

Castillo de Carwinley, frontera con Escocia

ERA SU PASIÓN

ERA SU VIDA

ERA SU DESTINO

La cercanía de la primavera lo reverdecía todo y convertía los helados campos en tierra fructífera. El frío se marchaba por fin, y los días se tornaban más luminosos. El calor que los muros habían ido acumulando a lo largo del día resultaban insuficientes para mantener el calor interior durante la noche, por eso se habían encendido los fogones centrales de las estancias.

La algarabía se fue amortiguando de forma constante: al principio se apagaron los golpes secos de las espadas que entrenaban en el patio de armas, poco después el griterío de los sirvientes, que fue reemplazado por los movimientos de las cazuelas puestas en el fuego.

Una extraña quietud rodeaba la fortificación central que dominaba el patio de armas y el huerto frutal del castillo. En el interior acababa de encenderse el fuego, y las llamas recién salidas de los haces de leña, solo habían comenzado a caldear un poco el aire.

Los dos hombres que ocupaban la sala principal de la torre del homenaje, solo parecían interesados en la conversación que mantenían. El de más edad tenía el cabello blanco y el semblante serio, miraba con ojos graves al más joven, más alto y delgado, pero era tan parecido a él, que era como mirarse en un estanque tranquilo y verse reflejado con unos años menos. El noble más joven iba tensándose a medida que exponía una serie de motivos: desgranaba las palabras como si fuesen una sentencia. Tal parecía que repetía algo inevitable, y que no le gustaba el resultado.

—No hay otra manera de hacerlo, padre... —dijo al fin Glenn, el hijo mayor y heredero.

Era el primogénito de la familia Wolfe, y había pertenecido al cuerpo diplomático de la corte hasta que la corona lo envió a proteger parte de la frontera. Su hogar era al baluarte de la resistencia contra las incursiones de los escoceses, y acababa de recibir una orden imperativa.

Las familias de nobles ingleses que vivían cerca de la frontera escocesa,

debían unirse para fortalecer la defensa de la misma.

—Siempre existe otra forma —replicó el padre mientras se pasaba una mano por el rostro cansado en un vano intento de despejarse: como si las ideas pudiesen fluir de golpe con la acción de frotarse la mandíbula.

Craig Wolfe, vizconde de Carwinley, meditaba la orden de la corona sobre su hija pequeña Megan.

—Jamás tomo una decisión sin haber tenido en cuenta cada posibilidad, y la que tenemos entre manos es la menos mala —respondió Glenn al tiempo que se acercaba a la ventana y observaba la escasa luz que todavía quedaba. Los sirvientes que escoltaban a su madre y a su hermana llegarían antes de que la noche cayese del todo.

El vizconde sabía que su primogénito tenía razón. Se sentía muy orgulloso de él. Se había ganado la consideración en la batalla defendiendo la frontera con Escocia, además tenía el respeto de la corona por la sensatez con la que tomaba cada decisión. Desde que empezó a ocuparse de las tierras y los labriegos, muchas cosas habían cambiado, y para bien. Atraídos por la solidez y valentía de la familia Wolfe, algunos grupos dispersos y familias, que en otra época formaron parte del pueblo, pero que se habían marchado por las constantes incursiones de los escoceses, retornaron felices de contar de nuevo con un líder que los protegiese. La mayoría ignoraban que no era solo Glenn quien estaba detrás de todas las decisiones que se tomaban, también tenía una familia que lo respaldaba.

Gracias a la familia Wolfe, las poblaciones cercanas a Carwinley vivían sin temor y en paz. El castillo fue aumentando de tamaño y terminó por consolidarse como uno de los más fuertes de la zona que protegían, pero el último invierno había resultado una dura prueba para todos.

—No le gustará —contó Craig pensando en su hija pequeña—. Y dudo de que sea la mejor opción que tenemos, aunque sí la más lucrativa.

—A mi hermana mayor tampoco le gustó la decisión que tomamos sobre su futuro esposo, y hoy es una mujer muy feliz.

La hija mayor, Gladys, estaba felizmente casada con el marqués de Greenhat, los dos formaba parte del séquito de la reina, y vivían felizmente en la corte. Glenn miró a su padre acercándose un dedo a los labios mientras ladeaba la cabeza en un ademán rápido para indicarle que mirase hacia la ventana.

—Siempre escuchando por las esquinas, ¿verdad Roy?

El hijo menor apareció por el hueco de la ventana, había esperado que

no notasen su presencia, pero con pésimos resultados, así que salió de las sombras.

—Pasaba por casualidad —replicó el aludido—. En modo alguno os estaba escuchando.

—Ya lo creo que nos escuchabas —respondió Glenn con algo más que disgusto en la voz—, y me enoja que nos espíes.

Antes de que hubiese acabado la frase, la sombra dejó la ventana y desapareció, un instante después entró en el círculo de luz que proyectaban las antorchas encendidas.

Roy Wolfe resultaba amenazador. El tejido oscuro de su ropa de jinete se ajustaba a unas piernas fuerte y que estaban acostumbradas a galopar. La capa que cubría la camisola, se había ladeado en el salto dejando al descubierto una daga que colgaba de su cintura. El cuerpo se parecía el de un felino presto al ataque, pero sus ojos, de un azul intenso, tenían chispas de alegría: Roy adoraba regresar al hogar.

El padre lo envolvió en un abrazo pues hacía semanas que no lo veía, y Glenn sonrió a su pesar, su hermano menor siempre ejercía un efecto apaciguador sobre cualquiera que se encontrase cerca, resultaba difícil enfadarse con él.

—¿En qué momento de la conversación comenzaste a espiarnos? —dijo Glenn interrumpiendo el abrazo—. De esa forma me ahorrarás tener que repetirlo todo y ganaremos un tiempo valioso. El sol está a punto de ponerse y ordené a los hombres que no permitiesen que Megan y madre se demorasen en la vuelta.

Su hermano Roy se volvió a mirarlo antes de preguntar. La sonrisa traviesa que lucía hasta un instante antes, había sido sustituida por una mueca de preocupación.

—Dime, ¿volvemos a tener problemas con los McInrre? —pregunto curioso.

Glenn soltó un suspiro largo.

—No es el clan McInrre lo que nos preocupa, más bien la unión de varios clanes más al norte, y el apoyo que parecen tener de algunos en el sur. Somos un blanco fácil para sus incursiones.

—Pero ese nunca había sido un problema para los Wolfe —lo interrumpió Roy.

Glenn miró serio a su hermano Roy. Él, era una de las piezas clave de la economía familiar pues llevaba el intercambio comercial con otros condados

y baronías. Tras la última victoria sobre los escoceses, su madre Lucinda, que provenía de Carlisle, y de una noble familia de comerciantes, había insistido en que la subsistencia de Carwinley no podía depender solo de la agricultura y el ganado. La madre propuso el intercambio y venta de menaje y artículos con otros poblados cercanos.

Su visión había resultado todo un acierto.

Roy acababa de llegar de un largo viaje. Había estado comerciando con pieles, plata, y otras mercancías menores, y todavía no conocía los acontecimientos que habían llevado a la familia a la situación en que la que se encontraban. Glenn se limitó a hacer un ademán con la mano antes de proseguir.

—Sí, ya sé que eso tampoco había sido un problema hasta ahora, pero este invierno ha sido demasiado duro para todos, hemos tenido que alimentar a mujeres y niños de otras zonas más alejadas, y que no habrían podido sobrevivir sin nuestra ayuda. Pero los campesinos no parecen estar muy de acuerdo con las decisiones que tomamos y se lo han tomado como una afrenta pues no quieren compartir el trigo y las hortalizas que cultivan en los campos —Glenn hizo una pausa y prosiguió con pesar en la voz—. Hace unos meses nos visitó el barón Dalton.

—¿Lord Dominic March? —preguntó Roy.

—Sí, y nos ofreció las libras que necesitamos para pasar tres inviernos, pero puso una condición a su ofrecimiento que no era desinteresado —concluyó apesadumbrado—. La corona ve con buenos ojos la alianza entre las dos familias.

—El barón lleva demasiado tiempo tratando de emparentar con nosotros —respondió el hijo menor arrastrando las palabras con todo el desprecio que pudo. El barón le provocaba un rechazo absoluto—. ¿Por qué la corona se ha pronunciado ahora? —espetó con cierta ira controlada—. ¿Tienes algo que ver, Glenn?

Indudablemente Roy se refería a los contactos que todavía mantenía su hermano mayor con la corona.

—¡Roy! —exclamó el padre sorprendido. La injusticia de las palabras para con su hermano le resultó innecesaria—. A todos nos afecta esto tanto como a ti, pero no podemos desobedecer una orden directa de la corona. Megan es la solución, y ya hablé con ella y me dijo que me daría una respuesta en breve. El plazo que le di a tu hermana expirará tras la fiesta de la primavera.

—Pero, ¡el barón! —dijo Roy con una resignación llena de enfado.

Roy estaba convencido que el noble no tenía honor ni escrúpulos.

—Puedo confesaros que tampoco a mí me agrada la decisión —replicó Glenn ecuánime—. Cuatro inviernos completos se han cumplido desde que estoy a cargo de la familia, y en este tiempo he tenido que apaciguar a más hombres despechados que hojas hay en un árbol, pero Megan no puede seguir así de obstinada. Mucho menos si su aceptación significa ayuda a la familia.

—Vuestra hermana es demasiado hermosa —afirmó el padre como si eso fuese un grave problema.

La niña, de cálidos ojos risueños y de cabellos rojos como el fuego, era ya toda una mujer, Megan ya no era la niña pequeña de papá. Era fuerte como una roca, y tranquila como el agua que discurre por los ríos montaña abajo.

—¡Ja! —Roy se descubrió riendo—. El problema no es solo su belleza... Megan es... distinta. Ha heredado la certera intuición de madre, y vuestra voluntad.

—Pero es un hecho que la unión de ambas familias reforzarán este lado de la frontera —continuó el hijo mayor—. Carwinley es muy grande, con demasiadas bocas que alimentar, y por eso no debemos despreciar la oferta del barón.

—Hay más ofertas —mencionó Roy.

Glenn soltó un suspiro cansado.

—Hay más ofertas pero están acompañadas de menos libras —admitió el hermano mayor—. Y la cercanía de las tierras de March es lo que finalmente me ha decidido a escogerlo a él sobre los otros candidatos.

—Sin embargo, la opinión de Megan es fundamental en este asunto —dijo Roy con voz apenas audible, dejando escapar la preocupación que le rondaba—. No me gustaría que fuese desgraciada en una decisión que tomamos nosotros.

En esa afirmación se percibía el afecto fraternal que sentía Roy por Megan.

—Esa decisión no le corresponde a ella sino a la familia. Su labor es ceñirse a cumplir la orden emitida por la corona —corto Glenn.

—No sé qué decidirá Megan —tercio Roy—, pero sé que ahora tenéis un dilema para convencerla de que acate la palabra que habéis entregado en su nombre.

Todos conocían el rechazo que ella sentía por los hombres cuando se le acercaban con oscuras intenciones, y, sin embargo, ahora tenían que casarla

con un desconocido, y varios años mayor que ella.

—Tenemos un problema, es cierto —Craig habló con voz grave—. Necesitamos tu palabra de que nos ayudarás pues ella siempre te escucha. Siente debilidad por ti.

Roy entendió que a él le tocaba mediar en el asunto.

CAPITULO 2

Una sombra cruzó la puerta de la alcoba, se movió despacio, esquivó con gracia la zona iluminada, y, sin titubear, como alguien que se mueve en terreno conocido, se paró junto al lecho.

—Roy —susurró—. ¡Roy, despierta!

—Ummm... —Roy se dio la vuelta fingiéndose dormido.

—Roy —la voz volvió a sonar queda—. Le contaré a madre lo de tu desliz con la hija del conde Blanche.

—Eres una mala conciencia. ¿Te lo he dicho ya?

Ella retuvo una risa tras la mano que tapaba la boca y pareció que lo pensaba un momento.

—Tantas veces como granos hay en un saco de cebada —sonrió sin esfuerzo, un instante después se abalanzó sobre su hermano.

Roy abrió los brazos.

—¿Por qué has tardado tanto en venir a verme? —le dijo abrazándola con ternura—. Casi llegué a pensar que preferías a Glenn.

Las palabras hicieron que Megan se tensase. Roy pensó que era un mal comienzo pues no quería que ella percibiera su incomodidad. Como hábil comerciante, y si las circunstancias lo requerían, era capaz de fingir, pero el lazo que lo ligaba a su hermana lo convertía en alguien demasiado transparente para la intuición de Megan.

—¿Me has estado evitando? ¿Qué sucede? —preguntó ella con voz firme.

Los engranajes de su intuición se había puesto en marcha de nuevo se dijo Roy.

El hombre suspiró porque tenía que convencerla, debía hacerlo porque había dado su palabra a su padre y a su hermano, el primogénito y futuro vizconde de Carwinley. Pocos conocían a la pequeña de los Wolfe tan bien como él, y nadie le había ayudado tanto.

Megan había sido una niña inquieta y muy curiosa. Necesitaba centrar toda su energía en una meta en concreto. Roy recordó el día que su hermana se encontró a un polluelo en el campo que se había caído del nido, y el amor con el que lo curó. Él la animó a hacerlo, y ese fue el comienzo de su interés por la sanación. Después del polluelo vino un pato, luego una cría de caballo, ahora Megan era tan hábil como su madre cosiendo heridas, tratando fiebres,

y recomponiendo huesos. Sabía que él era el único culpable de las ansias de conocimiento que tenía ella porque siempre la había animado a ser ella misma, a soñar, y lograr sus sueños. Miró a su hermana y entrecerró los ojos.

—¿Le sigues dando esquinazo a Peter?

Peter era el capitán de la guardia y estaba enamorado de Megan, salvo que ésta no le correspondía. Roy se preguntó, ¿qué chica de la edad de su hermana no ansiaba que un atractivo muchacho la adulara?

—¡Ah!, ¿pero no lo sabes? Peter va a casarse con la hija del vicario, Mary, y me siento orgullosa de haber propiciado ese romance.

Roy se reincorporó.

—Me sorprendió mucho cuando te vi limpiando el establo. ¿Me lo contarás tú, o dejarás que Glenn haga los honores? —dijo el hermano sin contener una sonrisa.

Megan bajó despacio los párpados porque no quería que él leyese en sus ojos lo preocupada que estaba. Pensó despacio sus palabras, como dándose tiempo para decir solo lo justo.

—Había perdido una apuesta con Glenn —dijo con tono de falsa aflicción—. Y limpiar el establo fue el trato que hice, bueno, lo que Glenn pidió a cambio de ganarme. Creo que pensó que era una buena forma de doblegarme, pero hace falta algo más que cubrirme de estiércol para lograrlo.

Megan había provocado una lucha con su hermano mayor porque no quería comprometerse de forma voluntaria con el barón Dalton, Glenn le había ganado en la lucha con espada pues era mucho más diestro que ella.

Al vivir en la frontera con Escocia, Craig Wolfe, el padre de ambos, había creído necesario que su hija menor aprendiera a luchar, no solo con la espada, también a manejar el arco, y defenderse como si no fuera una mujer sino un hombre.

Viendo lo voluntariosa que era, el vizconde había lamentado infinidad de veces esa decisión.

Megan era consciente de que no tenía forma de ganar a Craig, pero estaba tan afectada cuando le habló de la orden de la corona sobre sus esponsales, que la ira no le permitió ver que provocarlo era una idea absurda. Ella había esperado obtener algo más de tiempo.

Su hermano Roy la contemplaba esperando, sabía no se lo contaba todo. Megan sostuvo la mirada de su hermano con aire compungido antes de decidirse a hablar de nuevo.

—Glenn siempre consigue sacar lo peor de mí, pero eso ya lo sabes.

—¡Ja! —se burló Roy—. Tú lo provocaste y perdiste, deberías de estar agradecida, al menos te dio la oportunidad de sacar la frustración luchando como un buen soldado antes de la batalla, ¿no lo crees así?

—Bueno, acepto que no soy contendiente para Glenn —un escalofrío recorrió de pies a cabeza—. Además de lo que estaba en juego, que me venciese, hirió mi amor propio pues en el fondo esperaba que me dejase ganar para no tener que aceptar el compromiso con el barón.

La cara de asombro de Roy no se lo esperaba.

—¿De verdad que esperabas eso por parte de Glenn?, porque te recuerdo que a mí siempre me ganas.

Megan sonrió con verdadero cariño.

—Tú me dejas vencer... y por eso esperaba que Glenn hiciera lo mismo. Pero está hecho de otro barro diferente al nuestro.

Dejó salir su sorpresa mirándola con las cejas alzadas.

—Así que te pateó el orgullo...

Megan se debatía sin querer contarle del todo la verdad, cuando se decidió por fin a hablar, su voz había perdido el tono de ligereza.

—No he tenido problemas en rechazar las solicitudes de compromiso que llegaban a lo ancho y largo de la frontera, pero ahora la corona se ha pronunciado, y finalmente ha ganado el barón: él único pretendiente que me disgusta de verdad —confesó a regañadientes—. El tiempo se me agota... —Roy la miró largo—. Moriré en ese castillo tétrico que posee —Megan decidió cambiar de conversación porque no quería suscitar la compasión de su hermano—. Te he echado de menos.

—Yo también, eres mi hermana preferida.

—Tú también eres mi hermano predilecto pues jamás me dejarías desposarme con el barón si de ti dependiera —contestó sonriente—. ¿Verdad?

No, si de él dependiera, Roy le permitiría a su hermana elegir su destino.

—Sabías que este momento iba a llegar —le dio serio.

—Siempre he creído que podría elegir —respondió ella con la vista baja.

Su padre le había hablado del honor, de la importancia de la familia, del apellido, y del oprobio de las promesas incumplidas. Por eso ella tenía que cumplir la palabra dada, aunque cumplirla la enviara lejos y la arrojara directamente a los brazos de un completo ególatra.

Roy vio su desolación y trató de animarla.

—Voy a enseñarte una forma de ganar a Glenn en la lucha, si acaso

deseas retarlo de nuevo para recuperar el honor perdido. —Roy pensó que enseñar a Megan le serviría para reírse de su estirado hermano, también de vengarse por la deshonrosa tarea que le había encomendado: convencerla—. Además, te gustará. Es una forma nueva que he aprendido, lo llaman baile de pies porque los contendientes se mueven como serpientes, sigilosos, ágiles. Nunca gana el que más fuerza tiene si no el más hábil, diría yo. Y que....

Megan lo miraba de frente con los ojos abiertos de par en par. No pudo contenerse.

—¿Piensas enseñarme a bailar con los pies?

Dicho así sonaba ridículo.

—A saltar como un saltamontes, así lo hacen los londinenses.

—¿Los londinenses? —el asombro era intenso en su voz—. ¿Te han enseñado ellos? ¡Oh! Roy, pero qué dices, ¡tenías que ir a comerciar justo en sentido contrario!

Roy hizo una mueca bastante significativa.

—Decidí dar un rodeo en mi viaje y visitar Londres, sí. Tenía asuntos que resolver allí.

—Sabes que Londres es una ciudad prohibida para mí —se lamentó—. Ignoro por qué motivo padre no me permite pasar una temporada con Gladys en la corte. Aprendería tanto de ella.

Pero Megan no pensaba en su hermana mayor ni en los chismes de la corte, sino en los escritos por los que ella suspiraba y que se encontraba precisamente en esa ciudad. Siempre que había intentado ir, su padre se lo había impedido.

—¿Conseguiste conocer el lugar que...?

Megan mostraba un respeto absoluto a los métodos de sanación, y siempre tenía un afán por aumentar los conocimientos. Había empezado aprendiendo con su madre que poseía el conocimiento de las hierbas pues la sabiduría de ella era amplia. En Carlisle, el lugar de donde procedía, era conocida por su capacidad en el empleo de pociones y tisanas, pero pronto fue evidente que los deseos de saber de Megan no se verían satisfechos solo con lo que su madre podía enseñarle. Un año atrás, Roy se había herido de gravedad en uno de sus viajes comerciales, y lo había curado un sanador extranjero, desde entonces, ella quería aprender de ellos puesto que sus métodos eran mucho más avanzados, pero Megan era una mujer, y los conocimientos de la curación estaban prohibidos para su género.

—No solo vi el lugar, hablé largo y tendido con un galeno inglés que me

mostró algunos escritos —Roy terminó la frase con voz lenta, saboreando cada sílaba—, también hablé con alguna dama bien dispuesta.

—¡Roy! Un día te matará un esposo, o un padre, o quizás un hermano, y seguramente tendrá un buen motivo para hacerlo pues eres un libertino. —Megan comenzaba a estar impaciente, y esperar no se contaba entre sus virtudes—. Creo que definitivamente no tienes remedio, igual madre podría darte una tisana para que recuperes el sentido común.

Roy soltó una carcajada con auténtico humor.

—No, mi querida Megan, no necesito recuperar la sensatez porque nunca la he perdido —bromeo Roy sabiendo que ella seguía esperando sus palabras—. Estuve en Londres —continuó—, y tal y como me indicaron, pude encontrar el lugar donde se guardan muchos de los escritos antiguos —dudó apenas un instante tratando de recordar el nombre.

—Los escritos antiguos —dijo Megan casi con reverencia, acariciando cada palabra.

Tener tanta información al alcance de la mano le parecía un sueño irrealizable.

—Sí —prosiguió Roy sonriendo por la solemnidad de Megan al nombrar el lugar—. Decenas de manuscritos traducidos del latín. ¡Tendrías que verlos! —la admiración era patente en su voz—. Pero Megan, ni siquiera con lo que sabes sobre humores y sobre hierbas, te permitirían entrar en un lugar como ese.

Había alcanzado el cielo con las palabras de su hermano, y de golpe caía. Gimió desolada mientras se sujetaba el cuerpo con los brazos.

—Roy —sollozó la mujer—, me hieren tus palabras porque sé que son ciertas. Ahora mismo me gustaría ser varón porque podría acceder a todos esos conocimientos que están prohibidos para nosotras.

—Lo sé, diablillo —dijo abrazándola fuerte—. No te entristezcas aunque soy consciente de la frustración que debes de sentir.

Megan sonrió al recordar que su padre y sus dos hermanos la llamaban diablillo, pero tenía más valor que cualquier guerrero. Ella no se veía como un diablillo pues se consideraba la más dulce y cariñosa de todas las hijas. Era esto último lo que siempre lograba frenar tanto a su padre como a sus dos hermanos mayores de que la regañaran cuando lo merecía, porque era la más zalamera de todas las mujeres. Pero su padre, en vez de tratarla como alguien frágil y sin voluntad propia, la trató como si fuera otro hijo varón más. Le enseñó a saltar sobre el lomo de un caballo y montarlo a horcajadas, a pelo o

con la cincha floja. Cuando cumplió la edad suficiente para sostener y manejar un arma, le hizo aprender a usarlas, y no le permitió parar hasta que el brazo se le quedaba dormido por el esfuerzo. Sí, Megan había aprendido mucho, y, por ese motivo, sus deseos de aprender no habían disminuido ni lo más mínimo.

Roy siguió observándola con atención. Estaba asustada por lo que el destino le tuviese preparado. Le hubiese gustado tanto ayudarla, pero lo que ella anhelaba era inalcanzable. De todos los imposibles que podría pedir, aprender a sanar era con creces el mayor. No solo el hecho de que encontrase a alguien que estuviese dispuesto a enseñarle a pesar de su condición de mujer, sino que tendría que convencer a sus padres y hermano mayor para que se lo permitiesen. La medicina era cosa de hombres, y solo de unos pocos privilegiados.

Recordó a Peter, el capitán de la guardia que además era su buen amigo y consejero de resacas. Peter solía decirle que la solución suele surgir siempre en el momento inesperado. De súbito, cada pieza encajó en su lugar correspondiente, su hermana sin saberlo le había proporcionado el cebo para su propio anzuelo: tenía que convencerla de que aceptase el compromiso con el barón Dalton, pero podría darle un incentivo para lograrlo de forma más rápida.

Su padre y hermano mayor estarían muy satisfechos.

—Megan —comenzó para llamar su atención al mismo tiempo que enfrentaba su mirada—. Hay una posibilidad de que puedas ampliar tus conocimientos sobre curas y tisanas.

—¿Es posible? ¿Cómo?—lo urgió ella con apremio.

Megan lo miraba con tanta confianza que por un instante estuvo a punto de no continuar.

—Conozco a alguien al que no le molestaría enseñarte, se llama Bannon, y me debe un gran favor.

—¿Un favor?

Roy redujo los ojos a una línea oscura.

—Le salvé la vida —respondió—. Otro atardecer te contaré sobre aquello, pero Bannon es el mejor sanador que he tenido el privilegio de conocer.

Como comerciante Roy se exponía a innumerables peligros en cada viaje que realizaba.

—¿Es inglés? —quiso saber.

Roy hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Mantenemos contacto a pesar de la distancia, y puedo considerarlo un amigo.

—¿Pero es inglés? —insistió ella.

—Bannon conoce muy bien los escritos originales pues su madre era de ese lugar lejano donde se habla latín, y fue formado allí como sanador. Si él accediese, podría tomarte como ayudante.

—¿Bannon de...? —preguntó.

—Bannon de Evertown.

Los ojos de Megan lo miraron espantados.

—¡Evertown está en Escocia! —exclamó sin parpadear.

—Está en la frontera con Inglaterra.

Megan no pudo escuchar su respuesta, en medio de los susurros se escuchó el estrépito de alguien que tropieza en la oscuridad, seguido por el atronador sonido de una maldición.

—Megan, me parece que hemos despertado a padre, y no creo que vaya a gustarle lo que estamos conspirando.

Su hermana se había escabullido despacio dejándolo solo de nuevo.

Megan era decidida y constante, cualidades poco habituales en las damas inglesas. Poseía unas largas pestañas bajo unas perfectas cejas arqueadas que realzaban los brillantes ojos que iluminaban su delicado rostro.

Levantó la mirada hacia el sol que ya se alzaba por el horizonte mientras sonreía complacida. Visto desde la muralla, el poblado tenía forma de almendra, las viviendas parecían pequeños montículos alrededor de la plaza central. Dado que pronto sería la fiesta de primavera, los habitantes habían empezado a engalanar las calles y todo se veía precioso. Le encantaba el bullicio de esos días, el baile, las risas, pero sobre todo el regreso de Roy. Suspiró, su madre la volvería loca con los preparativos. El día apenas había comenzado, y a ella todavía le quedaban ingentes tareas por hacer.

—¡Madre! —grito Megan llamándola—. Las monturas ya están listas y los sirvientes dispuestos.

Lucinda miró a su hija pequeña con censura en sus bellos ojos azules.

—Diablillo, deja de dar esas voces que vas a despertar a todos —contestó Roy con aire burlón mientras salía por la puerta que daba al patio de armas—. ¿Y hacia dónde os dirigís tan temprano?

La respuesta no llegó de Megan, a su espalda un ligero carraspeo dio la

réplica, era Glenn.

—El tiempo pasa demasiado veloz para el que está ausente, ¿verdad Roy? —dijo Glenn con sorna—. Fíjate si nuestro diablillo ha crecido durante tu ausencia, que ahora madre le permite acompañarla en sus tareas. Se está haciendo una experta en cuidar a bichos de cuatro patas.

Megan apretó los puños a los costados de su cuerpo, la contestación a las palabras de su hermano resultaba tan ponzoñosa que, de haberse mordido la lengua, se habría envenenado, pero guardó silencio.

—Buenos días a todos. Megan, cariño, si todo está dispuesto nos marchamos. —La voz de la madre siempre conseguía apaciguar a los hermanos: daba caricias con una mano e impartía ordenes con la otra—. Glenn, no hagas esperar a los vigilantes, y Roy, hablaremos cuando vuelva sobre la hija del conde Blanche —concluyó mientras se subía a la grupa del caballo que ya estaba listo para la marcha—. Ya sabes lo que pienso al respecto y cuanto censuro tu actitud libertina.

Roy alzó una ceja en silenciosa pregunta a Megan, al tiempo que le hacía una advertencia. Ella hizo un gesto negativo con la cabeza. Roy no pudo oír la respuesta. Su madre siempre se enteraba de todo, por mucho cuidado que llevase, pero no estaba preocupado.

Megan se giró.

—Madre, regresaré antes de nuestras tareas pues Roy tiene una cosa importante que enseñarme.

—¡Ya! —rezongó la madre lanzándoles una mirada de incredulidad completa al tiempo que adelantaba su montura—. Cada vez que está Roy en casa, todo es más importante con él que conmigo.

Las dos emprendieron la marcha, y cuando apenas podían verse las monturas en el horizonte, Craig les hizo un gesto a sus dos hijos con la cabeza. La reunión entre los tres hombres duró muy poco, de haber estado las mujeres presentes, sus conclusiones no habrían sido del agrado de ninguna de ellas. Roy expuso su idea de llevarse a Megan a Carlisle con la familia materna mientras se preparaba el enlace.

Estando Megan lejos, no entorpecería.

Craig Wolfe pensó que la sugerencia era relativamente acertada, pero olvidaba que su hija tenía opinión y decisión propia pues él le había enseñado desde niña a tenerla.

CAPITULO 3

El tiempo vuela deprisa para quien no tiene urgencia por partir ni enfrentarse a las dificultades. Esa tarde el sol brillaba sobre las altas copas del tupido bosque de castaños. En el cielo, las verdes hojas se mezclaban con otras más claras: las de los esbeltos hayedos que formaban un manto calado que ofrecía refugio al trino de los pájaros.

Bajo la sombra de los árboles, el aire olía a fresco. Alrededor de un claro delimitado se había congregado un pequeño grupo de personas que hablaban con diferentes voces: unos susurraban bajo intentando pasar sin ser oídos mientras apostaban quien sería el ganador, la de otros, que finalmente no ganaría nadie.

La brisa primaveral levantaba los rojos cabellos de Megan haciendo que su bello rostro pareciese una escultura de alabastro rodeada de cobre. Su esbelto cuerpo aparecía cubierto con una gruesa capa azul. Ajena a todas las miradas que atraía, cogió una cinta de cuero que llevaba atada a la cintura, y con rapidez se trenzó el pelo y lo dejó caer sobre la espalda, sus dorados ojos buscaron los azules de Roy, al verlo, avanzó hacia él con la mirada fija haciendo que su vestido se moviera con gracia. A la joven no le gustaba vestir esos pesados vestidos de terciopelo, ella prefería las finas camisolas y las cómodas faldas de tejido ligero que solía llevar en el castillo. Detestaba los vestidos que apenas la dejaban respirar por culpa del corsé, y que le impedían moverse con soltura y agilidad. Por ese motivo las mujeres no sabían pelear, ¿cómo podían defenderse de un posible atacante cuando los voluminosos y pesados vestidos les impedían moverse? Tampoco los escotes eran de su agrado pues dejaban mucho a la vista para su gusto, ni siquiera podía hacer ciertos movimientos si no quería que sus jóvenes y bien formados pechos se le salieran por arriba de los profundos escotes que estaban a la moda ese año. Recordó a su hermana Gladys que siempre iba ataviada a la moda, pero era algo normal en la corte.

Roy la miró, ella hizo lo propio.

Ninguno de los dos llegó a sospechar que la clase que Roy pretendía darle atraerían a tantos guardias curiosos. Al principio solo acudieron dos, pero poco a poco se habían ido sumando ávidos espectadores, unos llegaron atraídos por los movimientos casi hipnóticos de dos cuerpos enfrentados, otros por la curiosidad de ver si ella era capaz de tumbar al hijo del vizconde,

cosa que cada vez parecía estar más cerca.

Megan era una alumna brillante y adoraba a su hermano porque era bondadoso y tierno con ella. Siempre le estaba enseñando cosas, y ella se lo agradecía mucho.

En ese momento, cuando los dos estaban preparados, Roy pensaba que no necesitaba usar su fuerza sino la del contrario en su propio beneficio, pero Megan no necesitaba saber lo que por instinto su cuerpo le decía, era plenamente consciente de que solo con la destreza podría vencer a alguien más fuerte que ella. Ahora se alegraba de que Glenn ya la hubiese molido con el duro entrenamiento al que la había sometido con las pesadas armas, porque lo mejor de la lucha cuerpo a cuerpo era que al liberarla del peso de un arma, su ágil fisionomía se movía con una rapidez que asombraba. Aprendía tan rápido que poco a poco las apuestas a su favor habían ido creciendo, pero ella no las tenía todas consigo. Mucho se temía que terminaría por tragarse las palabras que el día anterior había vertido a modo de acicate sobre Roy.

—¿Preparada para morder la hierba del suelo, Megan? Si gano, serás mi criada durante toda una semana —rieron los ojos de Roy—. ¿O prefieres volver a limpiar el establo?

Le había dado un montón de explicaciones sobre lo que debía de hacer: nada de ataques directos. Se trataba de aprender a moverse, a esquivar. Trataría de derribarla sin ocasionarle daño. Megan hizo un gesto afirmativo.

—Veremos quién muerde la hierba —contestó ella poniendo en sus palabras más seguridad de la que sentía en su interior.

Se hizo el silencio entre los que los contemplaban. Alguien contuvo el aliento, y la lucha dio comienzo. Primero se rondaron, se midieron. Roy entrecerró los ojos buscando en los de su presa el punto donde atacar, ella parpadeó borrando el miedo al fracaso, y colocando en su lugar una determinación feroz.

Los cuerpos se movían despacio, buscándose, rechazándose. El de uno musculado, fuerte, y más lento, la otra con agilidad sibilina. Se movía con tal presteza que a Roy le resultaba difícil alcanzarla. A veces apenas los separaba el grosor de la hoja de una espada. Cuando conseguía alcanzarla, unidos por un nudo de brazos y piernas entrelazados, ella lograba soltarse para que no la derribara.

El tiempo fue agotándose mientras los dos hermanos aprendían a esquivarse el uno al otro. Megan se dio cuenta que de esa forma le resultaba más fácil eludir los intentos de su hermano por apresarla. La ropa quedó

adherida a la piel por el sudor, las respiraciones se hicieron entrecortadas hasta que cada intento de vencer fue una lucha contra la voluntad de rendirse al cansancio. Roy sonrió previendo la victoria, al fin había encontrado la manera, ella estaba frente a él y era menos fuerte, de un tirón brusco la asió de la muñeca a fin de atraerla y aprisionarla entre sus brazos. Un pestañeo después estaba en el suelo. Megan le había dejado tirar de su brazo acompañando el movimiento con su cuerpo, y él había caído hacia atrás con el mismo ímpetu que había puesto en atraerla hacia sí, solo que con ella encima. No hubiese podido levantarse, aunque lo intentase, lo tenía atrapado con una rodilla sobre el pecho y una daga en la garganta.

—¡Mierda! —exclamo Roy mientras un estrépito de aplausos y risas rompía el silencio.

—Serás mi criado por una semana —rio Megan con ganas—. No sabes cuánto me gusta eso.

¡Le había ganado a su hermano! Como recompensa, Roy desgranó sus planes de llevarla consigo en el próximo viaje, y la victoria le supo a Megan dulce como la miel.

El sol cubría de tonos dorados la tarde. A Megan le gustaba especialmente ese momento del día, cuando el trabajo estaba casi finalizado y los sonidos comenzaban a dispersarse. Alrededor de un gran fuego comenzó a oírse el sonido de un laúd, y la magia de las notas llegó hasta el corazón de todos. Aunque la noche era fresca, Megan apenas sentía frío, se había atado la capa para que la larga tela no la molestase, y se entregó a la tarea de ser feliz, y lo hizo porque le había ganado a Roy, porque quizás burlaría la orden de la corona de casarse con el barón, pensó con malicia, pero sobre todo porque se sentía feliz.

Su hermano Roy la iba a llevar de viaje a Carlisle, y pronto cruzarían la frontera para conocer al hombre que le debía el favor de su vida. Esperaba que sus conocimientos le permitiesen que Banner, el sanador de Evertown, la admitiese como ayudante.

La había hecho tan feliz la idea y la posibilidad de poder partir con su hermano para mejorar en el arte de sanar, que todavía le resultaba difícil de creer.

No sabía cómo Roy había conseguido convencer a sus padres, y sobre todo a Glenn para que le permitiesen acompañarlo en ese viaje. Pero el padre había puesto una condición: que obedecería a Roy en todo momento. Solo su madre dudaba de la partida.

Lucinda parecía consternada, como cuando algo no la convencía del todo, y le daba vueltas hasta que encontraba el motivo, pero esta vez estaba mucho más apenada que preocupada, y no era para menos, por primera vez, madre e hija iban a separarse.

—Megan, ¿estás segura? —le preguntó la madre un día antes de su partida. Las dos estaban a solas sentadas frente al hogar encendido—. ¿De veras crees que esto es lo que quieres? Son varias semanas de duro viaje, y tu hermano no me ofrece la seguridad suficiente de que te protegerá de los peligros que encontraréis en el camino.

Megan casi pensó que se negaría a dejarla marchar.

—Sé luchar tan bien como Roy e incluso mejor diría yo —dijo la muchacha ufana.

—No sé... —insistió la madre—. Algo me dice que este viaje no será bueno para ti.

—¡Madre! —le dijo recostándose en su regazo, como cuando era una niña—. Roy me ha ofrecido la oportunidad de visitar la feria de ganado y algunos mercados importantes de Carlisle —se apreciaba la emoción que contenía su voz—. Se me ofrece la oportunidad de visitar el hogar de mi familia materna. Seré buena, obedeceré, y después aceptaré la petición del barón.

La madre soltó un suspiro largo.

—Has comprometido tu palabra, sí —dijo Lucinda pensativa—. A veces creo que te he consentido demasiado, pero pareces tan responsable —de pronto se detuvo reteniendo una imagen feliz—. Sé que te hace mucha ilusión visitar Carlisle, pero hay tantos peligros por el camino.

Megan se dio cuenta de que su madre aceptaba su marcha, y casi sintió deseos de saltar de alegría.

—¡La voy a extrañar! —exclamó Megan.

La madre giró el rostro para que Megan no viera que los tenía empañados. Por alguna extraña razón, el viaje de su hija pequeña la llenaba de congoja. Presentía que ya nada volvería a ser igual.

—Y ahora sigue cosiendo ese precioso vestido pues mi hija no puede presentarse ante mi familia como una mendiga.

Megan había temido mucho, pero para su sorpresa, su madre había cedido al fin. Creía que lo había hecho para darle la oportunidad de conocer a la familia materna que vivía en Carlisle, dado que ese era el primer lugar al que irían. Soltó un suspiro largo y se dedicó de lleno a la tarea de coser la tela

del que sería su vestido más bonito para presentarse a la familia. Su padre le había enseñado a defenderse como un auténtico guerrero, y su madre a dar las puntadas más finas y perfectas.

Roy hizo su entrada en el gran salón del castillo y le sonrió a su hermana. El corazón de Megan saltó de júbilo. Dejó la tela que cosía, se levantó hacia él, y caminó con los brazos extendidos.

—Baila conmigo Roy —dijo Megan sin dejar de moverse.

Era tanta su felicidad que bailaba sin música.

—Madre, creo el sol de la mañana ha afectado a mi hermana de una forma insólita pues baila sin música.

—Es que soy muy feliz —rió Megan mientras su hermano se alejaba.

Él la veía tan contenta, que temía el momento en el que tendría que contarle la verdad, ya lo había demorado bastante, y sabía que no iba a gustarle en absoluto. Se sentía mal por haberla engañado, pero no había otra forma de hacerlo.

El viaje había comenzado, pero a las pocas millas de haberlo iniciado, Roy se sinceró. Megan percibió que el cielo se le caía encima y que le aplastaba los miembros del cuerpo. El dolor se extendió raudo como un veneno, partió con el latido del corazón, y, en un instante, la cubrió desde los cabellos hasta los pies. Los largos dedos se crisparon, y sobre las blancas palmas aparecieron sombras violáceas donde las uñas habían lacerado la piel.

Megan detuvo la montura y descendió del semental porque estaba demasiado perturbada por la revelación como para seguir cabalgando. Roy la imitó.

No podía ser cierto, pensó Megan mientras se sujetaba la cabeza con las manos, al tiempo que su cuerpo se doblaba y la más angustiosa desesperación tomaba cada uno de sus sentidos. ¡La había engañado! Apretó los dientes en espera de que la tenaza acabase con ella por fin o la despertase de la pesadilla. Alzó la cabeza para ver el rostro de aquel que había sido el instrumento de tanto dolor, aquel del que jamás pensó que le podría hacer daño, y de pronto, sus ojos se llenaron de lágrimas y no las detuvo. Se deslizaron calientes por sus mejillas.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —la ira se había posado en su garganta negándose a ser tragada—. ¡Me has traicionado! Tú, que me conoces mejor que nadie, y sabes cómo castigarme, dime, ¿eres consciente de

lo que me has hecho?

Roy pestañeó algo avergonzado.

—Era la única forma que conocía para lograr tu colaboración —dijo Roy con la voz mordida por el dolor que veía en su hermana—. Sabes que nuestro primer compromiso es para la familia, Megan, no lo olvides. Di mi palabra a Glenn solo después de haber intentado encontrar otra forma de convencerte, y no la había, pero me duele haberte engañado.

¡No iban a Evertown! Roy la acompañaba a Carlisle, y después la llevaría con el barón pues el compromiso matrimonial había sido aceptado sin darle a ella la oportunidad de ampliar sus conocimientos. Ella había dicho que lo pensaría, y ellos habían actuado como si hubiese consentido.

—Los hombres y vuestro odioso honor —las lágrimas se derramaban con igual fluidez que la ira, las palabras quemaban sus labios, en ese momento detestaba su condición de mujer—. ¿Por qué me lo has ocultado?

—Megan, le diste a nuestro padre un plazo, tiempo que ya se cumplió, ya lo sabes —Roy intentó que comprendiese—. Al menos disfrutarás de un tiempo valioso en Carlisle —su hermana no lo miraba, seguía con el rostro cubierto—. Te he conseguido la posibilidad de disfrutar durante varias semanas lejos de los vigilantes ojos de padre y de Glenn. ¡Un tiempo valioso solo para ti!

Megan podía agradecer ese detalle.

—Pero, casarme con el barón me destrozará, matará mi espíritu y todo lo que anhelo —un escalofrío de asco y miedo acompañó a las palabras de Megan—. En sus visitas a casa lo has visto cómo maltrata a sus caballos, y a sus criados. Cómo usa su poder para silenciar a los que opinan diferente. Me pisará solo para demostrarse que puede hacerlo —Megan tomó aire—. ¿Piensas que mi negativa no está justificada? Además, no podré aumentar mis conocimientos sobre sanación como me habías prometido.

Roy suspiró largo.

—No conoces al barón lo suficiente para hablar así, y posee demasiados criados y ganado como para tratarlos a todos con la dulzura que tú esperarías, además, un hombre de su rango y poder debe mostrarse firme —trató de justificar Roy al barón. La dote que estaba dispuesto a pagar por la mano de Megan, era en verdad escandalosa, pero ella no lo escuchaba ni pensaba hacerlo—. Megan, ¡es el deber de las hijas aceptar el compromiso que los padres disponen para ellas! —afirmó finalmente.

—¡Lo sé! —grito con verdadera angustia.

La ira había ganado la batalla a las lágrimas, ahora solo quería matarlos a todos.

—Yo solo quiero aprender —prosiguió Megan con la voz cargada de cansancio—. Poder elegir vivir intensamente cada día, cada momento de mi vida, ¡quiero escoger! —su garganta fue perdiendo agudos, pero ganando en vehemencia—. Pero claro, solo soy una mujer, ¿verdad? —las lágrimas se habían secado, la ira había sido espetada, ya solo quedaba la desesperación—. Y lo que yo deseo poco importa.

Había tal derrota en su voz.

—Megan, no solo la familia necesita tu ayuda sino todos lo que dependen de nosotros —Roy sabía cuanto apreciaba su hermana a los campesinos, y por eso apeló a su compasión, pero debía mostrarse firme, lo había prometido a su hermano mayor—. Necesitamos las libras que obtendremos por tu casamiento. Imagina todo lo que podremos hacer en el pueblo para mejorar las viviendas de los labriegos.

Que su hermano usara su propia compasión contra ella misma la enfureció.

—A eso se reduce todo. ¡Me vendéis! —replicó dolida.

Roy se estaba cansando de la negativa de ella. Craig Wolfe había aceptado la propuesta de matrimonio del barón, pero era lo mejor para todos.

—Dame tu palabra de que al menos te darás una oportunidad de disfrutar el tiempo de libertad que te he conseguido en vez de consumirte por la rabia.

—¿Puedo elegir?

Roy hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Te dejaré en Carlisle con los tíos John y Emma, me reuniré después contigo.

—¿Me dejas sola? —Megan estaba asombrada.

—Tengo negocios pendientes en Ettrick, y allí no puedo llevarte.

—¡Qué dices Roy!

—Tienes suficiente tiempo para recorrer Carlisle sin vigilancia. Podrás comprar vestidos, libros, y todo lo que te apetezca —se aproximó a su lado y la abrazó fuerte.

No pudo responder al abrazo, su cuerpo estaba tan entumecido como su corazón, cualquier sentimiento que hubiese albergado se había replegado tras el muro de dolor que ahora sentía.

—¡Qué gentil por tu parte! —dijo ella con desprecio—. Ya le di mi

palabra a padre de que acataría tus órdenes, y solo por eso lo haré. Los Wolfe no faltan nunca a su palabra, ya lo sabes. Te esperaré en Carlisle —continuó llena de angustia y pesar—. Fingiré que estoy encantada con vuestra idea... y aceptaré ser esclavizada al barón. Así todos los hombres de mi familia mantendrán su honor intacto, y habrán cumplido la palabra entregada.

Roy la dejó en Carlisle y partió un día después hacia el sur, Megan y él no cruzaron más que las palabras justas para organizar el momento y el lugar en que se reunirían de nuevo. A Roy le pareció que ella se volvía más frágil, y le dolió el daño que le había infringido con su silencio.

Megan se negó a despedirse de él.

Durante los primeros días tras la marcha de Roy, Megan parecía un alma sin vida. Arrastraba su cuerpo como un condenado arrastraría el fardo pesado de sus cadenas. Y cuando las manos no estaban ocupadas en quehaceres, las noches solían ser infinitamente largas, se sumía en un duermevela intermitente y se despertaba más cansada y triste que el día anterior.

La comida en casa de sus tíos era excelente, pero Megan apenas probaba bocado. Solo de pensar en lo que le esperaba al final de ese viaje, se le revolvía el estómago. Ignoraba como salir del enorme problema en el que ahora estaba metida por culpa de su propio hermano que le había mentado. Necesitaban las libras, sí, pero no a costa de destrozarle a ella la vida.

La muchacha no podía creer lo que su familia le había hecho pues era como enviarla al mismísimo infierno, peor aún, enviarla a los brazos del barón era peor que vivir eternamente en el purgatorio.

Esa noche, Megan lloró como nunca, y al despuntar de nuevo el alba, tomó una decisión. Tenía que aguardar el regreso de Roy en casa de sus tíos, y el vizconde, su padre, le había ordenado que actuase según sus indicaciones, y así lo haría, pero en su momento. Hasta entonces pensaba llegar por sí misma a Evertown. Tenía unas semanas por delante antes de caminar al cadalso que sería su matrimonio con el barón.

Y, tras esa decisión, Megan pudo dormir en paz.

CAPITULO 4

Esa mañana el sol brillaba sobre un cielo azul claro.

El guerrero se cubrió el torso con el escudo mientras se giraba intentando esquivar el fuerte golpe de la espada, pero no lo hizo con la suficiente rapidez y el arma cortó el aire y fue a estrellarse, con todo el ímpetu del brazo que la blandía, sobre la protección. El sonido de la madera al romperse rasgó la mañana atravesando el patio de armas, aquellos que estaban más cerca cesaron el entrenamiento para ver que ocurría, pero solo pudieron ver al soldado trastabillando hacia atrás en un vano intento de mantenerse en pie, hasta que dio con sus posaderas en el polvo del suelo.

—Buen intento Monroe —dijo Lean a la persona que estaba en el suelo, mientras le tendía una mano para ayudarlo a levantarse—. Mejoras con rapidez, pero has de prever la fuerza del golpe para estar preparado.

—¡Vaya!, y eso lo dice alguien que lo dobla en tamaño y en experiencia —tercio Logan McIlvanney, laird de Evertown—. Con un brazo como el tuyo, con ese golpe habrías tumbado a un caballo. Lo has hecho mejor que bien muchacho —continuó volviéndose hacia Monroe y añadiendo como despedida—. Es suficiente por hoy.

Cuando el joven se alejó lo suficiente para no escuchar nada, Logan se volvió hacia Lean con una sonrisa preocupada en la cara

—Menos mal que no le has dado con todas tus fuerzas. ¿En qué estabas pensando? Casi lo hundes en el suelo como un clavo.

El fuerte guerrero entrecerró los ojos. El laird era un hombre alto, de gran complexión y muy atractivo.

—¿Tan fuerte crees que le he dado?

¿De verdad hacía falta que lo preguntara? Se dijo el laird.

—¡Vaya que sí! ¿Lo creíste necesario? —Logan no cabía en sí del asombro.

Lean hizo un encogimiento de hombros.

—Apenas ha comenzado la mañana —Lean miró al cielo brillante y claro de ese día primaveral—, y el sol ya está alto —dijo secándose el sudor de la cara.

Logan conocía demasiado bien a Lean como para pensar que no había escuchado su pregunta, más bien intentaba decidir qué responder primero. Ambos hombres avanzaron con pasos enérgicos hacia la zona donde se

guardaban las armas. Bajo los tartanes de lana, las camisas de hilo se adherían a sus duros cuerpos. Aunque Logan superaba en media cabeza la estatura de Lean, este último se movía con más rapidez, de manera que parecían un solo cuerpo andando de forma acompasada.

—Está mañana llegué temprano pues pretendía entrenar antes de que llegases —habló Logan dándole tiempo—. Pensaba darte una buena paliza, pero solo llegué a tiempo de ver tu entrenamiento con los jóvenes, no supe si les estabas enseñando o castigando.

—¿Estás preocupado? —apuntó el guerrero.

—Me preocupan los...

No lo dejó terminar. Lean, que estaba recolocándose el tartán, paro en seco el movimiento de sus manos.

—Los ingleses —escupió las dos palabras por respuesta.

—Si —dijo Logan con la mirada perdida en un pensamiento—, he oído la información que ha traído el mensajero y estoy tan preocupado como tú.

—Entonces ya sabes que los ingleses han empezado a sobornar a otras poblaciones cada vez más cercanas, buscan las revueltas entre nosotros, saben que si nos mantenemos unidos, Evertown no será una conquista fácil. Pretenden que nos repleguemos más al norte y así dejarles la frontera libre.

Logan escuchaba con atención las explicaciones que Lean le iba diciendo. La tierra escocesa que lindaba con la frontera con Inglaterra era tan fértil, que más de un terrateniente inglés la deseaba. Por ese motivo se habían juntado varias familias y habían contratado a mercenarios tanto franceses como germanos, para combatirlos y expulsarlos de sus propias tierras con el beneplácito del rey inglés. Enrique IV veía así una forma de doblegar a los escoceses y controlarlos. Algunos clanes habían tenido que desplazarse al norte porque sus viviendas, sus cosechas y ganado, habían sido saqueados y quemados.

Lean hizo una pausa, y Logan bajó la vista a la tierra. Ambos pertenecían a acaudaladas y nobles familias, pero las aportaciones eran insuficientes para mantener una guardia grande para vigilar la extensa frontera. Para pertenecer a la guardia del clan, se necesitaban muchos años de trabajo, de astucia, y sobre todo de valor.

—Tendremos que valorar apostar más agrupaciones en las otras poblaciones —Logan se quedó pensativo durante un momento—. Hablaré con Brod y le presentaré las disposiciones cuando las concretemos, por suerte la necesidad de ser presurosos hará que nos saltemos el trámite de dar

explicaciones a través de Gavin —el solo nombre hizo que Logan se sacudiese—. Desde que él mide los asuntos, son cada vez más lentos y enrevesados de solucionar, casi hubiese sido mejor dejarlo que siguiese patrullando la frontera —dijo Logan con una mueca de impaciencia—. Antes tendremos que hacer algo con nuestro mal humor. ¿No crees? Puedes elegir el arma, para que al fin alguien te devuelva la paliza que les has dado a los otros, o podemos beber hidromiel en la taberna de Murray.

—Casi preferiría que me dices a elegir, antes que espadas, hidromiel, también mujeres—dijo Lean riendo.

—Hidromiel o espadas son siempre mejor que las mujeres pues escuecen menos —contestó Logan entre carcajadas.

La taberna de Murray estaba situada cerca de la zona de entrenamientos, estaba protegida de las miradas indiscretas por una fachada tan tosca que de no conocer su interior rara vez alguien se adentraría en ella.

—Por San Andrés, que ha logrado que nuestro laird deje de perseguir a las mujeres, para que las persigamos los demás —brindó Lean con una copa de cobre llena de hidromiel.

Logan se mostró sorprendido.

—¿Qué dices? ¿Cuándo he perseguido yo a las mujeres? —contestó el laird con una sonrisa.

Logan no era dado a airear conquistas amorosas, cualquier intento de sacarle una indiscreción se estrellaba inevitablemente contra un muro de indiferencia. Pero precisamente sus intentos de pasar desapercibido habían ejercido el efecto contrario al deseado creando un mito de conquistas cada cual más dispar, y que él jamás se molestaba en desmentir, y la bola crecía y crecía enriquecida por su soberbio aspecto, y por su actitud distante.

—¿Hace falta que te recuerde a Mollie? ¿O has olvidado como te gustaba? —le recordó el amigo, más en broma que en serio.

—Servía hidromiel como nadie —dijo Logan relamiendo las palabras—. Ya lo creo que me acuerdo. ¡Vaya! Sí que la perseguí —admitió sin pudor—. Pero resultó demasiada mujer para mí —bromeó.

—¡Era demasiada mujer para cualquiera! —se carcajeó Lean.

Logan escondió la sonrisa tras su copa mientras se concentraba en el sabor de su bebida. Las mujeres eran muy complicadas, y tras ese pensamiento, la sonrisa se borró con rapidez dejando solo una mueca vacía

pues había mucho qué pensar.

Lean leyó la preocupación en su rostro, en la tirantez de su mirada.

—Mi mal humor tiene un nombre precioso —pinchó Lean para que le contase pues sabía que el rostro de su amigo lo provocaba una mujer, y no una cualquiera—. Al menos dime el nombre de la dama para que la felicite por haber conseguido lo que yo llevo tiempo intentando.

—¿Qué llevas tiempo intentando?

—Sacarte de tus casillas —afirmó el otro—. Y, dime, ¿qué te preocupa para que tu rostro se haya vuelto cetrino?

Logan tardó un tiempo en responder.

—Rosslyn —dijo Logan, tan parco en palabras y explicaciones como siempre.

—¿¡Rosslyn!?! —una sola palabra había bastado para sorprender a Lean—. ¿Tu hermana? Pero si está en Edimburgo con la familia de tu madre.

—Y así era hasta hace tres días, tres largos días, pero ahora ha regresado para fastidio mío y para alegría de mis sirvientes que parecen encantados con su llegada —terminó con claro enfado.

—A tu casa le estaba haciendo falta una mano femenina —se rio Lean aliviado pensando que el problema no era tan grave como parecía.

—Eso deben de pensar ellos, pero aquello parece una tripulación amotinada contra mí, y a punto están de lanzarme por la borda si no lo hago yo antes —farfullo.

—¡Deberías oírte! Rosslyn, por lo que recuerdo, es apenas una niña. Salvo que en vez de en Edimburgo haya estado en el infierno, no creo que te sea difícil de controlar.

Lean se reía con sorpresa, al laird ni un solo hombre y menos una mujer podían hacerle mella, verlo tan preocupado era nuevo para él.

—Si, era una niña cuando se marchó hace cuatro años, pero ahora ha vuelto, o más bien creo que la han echado porque no podían controlarla, y la envían a Evertown.

El cuerpo de Lean se sacudía por completo debido a las carcajadas que los comentarios le habían arrancado, si no fuera porque conocía a Logan hubiese dicho que estaba demasiado nervioso para un asunto como ese. Por lo que él recordaba, Rosslyn solía ser muy activa cuando era pequeña, y tan inteligente como su hermano mayor. Se había criado muy sola entre un padre ocupado y un hermano que la quería, sí, pero que durante un tiempo la responsabilizó por la muerte de la madre, de manera que día sí y día también,

su corazón tramaba algo con lo que llamar la atención de ambos hombres. Los dos se habían quedado huérfanos, solo que uno enterró una madre y la ternura, y la otra se quedó sin el apoyo femenino tan necesario para su crianza. Pero Rosslyn no se rindió nunca, quería a su hermano con una intensidad inmerecida, y sabía que él también salvo que no lo demostraba. Tras varios años su constancia se vio recompensada, porque finalmente consiguió toda la atención de su padre y de su hermano, que decidieron que era hora de mandarla de viaje a Edimburgo a formarse en la corte, pero custodiada por la tía paterna Edith. Eso había sido hacía ya cuatro años, pero el tiempo había volado y ella estaba de vuelta.

Y Lean acababa de percatarse que aún recordaba sus ojos.

—Ríe, ríe, porque ahora he de pedirte el favor de que mañana vayas a casa, a sugerencia de Rosslyn, que ha decidido que en mi ausencia seas tu quien vele por ella.

—¿Por qué? —dijo el guerrero.

—No se lo he preguntado, pero mañana tengo que hacer un viaje pues ha llegado mercancía nueva.

Las risas cesaron de pronto, pero las carcajadas de Logan ante la cara de asombro de Lean resonaron por toda la taberna.

CAPITULO 5

Puerto de Eyemounth, Escocia

Logan tenía muchas cosas en qué pensar. La llegada de su hermana solo incrementaba los problemas. En Edimburgo estaba a salvo de los ataques de los mercenarios, pero era tan terca, obstinada, y mandona, que casi estaba valorando dejarla a ella al frente cuando se desatase un nuevo ataque, seguramente los invasores huirían despavoridos solo con ver la mirada de ella.

Logan sonrió ante sus propios pensamientos.

Entre los amarres del puerto, el cristalino mar brillaba azul intenso reflejando la luz del sol de aquella mañana clara de primavera. Los barcos estaban llenos de bultos de mercancías recién llegadas de puertos cercanos, o en espera de ser izados para marcharse a otros más lejanos. Los marineros se movían con agilidad entre ellos, haciendo más ruido con sus gritos y chanzas, que el gentío borracho de un día de fiesta.

Para alguien que llegase por primera vez a lugar, se impresionaría, pero Logan se conocía ese puerto casi tanto como la propia ciudad de donde vivía. Un día a caballo separaba la ciudad de Evertown con el puerto de Eyemounth.

Su mirada estaba ahora concentrada siguiendo la descarga de las cajas traídas desde Edimburgo, y que estaban llenas de mercancías que volverían a ser vendidas, y con una buena ganancia de por medio. Existían pocos piratas escoceses, pero su tío abuelo había sido uno de ellos. En su vejez, y ante la imposibilidad de seguir navegando, se había dedicado al comercio.

Comenzó vendiendo productos que encontraba en las cercanías, y de otros que conseguía mediante trueques. En un pequeño barco que había ganado en una partida de cartas a un noruego, llevó las mercancías por los distintos puertos cercanos a Eyemounth.

Buena parte del éxito se debía al hecho de que la mayor parte del proceso de compra y venta era seguido de cerca por él mismo, aunque eso fuese un trabajo arduo, ningún McIlvanney se rendía jamás.

Algunos de los bultos enviados eran para Rosslyn, y resultaron ser más grandes de lo esperado, temblaba pensando en lo que podrían contener, por un momento sopesó en la posibilidad de perderlos por el camino, pero eso

podría tener consecuencias que él no quería ni imaginar. Tener que reorganizar los paquetes que irían a Evertown y los objetos de Rosslyn, había hecho que se demorase más de lo habitual, pero ahora todo estaba siendo distribuido de acuerdo a sus indicaciones, le encantaba el orden.

—¡No! —un sonido se elevó por encima de los otros.

El grito asustado de una mujer rasgó el aire sacando a Logan bruscamente de sus pensamientos. Con sus sentidos de guerrero alerta, se volvió rápido hacia el lugar donde creía haber oído el agudo aviso. En lo alto de la pasarela de un navío se sorprendió descubriendo a una mujer incluso a aquella distancia. Podía verse su rostro macilento y su cuerpo encorvado bajo la capucha de la túnica remendada y oscura que vestía. Parecía que dos marineros la ayudaban, pero sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa, y la indignación llenó su pecho, subió a su garganta y ensanchó las aletas de su nariz. Aquellos ladrones no ayudaban a la anciana, sino que estaban amedrentándola a sacudidas para que soltase un saco de arpillera que intentaban arrebatarle de las manos, y que ella se empeñaba en defender aún a costa de caerse por la pasarela. No se detuvo a pensarlo, en dos largas zancadas cubrió la distancia que lo separaba de ellos, el duro sonido de sus suelas de cuero golpeando la pasarela de madera hizo que las tres personas implicadas cesasen por un momento su forcejeo y lo mirasen. Vio el miedo en los ojos abiertos y dorados de la mujer, y la sorpresa en la de los hombres. Antes de que hubiese pasado el aire una sola vez más por sus pulmones gritó, descargando en ese sonido toda la ira que sentía, de un último y rápido salto se plantó entre los hombres, cubriendo a la mujer con su ancha espalda. Plantado ante ella con su imponente altura y el cuerpo en tensión, ofrecía un sólido muro para protegerla.

El tiempo se paró un instante, mientras, con un gesto ensayado, puso la mano tras la espalda y sacó el puñal que tenía escondido en la parte posterior del cinto, no pensaba usarlo, pero serviría para amedrentar a los marineros antes de comenzar a retroceder con la anciana a salvo tras él. No pudo ver cómo los ojos de ella se abrían sorprendidos y más asustados aún ante la evidencia de lo que supuso que ocurriría a continuación.

Un gruñido subió del pecho de Logan a la garganta que lo retuvo entre sus mandíbulas apretadas, las abrió y esperó a oír el sonido de su propia furia, pero lo siguiente que oyó fue el sonido hueco de algo que se estrellaba contra su cabeza. El golpe lo hizo caer de rodillas, el dolor recorrió veloz su cuerpo y lo invadió por completo.

Cayó desmayado al suelo.

«La próxima vez aceptaré la espada en lugar del vino», se dijo al despertar. El dolor le martilleaba las sienes como si tuviese un ejército de herreros golpeando yunques en el interior de su cabeza.

—Quieto —dijo una voz que parecía miel líquida.

Esa voz era un susurro dulce en mitad del mar bravo que le repiqueteaba dentro. Intentó abrir los ojos, pero la luz, más intensa de lo esperado, le hizo daño en las pupilas, y tuvo que cerrar los ojos de nuevo.

—Espacio —escuchó la voz susurrante de nuevo.

Una mano suave le rozaba el rostro en un masaje lento, borrando a su paso los latidos y dejándole la piel erizada.

—Ummm —gimió contra su voluntad.

La sensación era tan placentera que por un momento pensó que quizá había elegido vino y mujeres la noche anterior, y la resaca no le dejaba recordar. Así debía de ser porque podía percibir su cabeza apoyada sobre unos muslos firmes.

—Ummm —ronroneó de nuevo, esta vez sonriendo.

Cogió la mano que le acariciaba, y devolvió la caricia haciendo un círculo sobre el terciopelo de su muñeca. Ella gimió quedo, y él supo que, si antes no se había enterado, ahora pensaba ser plenamente consciente de lo que hacía. Se sentó con un solo movimiento, la luz cegó sus ojos al abrirlos y la brusquedad de su acción hizo que la cabeza lo pinchase con mil espinas de fuego, perdió el equilibrio y solo pudo cerrar los ojos de nuevo.

—¡Escocés, no! —oyó el grito de una mujer.

Notó que unas firmes manos lo ayudaban a volver a tumbarse apoyándolo contra el pecho. Un tufo insoportable salía de la áspera túnica sobre la que estaba su rostro. Logan se sentó, solo que ahora con calma, para alejarse de ese olor nauseabundo. Necesitó esperar un corto espacio de tiempo hasta que finalmente pudo incorporarse, sus ojos se habían acostumbrado a la luz de ese medio día luminoso, y su cerebro había vuelto a colocar los recuerdos en el sitio correspondiente haciéndole retroceder al justo momento en que estaba protegiendo a la anciana.

Logan se giró raudo buscando respuesta a todas las preguntas que le asaltaban en el rostro de la mujer que le había socorrido, pero en su lugar solo vio una larga capa desgastada bajo la cual apenas si se veía el rostro, y unos

mechones grasientos de cabellos sucios asomando por el borde de la capucha con que se los cubría.

—¿Dónde está la mujer que...? —no acabó la pregunta, era evidente que allí solo estaban ellos dos.

—Soy... yo —tartamudeó una voz, ronca, baja, y asustada que salía del sucio capuz.

Logan se sorprendió al escucharla pues supo que era extranjera, pero al ver la sangre en sus manos, se olvidó de ese importante detalle, Logan no podía saber que en realidad provenía de su propia cabeza.

—¡Anciana! ¿Los marineros te hirieron a ti también?

¡Qué necio y qué impulsivo! Sin darse cuenta, y en su deseo de ayudarla, podía haberle hecho más daño. Intentó asirla con los brazos para comprobar que no tenía heridas, pero la anciana saltó hacia atrás esquivándolo.

—¡No, no! —dijo gesticulando con las manos de forma brusca—. Los marineros huyeron.

—Anciana, tienes que permitirme comprobar si estás herida —cuanto más hablaba él más retrocedía ella, en un absurdo intentó de huir.

Megan tenía las pupilas llenas de las imágenes de él, lo había visto irrumpir en mitad de la discusión como un vendaval de fuerza, jamás imaginó que alguien pudiera mover un cuerpo como ese con la agilidad que lo vio saltar, y menos para defender a una anciana a la que no conocía.

Había estado tentada a dejarlo mientras yacía inconsciente en el suelo, pero el remordimiento de saber que había sido ella la que le había dado el golpe no la hubiese dejado en paz. Fue la única manera con que se le ocurrió que podía frenar al impetuoso escocés que tenía delante para que no hiriese al pobre marinero que solo se había confundido de bolsa.

Se quedaría únicamente para curarle la herida, pensó. Se quedaría para poder observar de nuevos sus ojos, y verlo moverse como un felino al acecho. Sacudió la cabeza, y lo pensó mejor, se quedaría solo para darle las gracias y se marcharía en cuanto lo hubiese hecho.

Dispuso todo lo que podría necesitar junto al cuerpo, después y en contra de lo que la sensatez le recomendaba, se lavó las manos para dejar a la vista una piel marfileña de color alabastro. Sentada de forma precaria colocó la cabeza sobre sus muslos y comenzó a aplicarle un ungüento sobre el bulto que le sobresalía del lado, un ramalazo de culpa sacudió su mente, sangraba un poco, pero no era alarmante, palpó el resto de la cabeza en busca de

alguna otra herida, pero no encontró ninguna.

Megan se descubrió mirando el rostro varonil con hambre voraz. La boca generosa era invitadora: los altos pómulos, la mandíbula fuerte y sombreada por una incipiente barba le quitaron la respiración. No sabía quien era el desconocido, pero tenía una cara. muy atractiva, y era de elevada estatura. Poseía unas recias espaldas que la suave camisa de hilo no lograba disimular, y un pelo brillante bien recortado que se le rizaba sobre los hombros. Su vientre se llenó de un hormigueo extraño, sus manos cobraron vida propia, decididas a descubrir si la piel de él era tan cálida como parecía. Comenzó con lentitud a acariciarle con un ligero masaje, y la respiración regular que le hacía elevar acompasadamente el pecho varió porque estaba despertándose.

—No... —fue a avisarlo, pero el escocés impetuoso en todo lo que parecía hacer, ignoró su advertencia.

¡Y ahora pretendía palparla buscando unas heridas que no tenía!

Ella no podía permitir que él se acercase pues descubriría su disfraz ahora que estaba tan cerca de llegar a su destino. Se dio cuenta del error que había cometido al quedarse y comenzó a andar hacia atrás intentando alejarse de él sin salir corriendo. Solo sirvió para hacerla tropezar con un saco que no vio, trastabilló tres pasos intentando asirse al aire, pero antes de caer hacia atrás, él ya la tenía sujeta entre sus brazos.

—Deja ya de sacudirte —le dijo Logan bastante enfadado—, no te dejaré caer ni lastimarte, pero necesito comprobar que no estás herida, aunque no pienses que seré yo el que curaré tus heridas pues mis conocimientos no llegan a tanto —Logan hizo una pausa—, te llevaré junto a alguien en quien podrás confiar, aunque estamos a un día de distancia —dijo mientras la dejaba en el suelo, pero sujetándola firmemente para que no huyese de nuevo.

Logan sentía verdadera pena por la anciana, y se dijo que en Evertown solían ser generosos con los mendigos. Una vez que se asegurara de que estaba bien, le daría un poco de dinero y la acompañaría a otra ciudad para que siguiera su rumbo.

—¿Un sanador? —se atrevió a preguntar.

—Su nombre es Bannon y atiende a mi familia desde siempre. Puedo asegurarte que él sí conoce muy bien su oficio. —La soltó despacio—. Podrás disfrutar de la hospitalidad de mi hogar hasta que continúes allí hacia dónde vas.

El altruismo del escocés la dejó pasmada.

Logan dudaba de que la mujer aguantase la distancia que los separaba de Evertown si estaba realmente herida, pero como no le permitía que la mirase para cerciorarse, valoró buscar un sanador en Eyemounth, pero quería regresar a su casa cuanto antes, y Bannon no le cobraría el dinero que le cobraría otro galeno.

¡Bannon de Evertown!

El asombro la dejó anclada al suelo, no podía creer en su buena suerte. Se habría puesto a saltar de alegría, pero no era el momento.

«Casi lo estropeo todo», se dijo con emoción desbordante. Y de repente se percató que tenía que fingir que realmente se encontraba mal, para que el escocés no se arrepintiera de la oferta que le había hecho.

—Ohhh —gimió con la voz más afectada que supo imitar, mientras movía el cuerpo como si fuese a desmayarse.

Tal y como esperaba, él la sujetó solícito de los hombros, solo para fruncir la nariz ante el olor de su cercanía, la alejó un paso.

—Vámonos anciana, creo que necesitamos llegar a Evertown cuanto antes.

Al fin estaban de acuerdo en algo.

El camino nunca le había parecido tan largo a Logan, ella se ponía a temblar o se mareaba en cuanto él se alejaba más de dos pasos del carro, y eso era precisamente lo que necesitaba hacer porque la mujer olía realmente mal. Mientras cabalgaba, meditaba en profundidad lo ocurrido. Estaba desconcertado, prefería pensar que el incidente que había ocurrido al despertarse se debía a una conmoción momentánea, a pensar que la anciana había tenido algo que ver. La estuvo observando, pero resultaba difícil formarse una idea de lo que podría ver bajo la capa encapuchada que ella llevaba y con la que se cubría.

¿Cuándo dejaría de mirarla de soslayo? Se preguntó Megan. Ella se había asomado demasiado al camino, y casi se cae de cabeza.

—¿Necesitas ayuda? —se volvió Logan.

Antes de terminar la frase, ella se apoyó en su pierna y tomando impulso se acomodó delante, junto al conductor. La boca de Logan dibujó una O por la sorpresa, aquella ancianita estaba muy ágil, pensó. Sacudió la cabeza para despejar el desconcierto.

—¡Vámonos! —ordenó a todos.

—Deja de mirarme como si así pudieses hacerme desaparecer —dijo Megan fingiendo una voz cansada.

Era la frase más larga que él le había oído desde que se cruzaron, y Logan se encontró entrecerrando los ojos.

—¿Eres extranjera, mujer? —preguntó—. ¿Qué haces en las Tierras Altas?

Megan supo que había cometido un error imperdonable al hablarle en inglés, había tratado de camuflar su acento, pero a la vista estaba de que no lo había conseguido del todo.

—Vengo de tierras lejanas donde se habla otra lengua, pero he aprendido la vuestra —ahora sí que pudo encubrir el acento.

Logan la miró sin un parpadeo.

—¿Qué lengua es esa?

Megan decidió irse por las ramas.

—No puedo regresar o moriré —y esa no era una mentira.

En el momento que regresara de su aventura, tendría que casarse con el hombre más horrible del mundo, y eso significaría su muerte en vida.

—¿Por qué me miras así? —inquirió ella.

—Yo no te miro, solo estoy intrigado. ¿Me dirás ahora tu nombre?

—Ufff... —chasqueó la lengua en un gesto de impaciencia—, creó que necesito aire... me mareo —fingió para no tener que responder a ninguna pregunta más.

El viaje comenzó, y al principio ella hizo malabarismos para mantener la postura de una anciana, finalmente tuvo que condescender y ponerse firme.

Logan al verla apretó el paso del caballo, él necesitaba también que Bannon le echase un vistazo al golpe que se había dado en la cabeza porque por momentos no veía a la anciana si no a alguien mucho más joven, y no supo si esa imagen la podía provocar el golpe que había recibido.

Para Megan el resto del viaje fue una lenta tortura, el pequeño hueco en la carreta era insuficiente para que estuviera cómoda. Saltaba con cada bote. Estaba deseando llegar porque las emociones la ponían en alerta y le jugaba malas pasadas. Se excusó ante sí misma, necesitaba llegar hasta Bannon de Evertown cuanto antes.

CAPITULO 6

Un hombre de pelo oscuro y de unos cincuenta años se le acercó. Megan lo miró desde la intimidad que le proporcionaba la capucha, y vio a un hombre que le recordó a su padre aunque era más bajo y también más delgado. No tenía la ni la fuerza ni el vigor del vizconde de Carwinley, pero sí ese porte distinguido que tan bien reconocía ella en su progenitor.

La mirada del sanador era demasiado inquisidora. Logan se había marchado casi al instante para supervisar la distribución de la mercancía, mencionó que volvería más tarde, pero ella estaba convencida de que era una piadosa mentira. Veía su urgencia por deshacerse de ella, así que se quedó a solas con el sanador. Estaba sentada sobre el camastro que servía para hacer las exploraciones, aunque era evidente que ella no las necesitaba. Antes de pronunciar la primera palabra, la mujer le había dado una carta que Bannon tomó sin hacer una sola pregunta.

La carta era del hombre al que le debía la vida, y en ella le pedía un gran favor. Bannon estuvo mucho tiempo mirando a la mujer, pero no porque dudase, sino porque su visita a Evertown le parecía un milagro. Desde luego que él creía sin duda alguna que era hermana de quién decía ser, Roy Wolfe.

Megan le explicó el motivo personal para viajar a Evertown: aprender del mejor sanador, según su hermano Roy. Le contó que había sufrido un atraco cuando ya llevaba la mitad del camino recorrido, por ese motivo viajaba como una mendiga porque se lo habían robado todo. Confesó también que habían intentado agredirla físicamente, pero que, gracias a sus hermanos, sabía defenderse, y lo hizo. Le explicó que había terminado en Eyemounth porque había ganado un pasaje en un barco que partía de Burnmouth. Había atendido a la mujer parturienta de un marinero que vivía muy cerca del puerto. La mujer había tenido un parto muy largo y difícil, y el pago que había recibido por ayudarla había sido el pasaje. Le narró que había ido de aldea en aldea prestando sus escasos conocimientos sobre curación para obtener algunas monedas y comida para continuar su largo viaje.

Bannon le preguntó por qué motivo no había viajado con su hermano Roy. Ella le ofreció una media verdad: las relaciones comerciales que su hermano debía mantener en la ciudad de Etrick, y que no podía posponer. Le explicó que se reunirían en Evertown cuando terminara sus gestiones, y mientras, ella podría aprender del mejor sanador antes de regresar para

contraer matrimonio con un hombre al que describió horrible. Le dijo que era una hija obediente, que la familia Wolfe nunca faltaba a su palabra. Le confesó que disponía de poco tiempo, y evitó confesarle que su familia ignoraba que se había fugado de Carlisle, y hacia dónde había decidido ir.

Bannon miraba a la muchacha con ojos sorprendidos. Era inglesa, pero no se parecía a ninguna que él hubiera conocido. Y por cierto que le hubiese gustado ver la cara del laird cuando la salvó.

—Los ingleses no son bien recibidos aquí —le explicó de forma sincera. Megan inclinó el rostro hacia el suelo.

—Podría pasar por un familiar tuyo pues mi hermano Roy me dijo que tu madre era de ascendencia italiana.

Bannon hizo un ligero asentimiento con la cabeza, pero en modo alguno ella podría pasar por italiana.

—Tu plan es descabellado.

—¿Por qué soy mujer?

—Entre otras muchas razones.

—Por favor, no ignores mi súplica —dijo en un latín impecable—, déjame explicarte.

Bannon parpadeó al escucharla. ¿Hablaba latín? Estaba tan asombrado que le permitió que se explayara explicándoselo. Pero no fue ese conocimiento lo que lo decidió a escucharla, sino otros muchos más complejos. Que el laird se presentase en su puerta con una supuesta anciana que lo necesitaba, no era necesariamente sorprendente, Logan siempre parecía dispuesto a ayudar a otros. La sorpresa llegó cuando ella, a petición de Bannon, se desprendió de las ropas que hedían, y que, tras lavarse concienzudamente, se presentó ante él con un camisón de tejido grueso que él le había prestado. Bajo la mugre que había servido de disfraz había una mujer pelirroja, de piel alabastrina y grandes ojos dorados.

Bannon vio en el brillo de sus ojos una determinación que no había visto nunca en una mujer. Le había hecho un sin fin de preguntas maliciosas, y ella no había fallado ninguna. Sin lugar a dudas sus conocimientos no podían ser fingidos, superaba ampliamente los requisitos que se exigían a un futuro sanador. Qué necio el motivo que impedía a una mente brillante como esa llegar a su objetivo, pero era una mujer, Bannon rectificó, era una muchacha.

—Lo que pretendes, chiquilla, es muy difícil sino imposible —le dijo de pronto.

La muchacha estalló en llanto al verse vencida por sus prejuicios. Había

hecho un viaje largo y penoso. Sería enterrada en vida bajo la losa de un matrimonio no deseado, y ahora que estaba tan cerca de lograr su objetivo, todo su esfuerzo resultaba inútil.

—Sería una excelente ayudante —le dijo con un hilo de voz—. Una alumna obediente, y una sanadora agradecida.

Bannon se quedó mirándola un rato largo.

Él era querido y respetado en ese lugar. Casi nunca se sentía obligado a seguir todas las normas, además le vendría realmente bien una buena ayuda como la que ella quería prestarle porque Evertown era una población grande y con muchos pacientes que requerían sus servicios.

—Me vestiré como un escocés, y te aseguro que mantendré silencio —le ofreció ella—, pero por favor, que mi esfuerzo y mi viaje no sea en vano.

—Tendríamos que solucionar algunos problemas si finalmente aceptarás tu ayuda.

El corazón de ella galopó dentro de su pecho. ¡Él consideraba la posibilidad de tomarla como ayudante!

—¿El escocés? —dijo ella.

—Logan, se llama Logan McIlvanney, y es el laird de Evertown, pero esa es la menor de las cuestiones que tendríamos que solucionar —dijo Bannon mientras se movía de un lado a otro de la estancia, concentrado en una idea.

La carta de Roy Wolfe había sido determinante. Bannon siempre cumplía sus deudas, y enseñando a la hermana, podría saldarla. Lo que el sanador ignoraba, era que la carta no la había escrito Roy sino Megan que era ducha en imitar escrituras. De haberlo sabido la habría echado de su hogar con cajas destempladas. Pero el hombre estaba realmente admirado de la mujer que tenía delante, y valoró que ayudándola podría devolver el favor recibido y saldar al fin su deuda con el inglés.

—¿Es la menor preocupación? —Megan cerró los ojos y sacudió la cabeza en señal de preocupación.

—Sí, la menor —prosiguió Bannon—. Evertown es una ciudad escocesa, y desconfían de los ingleses. No aceptarán a una mujer y menos inglesa en el clan.

—Me vestiré con ropas de hombre.

A Bannon esa sugerencia le pareció bastante cómica. Los escoceses vestían kilt y tartán, difícilmente ella podría ocultar sus piernas de mujer bajo la tela. El camisón que él le había prestado no le cubría las bien torneadas

pantorrillas modeladas por el duro ejercicio. Le sorprendió la perfección de sus pies que los llevaba descalzos.

—¿En que lugar aprendiste el perfecto latín que hablas? —preguntó de pronto Bannon como si estuviese dándole forma a una idea.

Megan suspiró.

—Poseo un libro de plantas que está escrito en esa lengua —Bannon la miró escéptico—. Ya conoces que mi hermano Roy es comerciante, y solía traerme todo lo que necesitaba para aprender latín.

—¿Sin maestro? —le parecía imposible.

—Lo tuve —confesó con ojos brillantes—. El párroco de Catlowdy.

—¿El párroco de Catlowdy?

—Los párrocos rurales normalmente no dominan el latín salvo algunas oraciones, pero Edward Selby, que así se llama el párroco de Catlowdy, fue trasladado desde Glasgow, y, para sorpresa mía, hablaba y escribía perfectamente latín.

—¡Asombroso! —exclamó Bannon.

—Resolvió todas mis dudas, y me ayudó a perfeccionar el acento.

—Y sin lugar a dudas aprovechaste cada una de esas lecciones — Bannon entrecerró los ojos antes de continuar—. Y así ha de ser puesto que ser un familiar mío te abrirá las puertas justas para que te hagas el hueco que tu propia pericia te permita —concluyó resignado de haber encontrado un hilo con que coser sus pensamientos.

—¡Claro! —Megan había entendido rápido la idea de Bannon.

—Y con esto hemos tumbado al primer contrincante. Ahora necesitamos resolver el hospedaje.

El silencio los cubrió a ambos mientras Bannon se concentraba dando vueltas por ella perdido entre sus pensamientos. Hasta que de pronto la sonrisa llenó su boca, parecía realmente divertido con algo que había descubierto.

—¡Te gustará el hogar del laird!

Los ojos de Megan se abrieron por el asombro al entender donde pensaba enviarla. La sola idea de estar cerca del escocés la hacía temblar más que si le hubiesen dicho que se metiese dentro de un río de aguas heladas. Por alguna razón que desconocía, ese hombre desataba toda una tormenta de nervios en ella, que ascendían desde su estómago a su cabeza con la rapidez de un latido.

—¿No podría ser en otro lugar? Ese hombre... yo...

—Ningún lugar de Evertown sería más seguro que la casa del laird. Ese hombre tiene el mayor de mis respetos y mi total consideración, además de que la presencia de su hermana en la casa hará respetable tu estancia en ese lugar.

Megan no sabía como poner palabras a sus motivos sin que pareciesen una excusa, Bannon le había dado una oportunidad maravillosa, y ella sabía que sería la única que tendría.

—Tienes razón, discúlpame —Megan calló un momento antes de hablar de nuevo—. El laird de Evertown se ha mostrado conmigo bondadoso, también altruista, pero debo ser sincera, creo que me abocaré al desastre de vivir en su hogar pues no soy mujer de morderme la lengua ante las pullas afiladas. Aunque prometo hacer cuanto me sea posible por mantenerme callada y también sumisa.

Algo le decía a Bannon que esa promesa viniendo de ella carecía de credibilidad. Veía en los ojos de la mujer un fuego inextinguible.

—Bien es cierto que preferiría contarle a Logan lo que hemos decidido ahora, incluso con el riesgo de que no lo permitiese —confesó pensativo.

Las alarmas se dispararon en la cabeza de Megan.

—Pero entonces yo no podría aprender del mejor sanador a lo largo y ancho de estas tierras, y ya he entregado mi palabra de que sabré estar a la altura de las circunstancias.

Bannon la miró seriamente

—Espero por el bien de ambos que sepas cuan en serio me tomo tu palabra.

—Gracias te doy Bannon. Esta alumna estará a la altura de lo que su mentor espera.

Deja de preocuparte por la anciana Logan, se marchó poco antes de que llegases. Te hubiera asombrado lo sorprendentemente sana que estaba debajo de sus ropas mugrientas —dijo Bannon sin que él advirtiese la burla en su voz—. Se fue tan rápido como llegó, aunque más limpia y con una bolsa de monedas que le servirán de ayuda allí donde vaya —Logan lo miró atentamente pues no esperaba que la mujer se fuera sin despedirse—. Me he asegurado de que volverá —terminó de decirle para convencerlo.

—Gracias por tu ayuda Bannon, serás recompensado, además de pagarte las monedas que le has dado a la anciana.

Logan buscó el lateral del cinto y sacó una bolsa que hizo ruido con el

tintineo de unas monedas al golpear contra las otras.

—No la ayudé por dinero, esta vez necesito un favor— el pescador tiró el cebo.

—¿Un favor? —y el pez lo mordió.

—Sí, necesito hospedaje para un familiar recién llegado, ha venido a formarse como sanador, y aunque pertenece a una parte de mi familia bastante lejana, me siento obligado a ayudarla. —Logan fue a replicar que no entendía por que no hospedaba al familiar en su casa—. Me entenderás al conocerla. En mi casa no hay mujer alguna, y no sería correcto que se quedase allí. Levantaría habladurías innecesarias, y a ti no te vendría mal compañía para Rosslyn. ¿Verdad? —no le dejó ni pensarlo—. Ya puedes pasar —dijo abriendo la puerta que conectaba la entrada con la sala de curas.

Nada lo había preparado para la explosión de color que entró en la estancia, y el tiempo se detuvo entre dos latidos. Logan no fue consciente de que contenía el aliento, pero Bannon sí, y la reacción le preocupó y sorprendió a la vez.

El impassible laird se había quedado mudo.

—Logan, esta es Megan, el familiar que te mencioné.

Dos ojos de miel líquida llegaron a los suyos grises y sorprendidos.

—Es un placer, laird McIlvanney.

Fue escucharla y maldecir pues la mujer pelirroja tenía acento inglés. Bannon interpretó perfectamente su mirada.

—Pronuncia un inglés casi perfecto, ¿no es cierto? —Logan entrecerró los ojos de forma suspicaz—. Escuchándola nadie diría que es nacida en Roma, y podría hablarte en latín, pero temo que no la entenderías.

Megan aceptó la mentira que el sanador había dicho por ella. Comenzaba a deberle muchos favores.

—Acepto la hospitalidad de tu hogar —su tono era un susurro, su voz era como la luz de un amanecer.

Logan carraspeó bastante incómodo.

—Mi casa es la tuya —aceptó tras unos segundos, y que fueron todo un mundo para ella.

Bannon rompió la tensión. Todo salía conforme a lo planeado.

Y durante bastante tiempo estuvo escuchando a los dos hombres, cuando finalmente el laird se dirigió a ella para que lo acompañase fuera de la casa del sanador, ella se mantuvo en silencio. Lo siguió con la cabeza baja.

Megan se quedó plantada en la puerta de entrada, si el recorrido desde la

vivienda de Bannon le había sorprendido, el castillo del laird la dejó asombrada. Nunca hubiera esperado una fortificación así en el norte.

Desde la puerta se abría una pequeña entrada que daba paso a un patio interior poblado de árboles. A Logan le gustó su expresión de maravilla, ella había conseguido sorprenderle en el corto recorrido hasta allí, no solo se dedicó a mirar cada cosa que pasaron con un interés inusitado.

Se sintió orgulloso de su hogar.

—Debo decirte que la respuesta a lo que te estas preguntando es no — indicó él sin que Megan le hubiese preguntado, y haciéndola sonreír—. No todos los castillos en Evertown son así pues los hay incluso mejores. Este tiene algún elemento en común con el resto, como los materiales con los que está construido, pero su interior obedece al gusto... —por un momento Logan se detuvo paladeando el nombre como un bello recuerdo—, de mi madre. Me gusta pensar que es una propiedad hermosa. Ahora solo vivimos en ella mi hermana Rosslyn y yo, y ahora tú.

Del patio llegó una voz suave.

—¿Logan?

La voz llegó unida a una joven con claro parecido al laird, solo que bastante más grácil. Su rostro sorprendido mostraba una sonrisa tan sincera que resultaba fácil sentirse bien ante ella. Fue sencillo para Megan deducir quien era.

Logan miró divertido la cara de su hermana, pocas cosas podían detener su verborrea y sin embargo estaba callada.

—Rosslyn, esta es Megan... —Logan no sabía el apellido de ella, Megan tampoco sabía cómo se apellidaba Bannon, así que se hizo la despistada, y sonrió sabiendo que esa era su arma más infalible y que los dejaría embobaos, y así ocurrió.

—Estoy encantada de conocerte —dijo manteniendo la sonrisa y el oro brillante en sus ojos.

Logan carraspeó.

—Es un familiar de Bannon que ha venido desde muy lejos a visitarlo —dijo Logan que ignoraba el verdadero propósito de la visita de ella, y haciendo las presentaciones—. Se quedará en casa el tiempo que esté en Evertown.

—Y no sabes cuánto me alegro, esta vivienda es demasiado grande, y muy aburrida —dijo Rosslyn que se mostraba generosa—. ¿Vienes conmigo? Imagino que necesitas refrescarte y descansar.

Todas las estancias estaban realizadas alrededor del patio que ella había visto. Había un amplio salón dedicado a los actos públicos, y otro más pequeño que solía emplearse en invierno para uso privado. Los dormitorios eran austeros, apenas contaban con un camastro y un arcón en el que guardar las pertenencias.

La mujer la condujo a uno de ellos.

—Confío que la estancia te resulte cómoda —le dijo Rosslyn, haciendo sonreír a Megan—. Como no esperábamos ninguna visita, no la hemos limpiado a fondo, pero se hará mañana.

—Estoy encantada pues es más de lo que esperaba, gracias —respondió Megan.

—Le diré a una criada que traiga agua y lienzos para que puedas refrescarte. Después te espero en el patio, dispondré de algunas viandas ligeras. Bienvenida a Evertown.

CAPITULO 7

El tiempo pasaba veloz, y la primavera llegaba a su epicentro. Megan siguió dando vueltas en la cama pues tenía ganas de levantarse aunque todavía no había amanecido. Pensó en el laird, y sintió que se le aceleraba el pulso. Siempre le ocurría cuando pensaba en él, y desde que residía en su hogar, lo hacía demasiado a menudo. Recordó perfectamente el poder que exudaba su persona cada vez que se lo encontraba, y se estremeció sin poder evitarlo, el corazón le dio un vuelco, y sintió una sensación muy extraña en la boca del estómago, jadeó como si le faltase el aire y Megan se preguntó cuál sería el motivo para sentirse así.

¡Qué diablos le ocurría!

Agitó varias veces la cabeza para borrar su imagen de su mente, pero no lo consiguió. Se dio media vuelta en la cama y metió la cabeza bajo la almohada. Tenía que dormir o parecería un fantasma. Empezó a moverse en el lecho pues no podía conciliar el sueño. Miró hacia la venta y comprobó que todavía no había amanecido, pero continuaba demasiado nerviosa para poder conciliar el sueño. La imagen del laird la perseguía, y para más inri recordaba todas y cada una de las palabras que le había dicho. El recuerdo de esa voz y el efecto que provocó en ella la hacían sentirse muy viva, y por primera vez no supo qué pensar de ese viaje que había emprendido.

Era algo increíble, desde luego, no sabía a qué se debía todo aquello, pues ella había rechazado a todos y cada uno de los hombres que habían pretendido su mano. Recordaba a muchos de ellos pero ninguno la había hecho estremecerse de pies a cabeza como el que vivía en Evertown. Se esforzó a conciencia para pensar en Bannon y en el trabajo que realizaban, y así volvió a quedarse dormida.

Megan estaba encantada, jamás le había resultado difícil aprender, pero tener un maestro tan brillante como Bannon, resultaba un aliciente maravilloso para ella. La hacía trabajar cada día, a veces solo le permitía mirar, pero cada vez eran más las veces en las que podía opinar, incluso había suturado la pequeña herida de un niño. Sus días estaban llenos de trabajo y menesteres, y aún así era Bannon quien le recordaba que descansase o que volviese a casa y dejase de hacerle preguntas, o terminarían necesitando ella

un sanador.

Megan tenía una sed insaciable de conocimientos y un tiempo demasiado limitado para adquirirlos, así que a veces exasperaba al maestro, pero hoy se mostraba extrañamente callada. El día había sido largo en horas de trabajo, pero ella se había mostrado igual de curiosa e indagadora como siempre, hasta la llegada de una mujer, Kelsey. Estaban enfrascados en una discusión sobre el empleo de una planta de origen local, a la que Bannon encontraba poderes curativos si se tomaba en infusión, cuando ella había aparecido.

Megan se había descubierto contemplando a la mujer más hermosa que había visto jamás, sus largos cabellos negros caían en una cascada de brillo que rivalizaba, incluso, con la seda más exquisita.

¿Cómo podía alguien con semejante aspecto estar enfermo?, se preguntó. Bannon se repuso con rapidez de la llegada de Kelsey, no era extraño que ella hubiese esperado a que comenzase a oscurecer para llegar con gran discreción hasta él. Pero no acababa de entender como, al igual que otras veces, no había hecho uso de un mensajero para que fuese él el que se desplazase al prostíbulo. Grave debía ser el problema si Kelsey, amante principal de uno de los hombres más poderosos de Evertown, venía en persona a buscarlo.

—Bienvenida, Kelsey —la saludo Bannon cuando entró.

—Gracias Bannon —dijo la mujer con voz aguda.

—No esperaba tu llegada, confío que no sea por algo grave —dijo Bannon esperando a que ella se decidiese a hablar.

La aludida miró nerviosa en dirección a Megan, que ahora que la tenía cerca, se daba cuenta de que sus ropas y su maquillaje la habían engañado: bajo su primera apariencia la piel morena mostraba unas ojeras profundas y signos de cansancio.

—Te presento a Megan, un familiar que me está ayudando estos días —dijo Bannon siguiendo el curso de su mirada—. La confianza que pongo en ella es absoluta, pero si prefieres que no esté presente... —no terminó la frase.

—Solo estoy algo azorada... —dudo un momento, antes de decidirse a hablar—. Yo, creo que porto en mi vientre al hijo de... él.

Bannon no necesitó más explicaciones, había ido viendo a lo largo de los años, que cada vez que una mujer dejaba de ser atractiva a los ojos de Duncan Jhones, y sucedía en cuanto cumplía algún año o se quedaba

embarazada, este perdía su interés y era sustituida sin miramientos por otra cada vez más joven. Kelsey llevaba ya casi dos años con él, apenas era una niña cuando se la había traído con engaños para someterla bajo su lascivia, pero había resultado ser más lista de lo esperado y había conseguido mantener, no solo el interés de Duncan, sino de otros que esperaban el momento de que este la dejase ir para ofrecerle un lugar en su cama.

—Necesito tu ayuda, ¿lo harás? —la pregunta fue apenas un susurro.

Bannon se quedó durante un largo momento callado y pensativo. Viéndolo, la cabeza de Kelsey hizo un lento vaivén de negación que a Megan le pareció una sentencia a muerte. Todo lo que ocurrió después fue borroso para ella, su mente se negaba a recordar lo que había visto, y que bajo ningún concepto pensaba usar. Cuando la mujer se hubo marchado con las indicaciones apropiadas, el silencio entre ellos se hizo incómodo, casi hostil. La reprobación de Megan por las acciones que Kelsey y Bannon habían hecho, estaba presente con claridad en su postura rígida y en su largo y condenatorio silencio.

—No juzgues con tanta rapidez pues no puedes ni imaginar el infierno que supondría para ella tener ese hijo —Megan apretó los labios—. No debes juzgar por la apariencia, por sus creencias, o por el peso de su bolsa de oro, a quién te pida ayuda pues pacientes son todos, y todos se merecen aquello que puedas ofrecerle.

—Yo quiero aprender a preservar la vida —se justificó—, no a quitarla.

—La aceptación de la muerte, como parte de nuestro trabajo, es una de las tareas más arduas que tendrás que aprender.

Megan se miró las manos, y las sintió, por primera vez, sucias.

—No puedo hacer algo así, no puedo —la voz de ella mostraba derrota.

—Entonces no lo hagas Megan, pero no juzgues su decisión si busca a quién pueda ayudarla.

—Podría al menos haber hecho participe al padre.

El corazón de Megan no podía entenderlo, pero él tenía que darle una lección que consideraba de gran valor.

—Voy a darte el sabio consejo que no me dieron a mí —los ojos de Megan eran dos pozos insondables—. Haz de sanadora en cada ocasión que se te requiera, pero no te entrometas en la vida de nadie porque acabaras involucrada en asuntos que podrían suponer un desastre en los tuyos. Los pacientes que te reclamen te confiarán sus corazones y sus vidas, incluso sus miserias, pero deberás aprender a respetar sus decisiones sin guardarte los

secretos que pondrán en tus manos.

Megan soltó un suspiro largo y profundo.

—Había desolación en la mirada de ella, y creo que me ha contagiado.

—Megan —comenzó Bannon poniendo final a una conversación que no necesitaba más explicaciones, al menos de momento—, necesitas volver a casa y pensar en esta lección que has aprendido, y yo necesito descansar pues el día ha sido muy largo. Marco te acompañará. Que descanses y nos vemos por la mañana.

—Gracias y buenas noches —se despidió Megan apenada y con la cabeza llena de ideas que bullían.

El camino de regreso, que normalmente Megan hacía con alegría, le supo amargo pues le pesaba el corazón que lo sentía encogido.

Como cada atardecer, Rosslyn la esperaba impaciente, y ella agradeció en silencio su charla insaciable pues le permitía esconderse un rato en sus propios pensamientos.

—Hola, Rosslyn —dijo al entrar en casa.

—Saludos para ti también. ¿Fue bueno tu día con Bannon? —contestó Rosslyn esperando poder charlar con ella.

—Bueno, sí —dijo soltando un largo suspiro—, pero sigo teniendo un poco de frío.

—¿Frío? —Rosslyn la miró asombrada—. Afirmando que el día ha sido luminoso, soleado, aunque no muy caluroso. ¿Sabes que adoro el calor?, tanto, que me pediría al propio sol como regalo de boda.

Rosslyn saltaba de un tema a otro con una felicidad ligera.

—¿Boda? Creí que estábamos hablando de frío.

Megan, lo último que pretendía, era hablar de compromisos y de matrimonios pues había olvidado convenientemente el suyo que cada vez estaba más cerca.

—Voy a instruirte —prosiguió Rosslyn fijándose con atención en la ropa de ambas—. Esa vestimenta que usas es demasiado ligera para este clima, si sustituyeses la fina capa por un tartán de lana, la temperatura te parecería, al menos, más llevadera.

Megan se miró la capa.

—Rosslyn, sé que mis ropas son muy ligeras, pero ando escasa de ellas, aunque no pienso mucho en ello pues apenas me queda tiempo para pensar en

capas y vestidos. Aprender ocupa todo el tiempo del que dispongo, y a fe mía que la tarea está resultando más ardua de lo que esperaba —dijo recordando con cierta tristeza en la importante lección del día que Bannon le había enseñado.

—Me encantaría ayudarte —dijo Rosslyn mirando con los ojos a Megan—. Podría regalarte uno de mis vestidos gruesos, pero eres más baja que yo. Te prestaría el tartán, pero como no eres escocesa ni perteneces al clan, no podrías llevarlo —Megan la escuchaba atenta—. Pero sí podría prestarte un antiguo mantón de Logan que perteneció a la familia de mi madre. El clan no se sentirá insultado si te vistes con los colores de ella.

Megan sonrió realmente agradecida.

En el robo que había sufrido antes de su llegada a Evertown, se había quedado únicamente con lo puesto. Bannon le había facilitado algunas prendas femeninas, pero no eran suficientes pues apenas tenía para cambiar de muda. A ella le provocaba cierta aprensión que fueran prendas que habían llevado mujeres que había estado enfermas y que habían dejado Evertown para siempre, pero como no disponía de dinero, se había conformado. Megan no cobraba por los servicios prestados porque era una ayudante, y no disponía de monedas para comprar telas con las que confeccionarse algún vestido más acorde con las bajas temperaturas de Escocia.

—Voy a ordenar que te cosan un par de vestidos a medida.

Los ojos de Megan brillaron ilusionados.

—Rosslyn, si con eso puedo terminar el día sin parecer un montón de ropa mojada, te estaría infinitamente agradecida —dijo mientras se alzaba de la butaca situada en el patio donde estaba sentada—. Aunque la tentación de quedarme charlando contigo es mucha, me retiro a asearme un poco antes de la cena, pero gracias por toda tu ayuda.

Se reunió con sus anfitriones más tarde. Megan tenía los ojos cerrados y una sonrisa de deleite en el rostro.

—Ummm —lanzó un lento gemido de satisfacción mientras con la punta de su rosada lengua lamía el jugo de la fruta que impregnaba sus labios.

Logan tragó saliva despacio, la contemplación de la extranjera hacia que todo su cuerpo se llenase de un hambre voraz, y no precisamente de comida.

—Está deliciosa.

—Te parece tan rica porque tienes hambre, solo es una simple fruta.

—Creó que no me hartaría nunca de comer.

—Eres la primera mujer que he visto alimentarse como si no existiera un mañana —se rio Rosslyn.

—Siempre tengo hambre —admitió la otra.

Rosslyn se sorprendió por la expresión de graciosa culpabilidad que exhibía Megan.

—Las temperaturas frías hace que sintamos más hambre.

Tenía que ser cierto porque desde su llegada no había parado de probar cada plato que se le ponía delante y en casi todos mostró el mismo agrado.

—Megan, creó que hoy ordenaré que cocinen haggis.

El rostro de Megan cambió de color tras escucharla. Tenía buen apetito, se lo comía todo, salvo ese alimento en particular. Estaba tan especiado que le resultaba desagradable al paladar y le provocaba dolor de estómago.

—Lamento que no me guste como a ti —dijo sincera.

—Admito que el resultado es un guiso muy especiado y de sabor muy intenso —Rosslyn detuvo su verborrea un momento atando una idea antes de proseguir hablando—. Logan, ¿podrías llevarnos al puerto de Eyemounth la próxima vez que vayas? —el aludido dejó de mirar subrepticamente a Megan—. Sería muy agradable pasear a orillas del mar.

Logan llevaba un rato perdido entre los labios de Megan, lamiendo en sueños el jugo que los mojaba haciéndolos más apetitosos que la propia fruta.

—¡Logan! —exclamó la hermana.

Salió despedido de sus pensamientos cuando oyó la pregunta de Rosslyn.

—¿Al puerto? Quizás en otro momento, Rosslyn, ahora no es recomendable realizar demasiados viajes.

Prefería no comentar su preocupación por la llegada de mensajeros que hablaban de un inusitado número de mercenarios. Mientras la situación se mantuviese en tensión, sería mucho más aconsejable no arriesgarse.

La cuestión sobre el puerto hizo que Logan recordase que debía pasarse a ver a Bannon para inquirirle sobre si había vuelto a ver a la anciana. Lo ocurrido aquel día en el puerto lo había estado molestando durante días pues algo no terminaba de encajar. Pensaba que sí podía volver a hablar con la vieja, quizás aclarase alguna de sus dudas, pero había estado tan ocupado que lo dejó apartado para otro momento, y el momento llevaba esperando casi una semana.

—Megan, ¿estará Bannon mañana en casa?

Megan lo miró sorprendida.

—¿Necesitas los servicios de un sanador? Quizás mi experiencia no sea amplia todavía, pero si puedo serte útil, entonces dime qué te aqueja y no necesitaras esperar a mañana.

Rosslyn también lo miraba atenta. Su hermano se veía cansado, pero no enfermo, al menos no tanto como para necesitar ungüentos ni tisanas. Él se descubrió cercado entre las miradas de ambas mujeres y no fue capaz de urdir una elaborada mentira pues no quería mencionar su encuentro con la anciana desaparecida, salió al paso con la primera excusa creíble que encontró.

—No es importante, me lastimé en una pierna en el entrenamiento de ayer y no se ha pasado la molestia todavía, pero puedo esperar hasta mañana —dijo intentando dar una respuesta que le permitiese una huida plausible.

—Si solo es eso lo que te aqueja, puedo ayudarte —se ofreció Megan. Logan la miró con ojos entrecerrados, y Megan entendió en esa mirada algo diferente—. Tu desconfianza es infundada, en cuanto a tratar problemas producidos en luchas, poseo experiencia, pues tengo un hermano mayor al que he podido curar algunas de sus molestias cuando entrenaba con la espada, también le he suturado algunas brechas —calló para no dar más detalles de su familia, mientras, se levantó del sillón y se acercó al de Logan que se puso tenso.

Antes de que pudiese darse cuenta, Megan le había puesto ambas manos sobre el muslo que quedaba al descubierto bajo el kilt. Una corriente de intenso calor lo recorrió desde la cabeza a los pies. La reacción le hizo levantarse de golpe. El rostro de Megan mostró la preocupación que sentía.

—Siento haberte lastimado, realmente debe de resultarte doloroso —dijo Megan malinterpretando su reacción—. Podría darte un masaje con un ungüento de adormideras que te calmará el dolor.

La rigidez de Logan no parecía indicar que estuviese muy de acuerdo con que lo tocase de nuevo. Su negativa a sentarse le supo a ella a desconfianza. Quería retribuirle la hospitalidad, y la generosidad que le había dispensado.

—Al menos hasta que Bannon pueda verte —había pena en su voz.

Logan se percató de que la había molestado, aunque no había sido esa su intención.

—Aceptaré tu tratamiento si todavía deseas dármelo. No creó que después me sean necesarios los servicios de Bannon —respondió Logan intentando infundir en ella el animo que parecía haberle quitado.

Megan desapareció veloz de la estancia. Mientras Rosslyn se acercaba a dar instrucciones a los sirvientes, Megan regresó llevando una pequeña jofaina que contenía un ungüento de ligero color pajizo.

Logan necesitó de toda su fuerza de voluntad, y de un millón de maldiciones internas, para soportar el lento suplicio de Megan masajeando su pierna. Cuando comenzó por la rodilla pensó que podría soportarlo, pero sus manos eran de seda y quemaban dejando una huella de fuego allí por donde pasaban. El ascenso hacia la cara interna del muslo se le hizo eterno, el deseo amenazó con hacerse evidente bajo el kilt. Se agarró con fuerza a los laterales del sillón, y se descubrió sin un solo pensamiento coherente al que sujetarse. Los largos dedos de Megan rozaron apenas su ingle y todo su cuerpo se alzó en rebeldía, un ronco gemido salió de su garganta. La misericordia acudió en su ayuda, soltó el aire de un tirón y abrió los ojos, ella se había detenido al fin.

Megan se miró las manos sorprendida, una nube de deseo la había envuelto en cuanto las posó sobre Logan, su cuerpo olía a cuero aceitado, a tentación, a hambre de él. El primer roce de su piel la arrastró en una corriente arrasadora de calor y el lento ascenso fue la más exquisita forma de tortura jamás hallada. Se deleitó en cada recodo que los dedos pudieron encontrar, hasta que sus sentidos quedaron saturados de él y solo de él. No fue consciente de que sus manos se estaban volviendo osadas hasta que oyó el ronco gemido saliendo del fondo de la garganta masculina. Se detuvo de inmediato.

Durante un instante ambos se observaron, prendidos en una llama que hubiese podido arrasarse un imperio. Cuando la mirada de él se intensificó, ella pudo palpar el poder, la seducción, el orgullo, la pasión... todo eso y más prometían los ojos grises que estaban fijos en los suyos.

La piel de ella se erizó, y un escalofrío le recorrió la médula espinal. Su corazón se aceleró, y ella se quedó paralizada al sentir como esos profundos ojos recorrían su rostro de arriba abajo como si fuese oro que saquear.

—Megan te he traído la prenda de la que hemos hablado —la voz de Rosslyn rompió la magia y se llevó el deseo.

CAPITULO 8

La cena había concluido hacia rato. Megan y Rosslyn estaban solas en el patio, la noche comenzaba a oscurecer el cielo. Megan comenzaba a sentir cierta modorra.

—Rosslyn, creo que he encontrado una manera de dormir sin que el frío me agobie una noche más.

—¿Y qué manera es esa? —preguntó Rosslyn perdida en pensamientos.

—No pienso dormir en la habitación.

Por un momento Rosslyn la miró como si ella hubiese comenzado a hablar en un idioma desconocido.

—¿Y dónde piensas hacerlo?

—Dormiré junto al fuego encendido del patio a partir de esta noche — afirmó con rotundidad—. Sé que el fuego se mantiene siempre encendido.

—¿Piensas sacar el jergón y tirarlo ahí en medio? Te recuerdo que los hombres entrenan cuando todavía no ha despuntado el alba —le dijo Rosslyn seria—. El patio no es lugar para que duerma una dama.

—¿Una dama? —inquirió Megan.

—¿No lo eres? —la pregunta de la otra la incomodó.

Megan giró el rostro porque se puso colorada. Había dicho tantas medias verdades, que se sentía mal porque consideraba a Rosslyn una buena amiga.

—Estoy acostumbrada a escuchar los ruidos de las espadas de los hombres que se cubren las espaldas unos a otros en el campo de batalla.

Rosslyn interpretó bien la mirada de ella.

—Estoy convencida que mi hermano no te lo permitiría ni en sueños, ¡dormir en el patio junto al fuego! ¡Ja! —se carcajeó la otra—. Tendría un motín entre los guerreros porque contigo aquí no entrenarían.

El rostro de Megan se ruborizó.

—Me marcharía antes de que comenzaran a luchar.

Rosslyn sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, si es una forma que has ideado para incomodar a mi hermano, creo que yo también sacaré mi colchón y lo pondré al lado del tuyo — concluyó sin parar de reír y con ojos brillantes—. Nada me gusta más que incomodar al laird de Evertown.

Las palabras de la mujer parecían dichas con doble intención.

—¡Rosslyn! —dijo Megan sofocada hasta la raíz del cabello—. Nunca

ha estado en mi ánimo molestar a tu hermano. —Pero Rosslyn seguía riendo a mandíbula batiente—. Creo que me voy a dormir.

Los días de Megan amanecían y anochecían llenos de trabajo y aprendizaje, estaba encantada de no coincidir más que en algunas de las cenas con Logan. Todas esas obligaciones hacían que casi no tuviese tiempo para pensar en él, pero en cuanto cedía a un pensamiento, ardía como si fuese paja que se utiliza para encender el fuego del hogar.

Cada vez que los ojos de la joven se clavaban en él y los de él en ella, era como si lo que ambos vieran fuese un espejismo y temiesen parpadear y romper el hechizo. Era como si la mirada de los dos fuese más allá de la conciencia para convertirse en muy real: como si traspasase el corazón de ambos y creara un vínculo que siempre los mantendría ligados y unidos.

Mirar al laird le provocaba un vendaval de sensaciones que no podía sujetar. Si él pasaba a su lado, su corazón latía con desenfreno. Jamás lo había sentido así si antes no había realizado un duro ejercicio físico como luchar con su hermano Craig. En su memoria solo estaban sus penetrantes ojos grises y su risa atractiva. El recuerdo de aquel día en el puerto cuando lo vio por primera vez, y de cómo sonaba su voz, la hizo estremecer de pies a cabeza pues para ella era darse cuenta que ese hombre la atraía de tal manera que ni siquiera tenía conciencia de su propio ser.

Estaba tan ensimismada en sus propios pensamientos que no escuchó los pasos que se acercaban hacia ella de forma sigilosa, hasta que no escuchó la voz, no se percató de que era Bannon que le daba indicaciones pues esa mañana debía partir temprano a otros poblados.

Megan se había quedado para poder ver al niño que había curado unos días atrás. La tarea resultó tan sencilla que estuvo de regreso antes de lo que esperaba, y se encontró con toda una mañana sin trabajo con que ocupar sus manos y también su cabeza. Así que decidió comenzar a limpiar unos útiles que Bannon le había prestado. De repente, escuchó el ruido de unos nudillos golpeando la puerta de madera, antes de que respondiera, se oyó de nuevo el golpeteo rítmico seguido de la voz de Rosslyn.

—¿Megan? ¿Megan, puedes salir?

La mujer se alzó del banco de madera donde estaba sentada, dejando con cuidado sobre la mesa la redoma de cristal en la que estaba trabajando. Rosslyn esperaba ansiosa en el umbral de la puerta.

—Discúlpame si te molesto —dijo al ver todos los elementos que ella tenía sobre la tabla.

—Por favor no te disculpes pues nunca eres una molestia —contestó con una sonrisa sincera—. ¿Cómo puedo ayudarte?

Rosslyn parecía indecisa, así que Megan extendió una mano con una invitación para que dijera aquello que la había traído hasta su alcoba.

—Ya sé que tu ocupación llena todo tu tiempo, pero hoy es día de mercado, y me preguntaba sí...

No concluyó la frase.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Megan con mirada serena—. Nada me complacería más.

—¡Fantástico! —aplaudió Rosslyn—. Te espero en el patio. Iré a buscar a uno de los criados para que lleve las cestas, y para que nos escolte al mercador.

El paso de las mujeres hizo volver la cabeza a más de una mirada indiscreta. Rosslyn se había empeñado, y era difícil decirle que no cuando decidía algo, en que Megan vistiese un vestido nuevo realizado en un tejido tan delicado que parecía seda, llevaba sobre los hombros el mantón que pertenecía al clan de su madre.

El azul de la tela resaltaba el color dorado de los ojos de Megan.

Pero si había puesto empeño en el atuendo de la invitada, mucho más lo había puesto en ella misma pues su vestido había sido teñido en el color de la lavanda. El manto con el que se cubría por encima tenía los colores del clan Mellvanney.

—Veo que te gusta el color de mi vestido, Megan.

—Me recuerda a las lilas que crecen en Carwinley ... —al momento Megan se percató de su error.

—Carwinley está al otro lado de la frontera —Rosslyn la miró sin un parpadeo. Atenta a los movimientos de ella.

Megan pensaba a toda velocidad.

—Te recuerdo que pisé suelo inglés antes de poder llegar a Evertown — trató de excusarse, pero los ojos de Rosslyn no se perdían ningún detalle, como el movimiento nervioso de ella—. El camino desde Italia es muy largo.

—¿Y te dio tiempo de ver crecer las lilas?

Y Megan decidió contarle con todo lujo de detalles el atraco que sufrió,

el intento de agresión del que salió ilesa porque sabía defenderse gracias a sus hermanos.

—¡Tienes hermanos! —Rosslyn iba de una sorpresa a otra.

—¡Rosslyn eres una adivina! —bromeó ella para quitarle hierro al asunto.

La aludida rio por lo bajo.

—Me debes una larga explicación —la miró sin un parpadeo.

—¿Sobre mis hermanos? —preguntó Megan llena de aprensión.

Si Rosslyn descubría que era inglesa, se lo comunicaría a su hermano el laird, y ella tendría que abandonar Evertown.

Rosslyn repasaba con rapidez las cosas que conocía de Megan intentando encontrar el modo de barrer la desconfianza de sus ojos. Le resultaba todo un misterio, había tantas cosas que ella hacía por todos... conocía a todos los criados de la casa, y estaba convencida de que también conocía a media población de Evertown si tenía que hacer caso de todos los saludos que estaban recibiendo en el mercado. Su capacidad para el orden era un bálsamo para una despistada como ella, lo cierto es que sin Megan, su vida seguiría siendo caótica. ¡Cómo admiraba a las mujeres como ella que eran capaces de hacer y de dar tanto!

—¡Vamos! —la animó.

El rubor tomó rauda el rostro de Megan que se cubrió de un intenso color rosado. Bajó la mirada con timidez pues se sentía dividida entre el deseo de abrirle las puertas de sus secretos y mostrarle lo que había en su interior, o callar y consumirse despacio.

Sacudió la cabeza ya decidida y respondió en un susurro quedo.

—Está bien, tengo dos hermanos, una hermana, una madre, un padre, y vivo en Carwinley —susurró muy bajo para que nadie del mercado la escuchara.

Rosslyn la miró tan sorprendida como preocupada.

—¡Eres inglesa! —exclamó superada.

Megan la cogió del brazo y la apartó hacia una esquina vacía.

—Por favor, no me delates.

Todavía estaba digiriendo la sorprendente información.

—¿Qué no te denuncie al consejo de ancianos ni al laird de Evertown?

Megan hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Lo que más deseo es aprender a sanar, por ese motivo vine a Evertown, para que me enseñara el mejor sanador de todos.

La desconfianza llegó a Rosslyn como una ola, y pilló a su corazón tan desprevenido que la inundó por completo. Cerró los ojos conteniendo el aliento. Megan supo que no pensaba a ayudarla y buscó su mirada.

—Eso me parece muy temible, y muy valiente para ser una muchacha inglesa.

—No es valentía sino un deseo poderoso por aprender.

—No puedo engañar al consejo ni al laird, aunque sea mi hermano.

Megan suspiró profundamente.

—No es engaño sino silencio lo que te pido.

—Pero, Megan, ¿es una locura! —exclamó Rosslyn mirándola sin un parpadeo.

De nuevo Megan comenzó su explicación. La misma que le había ofrecido a Bannon para que la ayudara, había incluido su próxima boda con un hombre horrible y que la enterraría en vida. Rosslyn la escuchaba atentamente. Cuando Megan concluyó su relato, la opinión de la escocesa había cambiado drásticamente.

—Y ahora, ¿me ayudarás? —preguntó Megan con ojos brillantes—. Tienes mi palabra de que andaré tan silenciosa como una sombra. Nadie sospechará que soy inglesa.

—¡Yo... lo... sé! —fue diciendo Rosslyn lentamente como si enumerase una lista que no pensaba acabar nunca

La inglesa bajó el rostro apenada al saberse vencida, pero Rosslyn necesitaba pensar, decidir. Le tenía afecto a Megan, y podía comprender su escapada ante el futuro tan oscuro que se le presentaba.

—Megan, necesito pensar —dijo Rosslyn que parecía entusiasmada por una idea repentina—. ¡Iremos al campo de entrenamientos! Sí, sí, está muy cerca de aquí, y cuando llegemos, el sirviente volverá a la casa y nosotras seremos escoltadas después por Logan.

Megan no se atrevía a conjurar, ¿iba a delatarla frente al laird?

—¿Por qué al campo de entrenamiento?

—Porque de repente siento la necesidad de ver a alguien.

—¿Para delatarme al laird de Evertown?

—Megan, no soy tan mezquina.

—Ha sido el miedo lo que ha hablado por mí —se excusó.

—Ahora necesito ir al campo de entrenamiento. Necesito ver a alguien, y deseo que me acompañes.

—¿Estará el laird allí? —preguntó con voz ronca.

Megan recordaba perfectamente lo fuerte y atractivo que era. El hombre era casi perfecto. Solo casi, le faltaba un poco de humanidad pues era demasiado orgulloso, agresivo, y tenía demasiada confianza en sí mismo.

Las imágenes de ella y Logan aturdieron su cabeza llenándola por completo.

—Bien, te acompañaré.

El campo de entrenamientos estaba tan cerca como Rosslyn le había explicado, y era mucho mayor de lo que los comentarios de Logan le habían hecho suponer. Poco podían saber ellas que en las últimas semanas el número de guerreros casi se había duplicado debido a la continua posibilidad de ataque.

Visto desde su posición, el campo parecía un sembradero de hombres con diferentes armas y protecciones, cada zona parecía dispuesta para un tipo diferente de entrenamientos: soldados con espadas cortas y escudos, otros, sin ningún arma, se extendían por todo el lugar formando parejas o agrupaciones. El estrépito de las espadas al chocar entre ellas y contra los escudos ocupaba el aire, si uno miraba podía sentir el esfuerzo realizado en el ejercicio. Megan se había quedado parada contemplando a unos guerreros que algo más lejos ensayaban el lanzamiento de lanzas, decidió dirigir sus pasos hacia allí y se quedó mirándolos absorta, momentos después se percató de que Rosslyn no estaba con ella. Observó el campo buscándola, al segundo vistazo vio entre la marea de guerreros el ondular suave del tartán de Rosslyn, venía acompañada de un gigante al que sonreía con dulzura.

—Hola —dijo el guerrero con una ligera inclinación de cabeza al llegar.

—Hola —respondió la aludida con una amplia sonrisa.

En la mirada con la que Rosslyn envolvía a aquel guerrero había tanta dulzura como miel en un panal de abejas. Allí estaba el motivo de aquella visita al campo de entrenamiento se dijo.

—Megan, este es Lean, es el segundo al mando en el clan después del laird, y es un gran amigo de la familia.

—Es un placer, Lean.

—Lean, ¿nos acompañarías a buscar a Logan? —preguntó Rosslyn.

—Debe de estar controlando los entrenamientos —respondió Lean—, en la zona cercana a la entrada. Os acompañaré, el entrenamiento casi está concluido.

Al acercarse al lugar que había indicado Lean, fue fácil localizar a Logan pues su cabeza sobresalía entre el resto de los guerreros. Megan contuvo el aliento, su torso aparecía desnudo y brillante bajo el sudor, llevaba en la mano una espada que manejaba con la misma soltura con que manejaba su cuerpo. La espada parecía una continuación de sí mismo, y sus movimientos eran hermosos, lentos, hipnóticos. Sus dedos cosquillearon en un deseo insaciable de acariciar los músculos tensos. Ese hombre hacía que su corazón latiera agitadamente dentro de su pecho, y de nuevo estaba sintiendo las mismas emociones que sintió en el puerto cuando lo vio por primera vez.

Megan contemplaba el espectáculo con ojos expertos, con la reverencia de aquel que está frente a una bellísima obra de arte, había respeto y admiración en su mirada viendo entrenar al laird de Evertown.

—La espada..... —comenzó Megan—, está hecha justo a la medida del guerrero: de su codo a su dedo corazón. Es un arma noble, hermosa, irascible u obediente según sea aquel que la porta, pero la más fiel ayuda cuando el enemigo está cerca, también la más difícil de usar.

Lean miró a la invitada con la sorpresa reflejada en el rostro, ¿cómo conocía tan bien la lucha con espada?

Megan notaba su cuerpo bullir, toda ella era un hervidero de deseo, entre el sol y su propio calor. La lucha había concluido y el círculo que rodeaba el espectáculo comenzaba a dispersarse. Lean hizo un ademán a Logan, que de un vistazo los vio a los tres. Comenzó a acercarse con pasos lentos. Megan no pudo contenerse, giró el rostro como si buscara algo alrededor en un vano intento de ocultar las sensaciones que su cuerpo le proporcionaba, y que amenazaban con desbordarse por sus ojos haciéndose demasiado evidente.

Logan la miró a los ojos, unos ojos dorados como la tarde, la miró tan penetrante que la puso nerviosa.

—No veo mujeres entrenando —atinó a decir en un intento de superar el sofoco que le provocaba el cuerpo hercúleo del laird.

Megan ignoraba que en la mayoría de ciudades y poblados las mujeres no entrenaban ni luchaban. Ella sí había sido entrenada por su padre por el temor que sentía al vivir tan cerca de la frontera con Escocia. Megan no había visto mundo, y por eso desconocía que la mayoría de las mujeres en otras ciudades y pueblos se dedicaban a otras labores como el cuidado de los hijos, y del hogar, también la curación y la sutura de heridas.

—Las mujeres nunca deberían tocar una espada —la voz de Logan sonó

a su lado como una dura caricia.

Megan entendió otra cosa muy diferente. El laird creía firmemente que ninguna mujer debería verse expuesta a empuñar un arma en caso de lucha. Si alguien debía morir en el campo de batalla, debían de ser los hombres.

—¿No deberían tocar una espada? —el enfado fue solo una insinuación en el tono con el que hizo la pregunta.

—Las mujeres dan la vida, no están preparadas para quitarla.

La ira llenó la cabeza de Megan de malos consejos, y la boca de respuestas ácidas.

—¿Y en caso de guerras o incursiones? —ella hacía referencia en exclusiva a las incursiones y pillajes de los escoceses en tierras inglesas.

—Están los guerreros para defenderlas, y si los hombres caen, están los ancianos, y si estos también caen, están los niños...

Creyó que las palabras del laird habían sido ofrecidas para ofenderla pues una mujer era perfectamente capaz de dar vida y de quitarla. ¿¡Ancianos y niños para defenderlas!?

—¿Nos creéis tan inútiles que hasta un niño podría defendernos y no nosotras mismas?

Rosslyn la miraba escandalizada y Lean comenzaba a mostrar una sonrisa lenta de condescendencia. Algunas cabezas se habían vuelto a mirar la discusión que mantenía el laird y la extranjera familia del sanador Bannon. Megan se dio cuenta de que su voz había ido subiendo tanto como su enfado, de pronto fue consciente de las miradas de los que los rodeaban, respiró hondo intentando contenerse.

—¿Y si una mujer deseara aprender a manejar una espada?

—No podrían porque no aprenderían bien —dijo Logan que no entendía la postura airada de ella—. Las armas son demasiado pesadas para sus brazos y cualquier guerrero las vencería con facilidad.

Megan parpadeó al escucharlo. Sus palabras fueron como un zarpazo, y por su mente pasaron muchos insultos, pero no logró decir ninguno. Dios, ¿qué le estaba ocurriendo? En otros momentos de su vida ningún otro hombre habría salido ileso. Sin embargo, el laird lograba que su corazón latiera agitadamente dentro de su pecho. Megan estaba sintiendo las mismas emociones contradictorias, siempre le ocurría cuando estaba con él: agitación, nerviosismo, ansiedad, flojedad en las piernas...

—¡Así que cualquier guerrero nos vencería con facilidad! —dijo Megan con una voz retadora que hizo volver el rostro a alguna mirada indiscreta—.

Entonces si te lo pido —continuó despacio—, ¿lucharías conmigo?

Logan recorrió a Megan con la mirada lenta del que calibra al enemigo, un segundo después alzó una ceja con aire burlón, la expresión de su rostro mostraba que no necesitaba la lucha para saber quién vencería.

Ella leyó perfectamente la respuesta en su rostro.

—¡Cobarde! —lo insultó Megan percibiendo su negativa.

Un momento después reculó, y Megan puso en su boca una sonrisa lenta, embaucadora, y en su voz una caricia de terciopelo.

—¿Temes perder?

Demasiados oídos esperaban una respuesta. Logan sonrió entrecerrando los ojos. Tardó una eternidad en aceptar el reto lanzado por ella.

—Sin armas, y solo hasta que consiga cargarte sobre mis hombros — aceptó Logan pensando en lo fácil que iba a resultarle.

Un coro de risas masculinas coreó la ocurrencia de su frase sentenciando el final de la lucha.

Megan elevó el tartán de la familia materna de Logan con el que se cubría, y se lo ató con unas cintas de cuero a la cintura para sujetarlo. La falda iba a ser una molestia, pero estaba tan enfadada que no le preocupó en exceso. Logan subió su kilt hasta un discreto nivel para que no entorpeciese el movimiento de sus piernas. Un sorpresivo silencio inundó a los que bordeaban el espacio de arena que se empleaba para las luchas cuerpo a cuerpo, por un momento solo se oyó el sonido del roce de las sandalias de ambos sobre el suelo. Se situaron en el centro de un círculo, uno frente a otro, Logan sonrió confiado, y ella le devolvió una sonrisa de suficiencia, si creía que iba a cogerla tan fácilmente... que esperase.

Él avanzó dos lentos pasos y ella retrocedió con la misma lentitud sin perderlo de vista. Megan no podía saberlo, pero Logan estaba calibrando la medida de su adversario, supo en esos dos cortos pasos que la tendría sobre sus hombros muy rápido.

La expectativa de tocarla le aceleró el corazón.

El siguiente ataque fue raudo, decidido. Logan corrió con ímpetu, y en dos zancadas había cubierto el espacio que los separaba y estaba sobre ella, o más bien estaba en el sitio donde ella había estado hasta hacía un instante. Un gemido contenido saltó de entre quienes los observaban. Megan con un simple giro de su cintura lo había dejado pasar quedándose situada a su espalda, le tocó ligeramente la nuca como una burla, pero Logan, con unos reflejos que la dejaron perpleja, le agarró la muñeca a la velocidad del rayo.

La respuesta de Megan fue fulminante, se cogió la mano entrelazándola con la que tenía suelta, buscando el giro preciso que ejerciese presión sobre el dedo pulgar, el menos fuerte, mientras que con el mismo impulso le clavaba el codo en la parte más baja de las costillas. El impacto sonó a la vez que un clamor de asombro entre el público, no produjo daño alguno en Logan, pero la sorpresa le hizo soltarla. Se giró despacio buscándola, pero ella ya estaba algunos pasos más atrás, inalcanzable de nuevo.

La presa fácil no lo era tanto, y estaba resultando todo un descubrimiento por su parte.

La sopesó ahora con una lenta mirada de admiración ¿Cómo había aprendido ella a moverse así? Sacudió la cabeza y volvió a componer una sonrisa, necesitaba encontrar la manera de abalanzarse sobre ella, pero sin derribarla pues no quería causarle ningún dolor.

Megan vio la indecisión en su postura, sabía que él podía vencerla, quizá no con facilidad dado que se contenía para no causarle daño alguno, pero ella podría mostrarle algunos trucos. Alzó las cejas retándolo y le hizo un atrevido y lento ademán de acercamiento con la mano: el mismo que solía hacerle a su hermano Glenn para enfurecerlo.

Logan decidió lanzarse para atraparla por la cintura, tenía que hacerlo de manera que no la hiciese caer de espalda, pero se quedó corto en sus cálculos y el movimiento resultó vano. Megan lo vio llegar y utilizó la agilidad que su esbelto cuerpo le proporcionaba para apartarse de nuevo.

Desde luego ella había aprendido bien la lección dada por su hermano Roy sobre moverse y saltar como un saltamontes.

Los ojos de los observadores se abrieron de asombro.

Estaban de nuevo en el centro del círculo, uno frente al otro. Lo miró plantado ante ella, sabía que podía haberla cogido del brazo cuando lo esquivó, había notado su mano rozándola, pero del mismo modo conocía que eso hubiese podido suponer un hueso descoyuntado, y él también. La sensatez le dictaba que lo mejor sería detenerse ahora. Esperaba que aquel escocés cabezota y pagado de sí mismo ya hubiera sido capaz de ver que las mujeres podían defenderse solas sin la ayuda de ancianos y niños.

Sonrió buscando su mirada.

Logan vio cruzar las ideas de Megan en sus ojos. Se defendía bastante bien, sobre todo porque las faldas de su vestido suponían un inconveniente, pero decidió que tenían que terminar el espectáculo.

—¡Rosslyn, cuidado! —gritó Logan de pronto.

Megan giró el rostro para mirar a su amiga creyendo que estaba en serio peligro, descuido que aprovechó Logan para sujetarla por la cintura y cargársela a los hombros.

—Un guerrero jamás se permitiría un descuido así —dijo Logan mientras daba con ella varias vueltas antes de lanzarla al suelo.

Megan cayó de pie. Tenía el rostro arrebolado, y la voz muda. Había cometido una imprudencia, y que podía costar la vida. Nunca se debía desatender los movimientos del enemigo por estar pendiente de otra cosa.

Los vítores y aplausos llenaron de ruidos el campo de entrenamientos.

—Has hecho trampa —lo acusó.

Logan se giró hacia ella, y fue cuando las miradas de ambos se cruzaron: dominio, fascinación, soberbia, frenesí, todo eso y más prometían los ojos de ella que estaban fijos en los suyos sin emitir un parpadeo.

La voluntad de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor allí sobre la hierba fresca, de nutrirse de la sutil fragancia de su juvenil cuerpo y de la voluntad de estarse allí quieto y dejar que fuese ella quien decidiera que quería hacer, qué le apetecía explorar, se volvía acuciante, dolorosa. Logan jamás se había sentido así. Estaba pendiente de esos luceros que no se apartaban de su escrutinio, y que brillaban sobre el océano cuando en el horizonte comienza el sol a hacer su aparición.

—Ni te imaginas las ganas que siento realmente de hacer trampas contigo.

Las palabras las dijo en un susurro tan quedo que solamente ella las escuchó. Logan se dio media vuelta, y comenzó a caminar en dirección opuesta a Megan.

CAPITULO 9

Aún era de madrugada cuando el sirviente que traía el urgente aviso los esperó en el umbral hasta que estuvieron listos, había tenido suerte dado que Bannon estaba allí y no tuvo que esperar para entregarlo. Con la rapidez que otorga la experiencia, Bannon fue cogiendo sus útiles más precisos mientras encomendaba a Megan la redoma base que tenía que coger, y algunas de las yerbas más utilizadas, para que los metiese en un pequeño saco de arpillera. Megan se apresuró, estaba acostumbrada a salir con su madre, y sus manos conocían de memoria los elementos que debían disponerse cuando las prisas apremiaban.

Bannon sonrió al verla moverse con tal diligencia, su capacidad para aprender era asombrosa, Megan estaba resultando de una ayuda incuestionable. Se había creado entre ellos un vínculo de entendimiento que sorprendería al que supiese el poco tiempo que hacía que se conocían. Ella se había ganado todo su respeto.

—¿Estás lista? —dijo Bannon aún con la sonrisa en los labios.

—Sí —contestó Megan.

La vivienda estaba situada a las afueras de la zona amurallada de Evertown, y era claramente la residencia de alguien importante. El amplio patio por el que accedieron estaba bordeado por grandes setos. Megan seguía a Bannon que se movía con rapidez hacia la entrada del edificio. Lo primero que Megan vio fue a un hombre grueso, de rostro redondo y pequeños ojos de hurón, un escalofrío la recorrió cuando sus miradas se cruzaron.

—Gracias por llegar tan presuroso —dijo el hombre.

—¿A qué se debe esta premura?

—Mi esposa Coira se cayó hacia atrás en el patio, no pude cogerla a tiempo para que no se golpeará con el escalón de la entrada.

No existía ningún sentimiento en la voz del hombre al explicar el suceso.

Megan ignoraba que se llamaba June. El hombre explicaba lo sucedido con excesiva frialdad, solo hubo un pequeño matiz de hartazgo al final, como si el suceso hubiese sido un hecho molesto para él. Las dudas se clavaron en los oídos de Megan y la recorrieron por entero.

—¿Ella, está en sus dependencias?

Bannon avanzaba con pasos decididos hacia la salida acompañado del

marido, Megan solo pudo seguirlos. June dejó la estancia incluso antes de entrar no sin antes dar un último vistazo al cuerpo de Megan de forma ávida. Ella estaba totalmente enfrascada en ayudar a Bannon y no se percató.

—Cuando hayáis acabado, enviadme aviso, tengo asuntos importantes que resolver —dijo June al marcharse

Coira tenía apenas algunos años más que Megan, era de complexión menuda y de extrema delgadez, apenas sobresalía de los lienzos del lecho, casi parecía una niña pequeña. A pesar de su aspecto frágil, el fuerte golpe que había recibido no había sido tan grave como el escándalo de ver la sangre que impregnaba su cabeza. Bannon la sometió a un breve examen, en el que ella contestaba con monosílabos a las preguntas le hacía, y permaneciendo el resto del tiempo en un mutismo casi absoluto.

—Casi hemos terminado Coira. Mi ayudante colocará el unguento sobre la herida para cubrirla, si se lo permites. En unos días tendrás que pasar de nuevo a verme, pediré a tu esposo que entre ahora a fin de darle las indicaciones oportunas.

Megan estaba aplicándole una poción cremosa de aceite de salvia, que había preparado bajo las indicaciones de Bannon, cuando entró el marido. Durante un fugaz instante, la mirada de Coira fue de auténtico terror, un parpadeo después, la mujer había vuelto a ponerse una máscara de indiferencia, y con su actuación había sumido a Megan en la duda de lo que creía haber visto. Los ojos de Coira se llenaron de lágrimas mientras miraba al vacío que tenía frente a ella. Megan recordó el consejo de Bannon sobre hacerse opiniones de los pacientes a los que asistía. Había sido una dura lección, pero no conseguía pasarla de su cabeza a su corazón pues se le atascaba en el centro del pecho como si un cuchillo candente de rabia le estuviese atravesando el cuerpo. El esposo de Coira le provocaba escalofrío y asco a partes iguales.

—En lo sucesivo —decía Bannon—, hay que ser más cuidadosos. Afortunadamente la herida no es grave, y al estar en la nuca no dejará señales visibles, pero me preocupa cómo pudo caer Coira hacia atrás...

Bannon dejó la frase inconclusa, y Megan se detuvo sorprendida, las palabras del sanador eran correctísimas, pero el tono estaba revestido de una clara reprobación, se volvió a mirar a los dos hombres y su mirada se encontró con la de June: dos ojos redondos y resbaladizos la recorrían con una grosería desmedida. Volvió a su tarea ignorándolo.

—Ya sabes lo torpe que es —dijo con manifiesto desprecio—. Yo

tampoco consigo saber cómo hace para estar siempre donde no debe.

Megan se atragantó con su propia ira, aquello era más de lo que podía soportar, apretó las manos a los costados, incluso se mordió los labios mientras se disponía a volverse para hacerle una réplica que no olvidara jamás. No llegó a hacerlo, notó la mano de Coira posada en ella, y, al mirarla, advirtió el gesto de advertencia que le hacía. La voz de Bannon zumbó en sus oídos, salvándola de sus impulsivos actos e interrumpiendo la perorata de June.

—Quizá he descuidado mis servicios como médico de la familia — volvió a repetir Bannon—, cosa que trataré de enmendar. En lo sucesivo, visitaré a Coira con más asiduidad a fin de asegurarme que todo está bien

—No creo que eso sea necesario, yo mismo me ocuparé de ella —el esposo había percibido la advertencia en sus palabras.

Sin darle tiempo a decir nada más, Bannon prosiguió.

—Coira, creo que sería conveniente que la próxima cura la hagamos aquí, y con mucha seguridad necesitaré verte en alguna ocasión más ¿Sería un problema para ti que pase a visitarte? —Coira no se volvió a mirarlo, mantuvo sus ojos mirando al frente, hasta que con un hilo de voz apenas audible contestó.

—Lo que decida mi esposo.

—Entonces estaremos aquí en dos días. ¿Te parece bien, June? —dijo Bannon quitándole la posibilidad de evadirse.

—Si no hay más remedio... —contestó el hombre de mala gana.

Logan miró al cielo preocupado, aunque partió temprano hacia el puerto de Eyemounth a resolver asuntos que le eran propios de su negocio, no esperaba que le llevase hacerlos la casi totalidad de la mañana. Tendría que azuzar su montura, cosa que no le agradaba hacer, si quería llegar antes de que lo hiciese el mensajero. La reunión oficial, que tendría lugar esa tarde en el salón de su casa, era de suma importancia para la defensa de Evertown. Además, él había acordado con Lean discutir en privado unas cuestiones sobre la organización de la guardia, pero ya no llegaría a tiempo de poder hacerlo.

Conociendo a Lean seguramente estaría ya en su casa, y comiéndose su comida. Sonrió, últimamente su hombre de confianza estaba muy ocupado ayudando a Rosslyn, claro que él era el primero en sentirse agradecido por haberle quitado su atención constante. Acarició su montura apreciando la

firmeza de los músculos del fuerte cuello bajo la mano, y sonrió, ese caballo había sido el único y más caro capricho que él se había permitido jamás en su ordenada vida, pero se sentía orgulloso de poseerlo.

—¿Vamos a portarnos bien? —le dijo Logan suavemente.

El semental se giró al oír el sonido de la voz conocida, y como si le entendiese, pifió mientras sacudía la cabeza moviendo sus largas crines. El sol arrancó destellos dorados al pulido pelaje del animal, y un recuerdo en forma de mujer llegó a Logan. En su interior el corazón le latía con desenfreno. Jamás lo había sentido así si antes no había realizado un duro ejercicio físico. En su memoria solo estaban sus penetrantes ojos dorados y su risa de terciopelo. Logan se moría por probar su dulzura. Él se dejaría hacer todo por ella, que lo dominara como casi lo había dominado en la lucha que habían compartido, pero también soñaba con ser él quien dominara la voluntad de ella, de doblegara. Soltó un suspiro largo y pesado. Jamás se había sentido así. Era mirar esos ojos como monedas de oro, y deseársela con todas sus fuerzas.

En los ojos de Logan ardía la llama del deseo, y bajo el kilt sintió una fuerte erección.

—¡Contente semental! —se dijo con una amplia sonrisa, y refiriéndose así mismo, acababa de recordar un buen motivo para volver rápido a casa.

Roslyn lo miraba con sus ojos azules totalmente abiertos, y los labios ligeramente fruncidos.

—¿Por favor? —dijo en un ruego de su suave voz que sonó como una caricia.

Lean sonrió, le resultaba difícil decirle que no cuando se lo pedía de esa manera, pero aquello era una locura, los gritos de Logan le harían estallar los tímpanos.

—No, es una locura Roslyn —respondió Lean en el mismo tono solícito de voz con que ella le había preguntado—. ¿Porqué no se lo preguntáis a Logan antes de hacerlo?

—¿Porqué diría que no? —respondió con una pregunta.

—¡Ahí tienes el motivo para no hacerlo!

—Pero Lean, de verdad que no sabrá nada de tu ayuda.

—Lo sabrá, resulta difícil ocultarle algo a Logan, ya lo sabes. Pero me temo que no importará lo que sepa o no, y no le gustará porque esto cambia

los hábitos de la casa y es bastante estricto con la manera de hacer las cosas.

—¡Rosslyn! ¡Lean! ¿Me ayudáis?

Megan pretendía colocar un telar largo y ancho sobre dos árboles para obtener sombra. Había logrado poner la tela por la copa más alta de uno de los árboles, ahora faltaba atarla y extenderla para llegar al otro. Otro intento fallido más acabó con la poca paciencia que le quedaba, con un brusco movimiento tiró con fuerza de la tela, y como se había enganchado, ella quedó suspendida de forma precaria.

—¡Por San Jorge! —exclamó impulsiva.

Lean se encontró entrecerrando los ojos. ¿Por qué motivo la muchacha mencionaba al santo patrón de los ingleses?

El grito fue más sonoro que el peligro que Megan corrió al desequilibrarse pues la tela había cedido, y lo inesperado del movimiento la pilló tan desprevenida que cayó hacia atrás con el telar aún entre sus manos. Lean escuchó perfectamente el grito de la mujer, y se encontró entrecerrando los ojos. ¿Mencionar al santo inglés había sido un insulto o una invocación? Lean la cogió del suelo y se la cargó al hombro para que pudiera atarla a la copa. Sus grandes manos estaban bajo las nalgas de Megan.

—Buena carrera —dijo Logan a su montura, al mismo tiempo que desmontaba.

Llamó a un sirviente con fuerte voz.

—¡Quítale los arreos! Después dale bebida y alimento, se lo ha ganado ampliamente.

Calculaba que había llegado a tiempo de la reunión, quizá tendría que aplazar algunos de los asuntos que deseaba tratar con Lean, pero al menos llegarían para esbozar las ideas generales en privado. Después las soluciones planteadas serían expuestas al resto de los hombres.

Logan ya se dirigía con pasos rápidos desde los establos hacia la torre principal cuando lo vio, por un momento deseó haber llegado algo más pronto o más tarde, pero no en ese preciso instante que había hecho que se encontrara con él. June no entraba en su ordenada lista de prioridades. Suspiró hondo antes de ensayar una sonrisa que complaciese al hombre, aunque no fuese de su agrado era el mediador ante el consejo.

—Buenas tardes, June— dijo al llegar junto a él.

—También para ti, Logan. ¿Caminamos juntos hacia el lugar de la

reunión?

—Te diriges con prontitud a mi hogar —la voz de Logan sonó preocupada, por un momento pensó que en su ausencia había ocurrido algo.

—No, simplemente consideré que sería mejor llegar antes dado que quería hablar contigo, y sin la presencia del resto de hombres.

—Pasemos al salón —dijo finalmente.

June llevaba la charla vacua a límites insoportables. Logan pensó que le daría dolor de cabeza si seguía escuchándolo, por suerte se quedó callado durante un momento, y al cesar el monótono sonido de la voz de June, otras voces llegaron desde el patio, la de Lean era especialmente sonora, aunque sus palabras no eran descifrables desde donde ellos se encontraban. Ambos hombres se giraron para dirigirse a la claridad del patio cuando un grito urgente desgarró el aire. En dos largas zancadas Logan se encontró en medio, y el espectáculo que se abría ante él lo dejó anclado al suelo con tal rapidez que June, que lo había seguido, chocó contra su espalda. Los dos miraron a Lean con los ojos asombrosamente abiertos, solo que ambas miradas no contenían ni un solo matiz en común.

June vio a la beldad pelirroja subida a los hombros de Lean, y los labios se abrieron en una mueca lasciva. Así que era cierto lo que había averiguado: ella estaba hospedada en casa del laird, y a tenor de la manera en que permitía que la sujetara Lean, no le molestaba demasiado la cercanía de los hombres.

Logan echaba chispas por los ojos mientras un nudo de ira se había pegado a su pecho haciéndole desear coger entre sus manos a Lean y estrangularlo, no quería saber como había llegado ella a estar en esa situación, solo quería sacudirlo como si fuese un poste de entrenamientos, y después volverse para sacarle los ojos lentamente. Apretó la mandíbula hasta que los dientes crujieron.

—¡Logan! —la voz de Rosslyn hizo añicos el hielo que apretaba el corazón del laird.

—¿Qué sucede aquí? —rugió él.

Lean miró a Logan asombrado, el grito había sonado como un trueno que anunciara una fuerte tormenta. No podía dejar a Megan en la posición en que se hallaba. La sujetó con fuerza de las caderas y la bajó con lentitud pegándola a su cuerpo, el movimiento resultó tan cercano que casi pareció el roce de dos amantes.

Megan enrojeció hasta la raíz de los cabellos y bajó con manos torpes la tela de la falda que se había elevado. Buscaba un tiempo, que no tenía, para

sosegar a su corazón que latía alocado en su pecho, más por el grito de Logan que por el susto de la caída.

—Esto no es lo que parece —se atrevió a decir.

—¿Es eso una excusa? —Logan estaba rojo de celos, sus pupilas llenas de la escena que había contemplado, ciego a todo lo que no fuesen las miradas que los otros dos hombres estaban dirigiendo a Megan. Por San Andrés que algo extraño le ocurría, ella no era suya, pero él se comportaba como si lo fuese.

—No —Megan no sabía muy bien si el enfado de Logan era contra ella, o contra su hermana por haberle prestado el tartán viejo, y que nadie usaba.

—Ese telar pertenecía al ajuar de mi madre.

La voz del laird era fría como el hielo. Megan se miró de nuevo las manos en un intento de tranquilizarse.

—Lo tomé prestado únicamente cuando me aseguraron que estaba fuera de uso —se disculpó y quitándole toda responsabilidad a Rosslyn que era la que se lo había dado—. Te ruego que disculpes mi torpeza.

—Esto... —intervino June, cuya presencia no recordaba nadie, pero que no se había perdido una sola palabra de la actuación de Logan—. Si el problema es ese telar, yo le regalaré una decena.

Megan se volvió hacia June, y su cuerpo entero se sacudió de asco.

—Gracias por el ofrecimiento —intervino Rosslyn con voz de encantadora de serpientes. Deseaba que las aguas volviesen a su cauce, y sacar a Megan de allí—, pero no será necesario. Si nos disculpan, vamos Megan, tenemos mucho que hacer.

—Creo que no hemos sido debidamente presentados, ¿verdad? —June no pensaba dejarlas ir con tanta facilidad, pero solo obtuvo silencio.

Megan intervino cortando la parálisis en la que parecían haber entrado todos los presentes, la situación era tan incomoda que pensó que era mejor atajarla.

—Nos hemos visto en tu casa, con Bannon.

—¡Claro! —dijo mirando su busto y subiendo despacio hasta su rostro, antes de continuar como si de lo que hablase fuese de su cuerpo y no de lo breve del encuentro—, no te recordaba. Pero lo resarciré dando una fiesta de bienvenida en la que serás presentada con toda la formalidad que mereces, por supuesto, si Logan no encuentra motivo para oponerse a esta sincera compensación que ofrezco.

Todos los presentes se habían quedado mudos, si de algo sabía June era

de torcer las cosas para usarlas en su propio beneficio.

—Esa propuesta deberías hacérsela al sanador Bannon —apuntó lean—. Megan tiene su protección pues es familiar suyo.

—Bannon no es escocés, y nada conoce sobre nuestras costumbres, pero tienes razón con tu sugerencia, puesto que no deseo que esto sea tomado como un agravio, la fiesta que daré será en honor del sanador de Evertown y su familiar. Hasta entonces, creo que mejor nos ocupamos de los importantes asuntos que nos han traído aquí.

Antes de que ninguno pudiese replicar, el sirviente anunció la llegada del mensajero. Los hombres se dispusieron a recibirlo mientras Rosslyn empujaba a una Megan, convertida en estatua por la conversación en la que había sido totalmente ignorada, hacia las habitaciones interiores.

CAPITULO 10

El galló no había cantado aún cuando Megan se levantó del lecho incluso antes de que los primeros rayos de sol se colasen por el hueco de la ventana que se abría al patio. Se vistió con rapidez cubriéndose el vestido ligero con el tartán, y sin perder un instante en cuestionar su aspecto. Tomó la cesta que la acompañaba a todos lados, y que contenía sus útiles de sanadora. Una vez que estuvo lista salió al corredor moviéndose con todo el sigilo que pudo. Intentaba escabullirse de la casa sin encontrarse con el laird. El día anterior la reunión se había demorado tanto que no hubo forma de encontrarse con él, pero sabía que ese encuentro tendría lugar tarde o temprano, y entonces tendría que ofrecerle unas cuantas explicaciones, y una gran disculpa.

Se paró de pronto e inhaló los aromas de los árboles frutales. El patio era la parte del castillo que más le gustaba. Megan tenía los ojos cerrados y respiraba el fresco aire sin saber que tras ella alguien la observaba con avidez. Intentando grabar en su memoria la imagen de su diosa del olimpo recibiendo al sol mañanero que penetraba entre sus cabellos revueltos, y hacía brillar las guedejas de un modo enloquecedor para aquel que tan ansiosamente la miraba. Nunca el hombre había visto algo tan hermoso. La fina tela de su vestido se adhería a su cuerpo revelando sus contornos. El pelo le daba un aspecto felino que era a los ojos del que la miraba extrañamente tentador.

Megan dio un paso al frente para dejar atrás el patio y salir por el vestíbulo cuando oyó la voz de él.

—¡Buenos días! —el recuerdo de esa voz y el efecto que provocó en ella la hacían sentirse muy viva.

Megan recordó de pronto, que, aunque ella era madrugadora, no solía encontrarse con Logan tan temprano. Se volvió despacio sabiendo lo que iba a encontrarse.

—¡Buenos días! Hoy tengo una tarea importante que realizar para Bannon, y pensaba comenzarla pronto.

Logan alzó una ceja algo escéptico pues esa respuesta le sonaba a excusa, y Megan supo que él no la había creído. ¡Estaba tan cansada de batallar contra su cabeza que la acicateaba sobre él de continuo!

—Logan —comenzó ella pero rectificó—. Laird, siento haber transgredido las normas y haber hecho algo que estaba fuera de lugar al usar

el telar de vuestra madre para algo tan banal como un sombraje.

Logan había estado tan atormentado por el rostro de la hechicera, que necesitaba verla otra vez, y por ese motivo la había esperado en el patio. Volver a ver el brillo tan intenso que desprendía sus ojos a la luz de las antorchas, hacía que todo su cuerpo ardiera de deseo. Ansiaba enredar sus cabellos entre sus dedos, necesitaba saber cómo de suave era la piel de su rostro bajo las yemas de sus dedos.

—De verdad que lo lamento.

Con sus palabras Megan le había recordado la escena del día anterior: las manos de Lean sobre su bonito culo, y volvió a sentir el mismo deseo irracional de estrangularla. Contra lo esperado, Logan no la increpó, su voz sonó tranquila.

—Como extranjera ignoras el significado de los colores del clan, y algo me dice que esta charla tendría que mantenerla con mi hermana y no contigo.

—¡No! —su exclamación sonó asustada. Megan no podía permitir que Rosslyn fuese responsabilizada por su idea—. Lo del telar fue idea mía. Quería hacer un sombraje para descansar por la tarde bajo los árboles del patio. En mi hogar he descansado muchas tardes al abrigo de los árboles. El olor de los árboles frutales es en verdad embriagador.

Megan lo había conseguido, tenía al laird totalmente asombrado, pero solo fue un instante, otro después el sonido de sus carcajadas llenó la estancia dejando a Megan sin saber qué hacer a continuación.

—¡Además de mujer, boba! —seguía riéndose a mandíbula batiente.

Y Megan se encolerizó. Se había sentido tan mal por culpa del telar creyendo que había cometido un pecado imperdonable, que no había pegado ojo en toda la noche. No lo pensó, hizo retroceder su pie y con toda la fuerza de la que disponía propinó a Logan un fuerte puntapié.

—¡Megan! —exclamó Logan más asombrado todavía.

—Eso por reírte —dijo Megan totalmente acalorada. La rabia contenida le salía a borbotones—, y esto por dejar que me consumiese por la culpa... y esto por llamarme boba....

Logan la sujetó de los brazos intentando esquivar los golpes que intentaba propinarle.

—¿Te atreves a desafiar y golpear al laird de Evertown?

De nuevo se burlaba de ella. Y, Megan, respondió herida en su amor propio, le propinó un puñetazo en la nariz. Logan sabía que ella estaba tan fuera de sí que sabía la suavidad de las palabras no la calmaría. Pero ninguna

mujer y menos extranjera podía ponerle una mano al jefe del clan. Tenía que darle una lección. La arrastró hasta el primer banco que encontró, y, colocándola de espaldas sobre sus piernas, comenzó a azotarle las nalgas.

—¡Bastardo! —exclamó enrojeciendo hasta la raíz del cabello.

—No puedes insultar al laird de Evertown.

—¡Animal, me haces daño!

—No puedes golpear al laird de Evertown —continuó él.

—Te daré tantas patadas cuando me sueltes, escocés cabezota, que la piel se te tornará más roja que los colores de tu tartán.

—No puedes provocar al laird de Evertown —siguió informándole.

—¡Suéltame! —le ordenó ella.

—No puedes darle órdenes al laird de Evertown.

—Eres un escocés mal nacido.

—Y tú una extranjera irrespetuosa, pero muy hermosa.

Tenerla tan pegada a él comenzaba a pasarle factura: un río de calor comenzó a serpentear entre sus piernas. Logan se quedó parado, y con la mano en el aire en mitad de una nalgada pues ella había dejado de debatirse en sus brazos. Con renuncia se la quitó de encima poniéndola de pie en un solo movimiento, Megan jamás estaría segura entre sus brazos. Ella lo hacía enloquecer, y en sus ojos volvió a brillar la llama del deseo, pero Logan había olvidado que era una invitada en su hogar.

«Tengo que dejar de buscarla o haré algo drástico y que luego no podré perdonarme a mí mismo. Lo mejor será que no trate de verla a solas o de lo contrario volverá a ocurrir algo similar a lo de ahora: que no podré mantener las manos apartadas de su deseable cuerpo», farfulló enfadado consigo mismo.

Megan respiraba agitadamente sin apartar los ojos de él que la miraba fijamente, como si lo que tuviese ante sus ojos fuese un dulce sueño, una aparición, un delirio creado por su mente empapada de ella.

Logan se dijo que Megan poseía la belleza y la pasión que siempre había querido en la mujer con la que compartiría su vida. Nunca había querido una mujer recatada y remilgada, e indudablemente esta jovencita no era de esas. Sin embargo, había algo raro en ella y tenía que descubrir qué era porque había visto en sus ojos a veces culpa, y en ocasiones desolación, y se preguntó el motivo.

—Lamento haberte dado tantos golpes pues habrían bastado con solo dos.

La ira se marchó de Megan con la misma rapidez con la que había llegado, y la disculpa de él quedó suspendida en el aire. Sentía como el poder que de él emanaba penetraba en su cuerpo y la recorría por entero de los pies a la cabeza, podía sentir como la desnudaba y escrutaba su mente. Megan sintió un impulso y lo siguió, se lanzó a su cuello y lo besó en la boca dejándolo noqueado, un instante después, Logan sintió que volaba y que se estrellaba contra el suelo.

Megan lo miraba con un brillo indescifrable en sus ojos.

—Un simple beso no debería desconcertar a un guerrero que se juega la vida —le dijo ella recordándole cuando la distrajo el día del entrenamiento—. Las indefensas mujeres también sabemos distraer al enemigo, ¿verdad laird McIlvanney?

Logan la miró marcharse, y cuando la perdió de vista, se llevó la palma de la mano a la boca donde lo había besado. Maldijo por lo bajo. Estaba atónito por el orgullo y el arrojo que ella había demostrado para salirse con la suya. Nunca, ninguna mujer, le había llevado la contraria de ese modo, y ninguna, ninguna hasta ahora se había salido con la suya, ni cuando habían utilizado la sutileza femenina.

Finalmente, y para sorpresa suya, Logan terminó atando el grueso mantón a los dos árboles para ella. Ese había sido el desencadenante para que ella lo besara, y estaba deseando que volviera a hacerlo.

Rosslyn y Megan miraban hacia esa parte del patio que tanto les gustaba. El telar había sido sujetado y extendido sobre tres manzanos, y estaba perfectamente alineado y asegurado. La sombra que proyectaba era perfecta. La extranjera se giró hacia él y lo taladró con los ojos. Logan tuvo la sensatez de decir que necesitaba ocuparse de algo, y las dejó solas.

Pero Logan no tenía en mente hacer nada porque sus pensamientos estaban ocupados por el beso que Megan le había dado. Tenía mucho que meditar porque con solo pensar en ella todo su cuerpo se ponía duro. Y pasó el resto de la tarde sin salir de sus aposentos. Todo estaba en silencio, pero la quietud que había en la casa, no le permitía dormir.

Agobiado por sus pensamientos, decidió salir al patio interior, y lo que vio lo dejó deslumbrado. La luna blanca y brillante se colaba desde el cielo iluminando el patio, una ligera brisa sacudía las copas de los árboles produciendo destellos de plata. Megan estaba sentada en uno de los bancos, y

contempló atónito que sus hombros se convulsionaban. ¿Lloraba?

Tenía que retirarse porque no podía contenerse. Deseaba abrazarla, conocer qué la inquietaba hasta el punto de provocarle el llanto. Estaba a un paso de ir hasta ella, pero cometería una locura.

Logan se rindió a lo inevitable. Deseaba hacerla suya. Marcarla con su fuego, pero Bannon había sido muy claro en sus advertencias: ella estaba bajo la protección de él, y por si eso no fuera suficiente, estaba prometida a alguien que ocupaba un cargo importante, y que no se tomaría nada a bien la más mínima ofensa a su honor. Megan era para él más inalcanzable que una estrella del cielo. Renuente y cansado regresó a su alcoba, y en el transcurso de la noche el tiempo pasó lento y pesado. Maldijo un millón de veces su beso porque eso y nada más era lo que le impedía dormir.

La mañana llegó y Logan se levantó cansado, y de un humor de mil diablos.

«Llagas hay que no se curan, y que toda la vida duran», se dijo el laird cuando el primer impacto astilló la madera bajo el fuerte golpe de la espada al clavarse en ella. El segundo hizo que la talla, con forma humana, perdiese el brazo. El portador del arma se detuvo, el sudor corría copiosamente por su pecho bajo el tartán, cogió la empuñadura con ambas manos e inspiró profundamente antes de tomar impulso, con una intensidad atroz, cercenó el cuello como si fuese mantequilla en lugar de la dura madera de un poste de entrenamiento.

—Magnífica demostración del uso de la espada —sonó cercana la voz de Lean.

—He pasado mala noche —admitió franco.

—¿Has conseguido ya que confiese? —Logan no lo entendió—. A juzgar por cómo lo golpeas, imagino que lo hallaste culpable y por eso has decidido decapitarlo, ¿no es cierto? —indudablemente su amigo de confianza se refería al poste.

Por toda respuesta Logan miró a Lean con cara de pocos amigos.

—Lo digo por que llevas cuatro días torturándolo. No eres el único que tiene preocupaciones.

Logan resopló como si necesitara sacar el exceso de energía que contenía en su interior.

—Mi preocupación es por culpa de una extranjera que ocupa todas mis

noches, ¿cuál es la tuya?

Lean estuvo a punto de decir que la suya se llamaba Rosslyn, pero sabía que no era el momento apropiado para confesar algo así.

—Dentro de unos días varios McDowell se unirán a nosotros.

Los McDowell pertenecían a uno de los clanes más fuertes y poderosos de las tierras del este.

—¿Están preparados?

—Lo están— afirmó Lean—. Pensaba decirte que les explicarías con todo detalle la responsabilidad que adquieren bajo tu mando, pero me parece que con tu humor saldrán corriendo.

—Soy menos temible que un enemigo.

El amigo lo miró de arriba abajo, Logan tenía los cabellos revueltos y unas ojeras que le llegaban hasta los hombros, plantado ante él con la larga espada entre las manos parecía un enemigo implacable.

—Tienes tan mal aspecto que tu cuerpo esta a punto de desertar de ti mismo y tomarse el merecido descanso que está pidiendo a gritos, aunque tú no parezcas oírlo.

Recordó las palabras dichas por Logan al inicio de la conversación, y una sonrisa llena de pícaro conocimiento cruzó su cara.

—¿O es qué las actividades nocturnas no te dejan dormir? —la pregunta sonó de los labios de Lean con tono licencioso.

—Contén la lengua si realmente te consideras mi amigo, jamás he deshonrado a una mujer, y jamás yací con una que no me aceptase gustosamente en su lecho.

—Entonces, ¿a qué se debe toda esta furia desatada?

Logan miró al frente y contestó con la voz preñada de renuncia.

—Porque no es mía, y jamás lo será.

Las palabras hicieron enmudecer a su amigo que lo miró seriamente antes de contestar.

—Entonces, es la más peligrosa de todas cuantas mujeres has tenido.

—No... ella... ella es todas, y ninguna —Logan buscaba la manera de decirlo, pero cada descripción le parecía incompleta. Ella era única pensó, pero eso no lo diría ni bajo tortura.

Cada vez que la tenía cerca, se sentía nervioso, acorralado, y al mismo tiempo vulnerable, deseoso de amarla y extrañamente vivo. Pero Logan decidió terminar con algo que cambiase el rumbo de la conversación.

—¿Has establecido ya el orden con los McDowell?

Si Lean notó el cambio, Logan no llegó a saberlo, porque un grito sonó cercano. De nuevo, y como si fuesen uno solo, se giraron buscando la procedencia, se miraron entre ellos, y corrieron raudos sin cruzar ninguna palabra en la misma dirección. Logan se agachó sobre el joven que estaba tumbado en el suelo, su pálida piel asustaba haciendo presagiar algo terrible, pero no parecía tener ninguna herida visible.

—Estaba tras él cuando se desmoronó. El grito solo fue de sorpresa —dijo un voluntario que estaba con ellos.

Logan vio el rostro sonrojado del joven, y entrecerró los ojos.

—Lean, daremos un día libre a todos los voluntarios, y llevaremos a este joven a Bannon. Realmente creo que solo es la mala combinación de tensión y calor, pero mejor nos aseguraremos.

—¡Traed un carro de mano! Vosotros dos portareis al herido —dijo Lean organizando a los voluntarios—. Que cada uno quede al mando del entrenador más cercano.

Bannon miró al joven que no debía tener más de dieciséis años. Estaba tumbado en el camastro de observación. Megan, plantada tras él, observaba con ojos ávidos de conocimiento.

El sanador levantó el rostro y pasó su mirada por todos los que tenía cerca.

—Logan —su voz sonó como un aviso de atención a todos los presentes—. Tendrías que considerar la posibilidad de dar un respiro a los muchachos.

—No es el momento Bannon —contestó Logan con seriedad.

—¿Lo será cuándo la guardia se vea mermada por el número de desmayados debido al agotamiento físico y mental? —preguntó de forma irónica—. Mira a este pobre chico, solo necesita un día libre, y vosotros dos también.

Su mirada escrutadora pasó del laird a su mejor amigo y comandante, después a su pupila.

—La situación no permite bajar la guardia Bannon, y tú lo sabes, has curado a más de un herido del camino hacia Evertown —contestó Lean.

La tensión de los músculos de Logan no parecía presagiar nada bueno.

—No Lean, Bannon tiene razón —lo que Lean había tomado como tensión, solo era una mera abstracción hacia sus pensamientos—. Mañana hablaremos con tranquilidad sobre la manera de alternar los entrenamientos

de manera que nadie esté tanto tiempo de guardia. Creo que se conseguirá que dejen de entrenar un día de cada tres.

—¿Y vosotros? —Bannon sabía, por los rostros que observaba, que ellos estaban tan necesitados de ese descanso como los demás, era importante.

—Serías un magnífico y convincente orador, ¿lo sabías? —Logan sonrió para que Bannonn supiera que hablaba en serio.

—El laird y yo nos tomaremos el día libre, también los demás, aunque tenga que arrestarlos a todos para conseguirlo —afirmó Lean como segundo al cargo.

Logan terminó por soltar un suspiro.

—Eso también va por ti sassenach —dijo el laird aceptando la decisión de su comandante.

Esa forma de referirse a ella la molestó y por eso lo miró con acritud. Ella lo que necesitaba era todo el tiempo del que pudiese disponer, e incluso una parte del que no disponía.

—No necesito descansar —Logan, Lean y el propio Bannon pensaban de forma diferente—. Me quedaré con Bannon, si él no tiene nada que objetar.

—No, no lo tengo —contestó el sanador sin mirarla—, pero, debo hacer una visita sin demora a Pownderya pues allí tengo un paciente al que solo puedo visitar una vez a la semana —Megan lo miró con sorpresa—. Mientras yo atiendo a mi joven paciente, tú podrías recolectar algunas plantas medicinales que necesito.

—Conozco las hierbas curativas y sus propiedades, mi madre me enseñó muy bien —tarde se dio cuenta Megan de que había dicho demasiado.

—¿Incluso las de esta parte tan al norte? —preguntó Bannon que ahora sí la miraba.

—Podríamos acompañaros —dijo de pronto Lean.

Logan terminó por rendirse.

—Creo que llegados a este punto mi opinión no cuenta demasiado.

—Podríamos organizar una partida con algunos de los muchachos, ellos nos ayudarían a recoger lo que necesitas para tus cocciones —apuntó el comandante porque le apetecía relajarse un día en el campo.

—Pienso que es una buena idea —aceptó Logan pensativo y sin mirar a nadie en particular—. A todos nos vendrá bien un poco de descanso.

CAPITULO 11

«Cuanto más deseos se siembran, menos felicidad se cosecha», se dijo Logan mientras se preparaba para la partida. Era mirar a la extranjera y arder en deseo, por eso, cuando la agrupación partió temprano, él trató de no pensar en ella y de disfrutar el paseo.

El día había amanecido gris como sus pensamientos.

Bannon le había comentado que era necesario recoger las hierbas antes de que el sol calentase demasiado pues no era bueno para las plantas, después podrían volver a Evertown para el almuerzo, y reposar tranquilos bajo la sombra de los altos árboles que formaban los bosques que rodeaban la fortificación por su zona norte.

Llegar al lugar fue bastante fácil, una parte del camino la realizaron en un carro, el resto a pie. Lejos de las obligaciones y las apreturas que exigían sus respectivas obligaciones, las mentes fueron relajándose dejando al descubierto una divertida agrupación de personas, hasta Lean les descubrió el talento secreto de su voz coreando un romance sobre la lucha.

—¡Al fin llegamos!, y por San Andrés que no tendré que soportar más tu canto.

Exclamó Bannon con humor. Lean era un magnífico comandante y leal amigo, pero tenía un pésimo oído para la música.

—Eres un sanador ingrato —protestó Lean—. ¿Así me pagas el servicio prestado? —Lean contenía toda la risa del mundo en su réplica.

Los cinco jóvenes que los acompañaban, mostraron que eran muy aptos y no solo para la lucha. Tras desempaquetarlo todo, Bannon ordenó dejar los víveres al amparo de la sombra pues aunque el día parecía que iba a ser clemente, en tiempo record podría escampar y mojarse todo. Establecieron un sistema para que ninguno se alejara de la zona sin acompañante, aunque allí no habían existido ataques en el pasado, nada era lo suficientemente seguro para que el posible peligro fuese ignorado, y más contando con la presencia de una mujer a proteger en la zona.

Bannon se marchó con dos jóvenes que harían de escolta, y Megan empezó a recolectar hierbas mientras Lean entrenaba con el resto de muchachos en una zona apartada. Logan seguía de cerca el entrenamiento, pero de tanto en tanto, se dedicó a mirar los movimientos de Megan. Mirarla le provocaba dolor, pero no podía dejar de hacerlo.

—Logan —dijo Bannon cuando regresó un par de horas después—. ¿Acompañarías a Megan al pico Grahams para recoger unas flores olorosas de flor blanca? Son las que utilizo para aliviar los dolores de espalda.

Logan se mostró encantado. Acompañar a Megan le daría la oportunidad de estar a solas con ella.

—No tengo inconveniente si ella acepta —la voz de Logan estaba cargada de felicidad ligera.

Tenerla para él solo lo llenaba de ansiedad.

—¿Por qué no habría de aceptar? —dijo la aludida siguiendo el tono de broma de su interlocutor.

Los dos comenzaron la marcha hacia el lugar que Bannon les había indicado.

—¿Cómo es que tu madre te enseñó el noble arte curativo de las plantas? —quiso saber Logan.

Megan giró el rostro porque no había esperado esa pregunta.

—No quería parecer ignorante —explicó en un murmullo.

—¿Cómo se llama tu madre? ¿Vive? ¿En qué lugar tienes tu hogar?

Eran preguntas lógicas e interesadas de las que Megan no pensaba responder.

—Creo que nos hemos perdido —dijo en un intento de distraer la atención del laird sobre las preguntas que le había formulado y que ella no había respondido.

—Estamos cerca...

La primera parte del camino resultó un paseo, recorrieron una cómoda vereda, y luego se desviaron por una senda de pastoreo que realizaba un ligero ascenso. A Logan, que estaba acostumbrado a lo escarpado de los caminos, aquello le parecía una caminata campestre, pero a Megan sí le molestaban los pequeños chinarrros que le entraban por el calzado. Logan, que caminaba dos pasos tras ella, sonrió al oír su maldición: había estado tan absorto contemplando el movimiento sinuoso de sus caderas, que no había apreciado que solo les quedaba un ligero desvío que tomar.

—Necesitamos cruzar a la senda que discurre al otro lado de esta pendiente. Las plantas que necesita Bannon están allí.

Megan, que se había parado al escuchar la voz de Logan, se volvió a mirar lo que él le indicaba, era apenas una ligera depresión en el terreno que podría salvarse con un pequeño brinco.

—Yo lo haré primero, y cuando tenga afianzados los pies en ambos

lados te serviré de puente, puedes cruzar al sendero apoyándote en mí.

—Pero sí solo es un pequeño salto, no será necesario que me ayudes, aunque te lo agradezco —dijo ella.

—Como desees, pero yo te esperaré al otro lado... por si terminas estrellándote, al menos lo harás sobre algo blando.

—Demasiado blando —se burló ella.

Logan no estaba de acuerdo. Si se alzara el kilt podría mostrarle lo duro que estaba, y no solo esa parte de su anatomía que cobraba vida propia cuando estaba cerca de ella.

Megan se dijo que Logan quería ayudarla en todo, protegerla de cada cosa, como si ella fuese una fina porcelana a punto de romperse. A nadie en Carwinley se le hubiese ocurrido ayudarla a saltar un pequeño paso, y menos conociendo la cantidad de trastadas que había hecho ella siguiendo a su hermano Roy. Logan resultó una grata sorpresa que la hacía sentirse protegida, cuidada, valiosa.

Megan vio que Logan saltaba sin apenas tomar impulso, y sus ojos se llenaron con la imagen de un gran felino moviéndose de manera lenta, hipnótica. El pecho se le llenó de cosquillas. No se detuvo a quedarse en la sensación, se alzó ligeramente el vestido recogiendo la tela en el lateral con una mano hasta dejar al descubierto la parte inferior de las piernas, retrocedió dos pasos y tomando un ligero impulso saltó la distancia entre las dos elevaciones de tierra, enderezó el cuerpo despacio y lo miró con ojos retadores.

—¡Fácil! —dijo Megan.

Las miradas de los dos se cruzaron, y así estuvieron unos instantes, mirándose fijamente en las lagunas que eran los ojos del otro, queriendo traspasar el alma del otro con la mirada. Logan se inclinó haciéndole una lenta reverencia mientras una sonrisa de admiración se insinuaba en sus labios. Se sentía relajado, tenerla cerca lo ponía feliz. Lo cierto era que el mayor peligro que ella corría estaba en él, solo saberla a un paso hacía que el deseo lo matara. Cuando trató de sujetarle, ella se lo impidió.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió—. Si lo haces porque me crees una damisela indefensa, juro que me cobraré tal ofensa por tu parte —amenazó firme sin un parpadeo—. Seguro que no has olvidado que ya te hice besar la hierba.

Logan estaba estupefacto.

Se preguntó qué debía hacer, ¿dejar que se saliera con la suya o

estrangularla? Se preguntó. ¿Qué clase de condenada mujer se atrevía a enfrentársele y para más inri amenazarlo con hacerle besar el suelo de nuevo? Entonces el laird hizo algo que pilló por sorpresa a Megan e incluso a él mismo: sonrió.

—Esta amenaza me la cobraré muy cara —susurró entre dientes.

Siguieron caminando y deseándose el uno al otro.

—¡Ahí están! —dijo Logan señalando una planta de hojas pequeñas y carnosas de un extraño color entre el verde y el gris, y de cuyos tallos brotaban unas diminutas flores blancas—. Creo que esa es la planta de la que hablaba Bannon, la recuerdo de otras ocasiones en que lo he acompañado a recoger algunas muestras.

Logan se agachó, y, cogiendo unas hojas, las aplastó entre los dedos, un olor ligeramente anisado llegó a sus fosas nasales confirmando que era la planta que buscaban.

Megan se acercó despacio, todavía con el borde del mantón sujeto para no tropezar pues el terreno en aquel lugar resultaba desigual y muy pedregoso. Con una mano se sujetaba el borde de su larga ropa y con la otra compensaba con ligeros balanceos el precario equilibrio con el que avanzaba. Despacio fue adelantando camino hasta donde estaba él, y para no tropezar, se levantó la falda del vestido, quizás demasiado porque dejó al descubierto la blancura de sus muslos.

Logan, que estaba en cuclillas inspeccionando la planta, elevó la mirada buscándola, y se encontró con el nácar glorioso de sus hermosas piernas frente a los ojos. Fue como si un rayo le hubiese tocado, se estiró poniéndose en pie con un solo movimiento, Megan estaba tan cerca que la rapidez hizo que perdiera el equilibrio.

El recio pecho detuvo la caída de ella.

Logan la rodeó protector, y ambos cuerpos fueron uno en un segundo, sus ojos se encontraron cargados de deseo. El mundo quedó ceñido a los brazos de Logan, y el tiempo comenzó a latir con el pulso de ambos corazones viviendo en un solo sonido.

Megan abrió los labios y soltó un suspiro, su boca le pareció a Logan la más jugosa de las frutas, bajó la cabeza en una rendición absoluta, se moriría de sed si no podía beberla. Megan cerró los ojos a la incandescencia de su mirada y él se bebió los gemidos que brotaban de su garganta cubriéndolos con su boca. La besó. La besó con un ansia posesiva, buscando y encontrando. La respuesta de ella sorprendió a ambos. Pegó su cuerpo al de

él, inclinó hacia atrás la cabeza permitiendo que el beso fuese más íntimo, más profundo, cuando él, instándola con la lengua a entreabrir los labios, deslizó esa parte de él dentro de ella.

Ella pensó que el sabor de él era dulce y salado a la vez, como miel y almendra... pura tentación. Un cosquilleó subió como un vórtice por su estómago, subió veloz desde la base de su espalda a su nuca, quería mas, mucho más.

Él pensó que el sabor de ella era fresco y a fruta a la vez, como cerveza fría y fresas silvestres... pura seducción. Jugó despacio con ella, mordió suave el labio inferior arrancándole un gemido ronco que enarboló más los sentidos de Logan, como si ella fuese el manjar más exquisito, los lamio despacio, apenas rozándolos con la punta de su cálida lengua.

Ambrosía y lujuria, las dos bocas se devoraron.

Sin abandonar sus labios, las manos de Logan se movieron sobre la espalda de Megan descendiendo lentamente hasta alcanzar los glúteos bajo el tartán con los colores de su madre, se deleitó en acariciarlos, ella sintió sus palmas cálidas, fuertes, y que le dejaba una marca indeleble de calor que bullía trasformada en líquido. Logan la tomó de las caderas presionándola contra él: el deseo dolía latiendo como acero duro, y el cuerpo femenino se arqueó.

Megan reclamó de nuevo su boca, mientras movía en lentos círculos sus caderas rozándolo, tentándolo, ella quería más, y todo lo que él deseaba era complacerla. Logan supo que no podrían parar, habían ido más allá de la cordura, más allá de los besos.

Lean miró al cielo de forma pensativa, se les había echado encima la tarde con rapidez, el día ligeramente nublado que los había acompañado hasta el momento, estaba transformándose en una oscura posibilidad de lluvia. Se giró hacia la derecha, Bannon estaban a una corta distancia inclinados sobre una planta que él no conocía.

—Bannon, si consideras que ya hay suficientes plantas, creo que iré a buscar a Logan. La tarde empieza a declinar y no estaría mal estar de vuelta pronto, sobre todo si no queremos calarnos hasta los huesos.

—Disculpa Lean, estaba tan ocupado que no percibí el cambio de tiempo, nos marcharemos en cuanto vuelvan Logan y Megan —aceptó el sanador.

—Así se hará, pero iré a buscarlo, así nos demoraremos menos, el cielo empeora con rapidez.

En los deseos de Lean no cabía la idea de dejar solos a Bannon y Rosslyn porque tenía celos, pero no hizo falta que se marchara.

—Iré yo —se ofreció Bannon—, conozco el lugar. No será difícil encontrarlos además conozco un atajo que me permitirá llegar a ellos con mas rapidez que siguiendo el camino normal.

Lean se quedaría recogiendo todo con la ayuda de los jóvenes guerreros que a habían aprovechado el día muy bien.

—Esperaremos aquí.

Bannon apresuró el paso, sabía que el camino que habían recorrido Megan y Logan formaba una u sobre las laderas de dos elevaciones cercanas, un pastor le había indicado hacía tiempo la manera de acortar las distancias, pero en el recorrido más largo podía encontrar hierbas que el corto no le ofrecía, así que solo lo usaba si tenía prisa. Comenzó a llover justo en el recodo anterior al lugar donde esperaba encontrarlos.

No fueron conscientes de cuando comenzó a llover, las gotas cayeron mansamente resbalando sobre los cuerpos entrelazados sin que ellos las percibiesen. Megan tenía las manos perdidas en la maraña de los cabellos de él, Logan por el contrario la sujetaba por la nuca presionándola contra sus labios en un beso intenso, devastador. Ni toda el agua del cielo vertiéndose sobre ellos, hubiese podido apagar el fuego que los quemaba

—¡Logan, Megan! ¿Dónde estáis? Creo que debemos irnos antes de que arrecie la lluvia.

La voz de Bannon rasgó el deseo y llegó a los oídos de ambos. Logan se detuvo al instante, apartó con rapidez los brazos que ella tenía alrededor de su cuello, dando un pequeño paso atrás para separarse. Megan tenía el cabello revuelto y los labios enrojecidos por los besos, sus cuerpos se habían alejado, pero en sus miradas ardía la llama voraz que los consumía.

Bannon solo veía la ancha espalda de Logan que cubría con su tamaño el frágil cuerpo de Megan, dio dos pasos para llegar a su encuentro y le bastó un solo vistazo para saber qué había sucedido. Megan parecía recién salida de un buen revolcón pues tenía los labios hinchados, los mantenía entreabiertos, como si estuviese esperando... tenía la respiración entrecortada. Su pecho se agitaba mostrando la dureza de los pezones bajo la fina tela mojada.

La ira bajó de su cabeza a su corazón conforme percibía el lío en que

llegarían a estar metidos todos, pero más que nadie él si llegaba a ocurrirle algo a la muchacha que estaba prometida. No solo estaba el hecho de que al aceptarla bajo su protección tenía que tratarla como si de verdad fuese un familiar, y si Logan había preferido ignorarlo, suponía un agravio que debía ser reprobado. La muchacha era inglesa, hermana del hombre que le había salvado la vida, y estaba bajo su protección.

—La lluvia nos ha alcanzado antes que la noche y debemos regresar.

La voz de Bannon tenía tantas aristas que sonaba monocorde, ambos pudieron notar el esfuerzo que hacía para no increparles a gritos todos los reproches que se guardaba.

Megan tembló por dentro realmente mortificada. Conocía suficiente al sanador como para intuir que el desliz les iba a costar caro.

El grupo regreso rápido a Evertown, todos sabían que lo mejor era llegar antes de que el grueso del chaparrón hiciese diluviar y no les permitiese refugiarse en algún lugar. Lean miró subrepticamente a Logan, no sabía que problema se había encontrado Bannon, pero ambos se mostraban extrañamente callados desde su vuelta. Adelantó el paso para unirse a los jóvenes guerreros que conversaban sobre la lluvia, y dejó a Logan y al sanador solos unos pasos más atrás.

—Logan —comenzó Bannon que llevaba buena parte del camino buscando el momento idóneo para hablar con él—, creó que fui muy claro en mis explicaciones cuando solicité de ti la gracia de que hospedases a un familiar mío en tu casa.

—Bannon, te aseguré que mis intenciones no eran en absoluto deshonorosas. Megan se cayó, y solo intentaba prestarle mi ayuda.

Bannon soltó un suspiro largo y pesado.

—Tengo la obligación de velar y responder por lo que ella haga como si estuviese en mi propia casa, y puedo asegurarte que me tomo muy en serio mis obligaciones. No añadas la mentira a lo que pueda tener que reprocharte.

—Aquello que piensas que ha pasado, no volverá a repetirse —aseveró, pero su voz sonó como si la sola idea pronunciada lo sentenciara al infierno.

Bannon disminuyó la rapidez de sus pasos.

—No, soy yo quien asegura que esa escena que he contemplado no volverá a repetirse. Ella permanecerá en tu casa hasta la fiesta de June, que servirá para presentarla oficialmente como familiar mío, después diré a

Megan que disponga sus cosas, le encontraré otro alojamiento.

El averno había abierto sus puertas y Logan había caído dentro tras escuchar al sanador.

La reprobación de Bannon para con Megan no se hizo esperar, llegó con la prontitud de una mañana recién nacida.

Al quedarse a solas tras el día de descanso, la sentó frente a él en una actitud que no dejaba lugar a la duda de que lo que venía a continuación, y era realmente serio. Bannon no necesitó esgrimir más arma que la de recordarle a su hermano Roy, si se comprometía en algo deshonroso, también arrastraría a su familia con ella.

Hielo, su sangre se había convertido en hielo escuchando a Bannon de la misma forma que en los brazos de Logan había sido fuego líquido.

Era difícil no enamorarse del Logan pues era un hombre muy atractivo, un excelente conversador, imaginativo, agradable, y sobre todo, un increíble líder. Pero eran sus besos y sus caricias las que lograba que se olvidase de todo, incluso de su hermano Roy.

Tenía buen sentido del humor, lo había comprobado. Miles de veces lo había sorprendido gastando bromas a sus hombres y recibéndolas a cambio, y siempre lo hacía con una agradable sonrisa en sus hermosos labios. Cuando estaba alegre, sus ojos se volvían plata bruñida, y cuando sentía furia contra algo o alguien, se volvían helada tormenta. Y qué cuerpo... ¡madre de Dios! Era todo músculos. Todo en él estaba duro como una roca. No había nada blando, ni siquiera eso labios que la volvían loca, y pese a que se amoldaban tan bien a los suyos no podían decirse que fuesen blandos.

Por eso las palabras de Bannon así como su advertencia se le clavaron en el corazón dejándola desolada. Megan había olvidado por un momento que para los escoceses ella era una sassnach.

CAPITULO 12

Megan se había enamorado de lo extraordinario, de lo difícil, de lo inalcanzable, de lo que dolía.

Pero...

Desde la conversación con Bannon, Logan la evitaba. Dejaba claro que prefería mantener las distancias con ella, pero Megan vivía haciendo malabarismos entre su razón y su corazón. Al igual que oscilaban sus pensamientos, se alegraba de no verlo, y se descubría buscándolo con el pecho lleno de un anhelo absurdo. Los días pasaron con lentitud exasperante, el mal humor llenó la casa hasta tal extremo que alcanzaron incluso a Rosslyn.

Bannon había despedido a Megan con rostro taciturno pues esa tarde sería la fiesta en su honor. Al llegar a casa, en lugar de escuchar la risa ligera de los labios de su amiga, solo encontró el silencio de un lugar vacío, y le pareció extraño. Se dirigía hacia el salón privado atravesando el patio cuando la oyó.

—¡Mierda! —la exclamación sonó extraña en mitad del silencio.

Rosslyn estaba arrodillada entre dos parterres torturando a unas plantas, todo a su alrededor era barro.

—¡Rosslyn! ¿Está todo bien?

—¿Ya llegaste? —dijo ella como si no acabase de entenderla.

Megan la miró con los ojos entrecerrados, comenzó a preocuparse.

—Rosslyn, ¿cuánto tiempo llevas torturando a esa planta?

Ella se miró las manos llenas de barro, y por primera vez se fijó en el desastre que la rodeaba.

—Demasiado —contestó.

—Necesitas un buen baño. ¿Has olvidado la fiesta que se da en mi honor?

—Eso quisiera —contestó con voz seria—, haberla enterrado en este agujero, junto con la última semana.

—Pues me parece que no lo has conseguido, hay más tierra sobre tu cuerpo que en el suelo.

—Creo que el sol me confunde, me aturde, creo que estoy enferma.

Megan había advertido la excusa escondida en las palabras de Rosslyn para no ir a la fiesta, y la miró divertida. Ella deseaba ir a esa fiesta tanto

como Rosslyn, pero hacerlo sola no entraba en sus planes.

—Bueno, si tu hermano no asiste —Megan hizo una pausa para que Rosslyn la escuchase—, Lean será un acompañante perfecto.

—Eres mala Megan. ¿Te lo he dicho ya?

Megan terminó por sonreír.

—No, pero puedo asegurarte que muchos otros sí, uno en particular, mi hermano Roy —Rosslyn pifió—. Deseo asistir a esa fiesta tanto como tú, pero no puedo negarme.

—¿Estás preparada para que te torturen? —preguntó la otra con una media sonrisa que no la engañó en absoluto.

La tortura de Rosslyn resultó ser peor de lo imaginado, cuando se presentó ante Megan llevando a sus dos doncellas personales con ella, todo su cuerpo se puso a temblar temiendo una larga lista de interminables torturas. Las dos muchachas empezaron frotándole el cuerpo con un ungüento que contenía pequeñas partículas de hueso machacado, la bruñeron como si fuese una piedra de pulir, y luego la bañaron vertiendo sobre ella agua ligeramente perfumada.

En su hogar de Carwinley nunca la habían bañado de esa forma. Megan rectificó. Criarse con sus dos hermanos mayores, agotar los días aprendiendo a luchar, le habían dejado poco tiempo para ser una doncella normal a la que solo le preocupan los vestidos y lucirse bella.

—No estoy acostumbrada a que me enjuaguen como si fuera la fuente de la comida.

Replicó con humor.

—Al fin estamos de acuerdo en algo —se rio Rosslyn del comentario.

Cuando todo su cuerpo relucía como si ella estuviese hecha de luz, le tocó el turno a sus cabellos. Rosslyn probó a sujetarlo de diferentes formas, pero ninguna de ellas parecía convencerla.

—Esto está resultando más difícil de lo que esperaba.

—Rosslyn, aunque atases los cabellos sobre mi cabeza con una cincha de cuero y me la clavases, no conseguirías tenerlos mucho tiempo en esa posición. No se como hacen para encontrar la manera de fluir siempre hacia abajo, como si fuesen una cascada.

—Me gustaría hacerte un recogido bonito.

Megan soltó un suspiro de cansancio.

—Déjalos tal y como están, nadie se fijará en ellos.

Rosslyn apretó los labios en un gesto cómico.

—Esa es una idea acertada, apartaremos los cabellos del rostro y después los dejaremos que fluyan sobre tu cuerpo. Serás la única mujer con el cabello suelto, y eso hará que resaltes todavía más del resto —Rosslyn hizo una pausa, no sabía si debía decirle lo que estaba pensando, pero valoró que era mejor que lo supiese—. Siento decirte esto, pero dudo que haya alguien que no esté pendiente de ti esta noche. June McLaren ha invitado a media Evertown, y Bannon los conoce a casi todos.

Al escuchar el nombre de su anfitrión, el cuerpo de Megan se estremeció.

—Hay algo en él que me desagrada —dijo en voz baja.

—June es medio sassenach —le reveló Rosslyn.

Megan la miró parpadeando. Esa palabra en gaélico definía a los ingleses.

—Pero su apellido es McLaren —apuntó, aunque insegura.

—Es el apellido de un tío materno, lo adoptó cuando se instaló en las Tierras Altas.

—¿Y por qué está en el clan McIlvanney?

Rosslyn seguía cepillándose el largo cabello.

—Pidió ayuda y hospitalidad a mi hermano, y Logan no pudo negarse. Un laird no niega la protección de su clan a quien lo necesite.

Fue escuchar el nombre de Logan, y todo su cuerpo se puso en tensión. El recuerdo de su voz, y el efecto que provocaba en ella, la hacían sentirse muy viva, y por primera vez deseó que no terminara su estancia en Evertown.

La tristeza asomó a sus ojos al pensar la distancia que los separaba.

—¿Crees que ya es tarde para enviar una excusa y no presentarnos? —preguntó Megan.

Rosslyn hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me temo que Bannon y Lean ya nos están esperando —el rostro de Rosslyn parecía el de una niña traviesa que tramaba algo importante y que no se atrevía a realizarlo—. Tengo que pedirte un favor.

—¿Solo quieres un favor? Te daría un millar —dijo risueña Megan.

—He confeccionado algo que desearía que te pusieras.

Con un ligero movimiento de la mano, una doncella entró portando sobre los brazos un simple vestido, pero la sencilla prenda se transformó en cuanto estuvo sobre el cuerpo de Megan.

La tela era muy vaporosa, y había sido confeccionada en un suave tono verde claro, pero tan fina que casi parecía transparente. Las mangas tenían

mucho volumen y a partir del codo se ensanchaban y caían hasta el suelo con mucha gracia. El talle superior era muy ceñido. El escote llegaba hasta los hombros y tenía forma de barco, realzaba su hermoso busto de una forma increíble.

—¡Es precioso! —Megan tenía un guardarropa variado en Carwinley, pero el vestido que llevaba puesto no se parecía en nada a los que había llevado toda su vida, este era incitante, la hacía sentir seductora.

—Estaba convencida de que te sentaría genial, y me alegra saber que no me he equivocado —aplaudí Rosslyn con entusiasmo—. Como no llevas el cabello recogido, te prestaré mi redecilla tiara.

Cuando le colocó la gema sobre la cabeza, Megan parpadeó sorprendida.

—¡Me gusta mucho! —exclamó con una gran sonrisa.

Cuando Megan hizo su aparición en el patio, los ojos de Bannon se llenaron de asombro. La mano que dirigía la bebida a los labios perdió su rumbo y se detuvo de golpe.

—Depón tu cara de asombro Bannon, soy yo, aunque cueste creerlo —la voz de Megan sonaba emocionada.

—En nada te pareces a la anciana que atendí aquel día —le recordó el sanador con cierto humor—. Eres un deleite para los ojos, como una diosa del sol venida a la tierra.

—Me voy a sonrojar —ya lo estaba, de la cabeza a los pies.

Rosslyn se había unido a ellos, llegaba con paso de reina. Vestía de suave color azul, en cuya cintura se sujetaba un ancho cinturón de lino tintado que acentuaban su cuerpo de generosas curvas. Sobre los rizos oscuros de sus cabellos lucía una diadema de la familia incrustada de piedras agua marina, iguales a las que llevaba en los pendientes de sus orejas. Se veía hermosa, pero, por deferencia a Megan, aunque sus ropajes habían sido elegidos con esmero, no eclipsaban los de ella.

—Creo que tendría que haber traído a alguien más para que nos ayudasen a custodiar a su destino a estas dos bellezas —apuntó Lean con el ceño fruncido—. No voy vestido para lidiar peleas —masculló gruñón, aunque solo tenía ojos para Rosslyn.

—Pensé que el laird de Evertown nos acompañaría a la fiesta —la queja de Rosslyn estaba justificada—. No me comentó nada cuando se marchó esta mañana, pero veo que estaba en un error.

—Me pidió que ocupara su lugar, y estoy encantado de hacerlo —contestó Lean—, pero no te preocupes por él, un laird jamás deshonra una

fiesta ofrecida en honor de un invitado en su casa.

Rosslyn no estaba tan segura, pero no dijo nada al respecto.

—No demoremos más la partida — propuso Bannon.

—Vamos entonces —dijo Lean tomando la iniciativa.

Juntos marcharon hacia el hogar de June McLaren.

Logan recorrió el patio con la mirada, el grupo de invitados no era tan elevado como supuso en un principio, pero había sido elegido entre las familias más importantes de Evertown para que hubiese representación de casi todas ellas. Se quedó en un lateral poco iluminado para observar discretamente apartado. El humor no le acompañaba

Alzó la copa a los labios, pero el hidromiel jamás llegó a ellos, Megan acababa de aparecer. La vio moverse acercándose a Coira, y sus ojos se abrieron hambrientos: un río de esmeralda fluyó insinuando un cuerpo de junco y alabastro. Contuvo el aliento y apretó la copa enfadado apurándola de un trago. Aquel ropaje era más insinuante que si ella se hubiese paseado desnuda ante todos los invitados. ¿Por qué nadie parecía notarlo?

El sonido de una carcajada fresca, contagiosa, llegó a sus oídos, le hizo cosquillas en la comisura de los labios y le obligó a sonreír. Hubiese reconocido el timbre de su voz incluso sin verla, pero saber que ella estaba tan cerca, y no poder ni mirarla, hubiese sido demasiado. Megan sonreía a un importante miembro de la familia McTherre a quién Bannon le estaba presentando en ese momento. Ella hizo una graciosa reverencia, y sus cabellos fluyeron por la espalda formando una cascada de fuego. Logan cerró los ojos recordando la suavidad de su pelo escurriéndose entre sus dedos, y el sabor de su boca. Gruñó por lo bajo, frustrado, solo tenía que aguantar esa noche lejos de ella, después, Bannon se la llevaría de casa, y él podría dormir por fin. Cuadro los hombros y compuso su mejor rostro de piedra mientras se dirigía a sentarse para ver el espectáculo

—Mi querida Rosslyn —la llamó Megan con voz queda—. ¿Crees que podríamos sentarnos un momento? He saludado a tantos asistentes que necesito con urgencia algo que refresque mi boca.

—Sí, a mí también me apetece sentarme un rato y no escuchar nada salvo el sonido del viento —dijo Lean que había oído el comentario de Megan.

—Espero que Logan se una a nosotros pronto para no aumentar las

murmuraciones —Rosslyn se mostraba seria en su comentario, no quería crear un desagravio del laird hacia el anfitrión—. No lo he visto desde que llegamos, y empiezo estar preocupada.

Fue como si Logan las hubiese oído, Megan se volvió buscándolo con la mirada, y se encontró con dos tormentas que la miraban intensamente, él, no se molestó en acercarse, con indiferencia giró la cabeza aceptando una copa que le ofrecía un sirviente. Megan se sintió herida, así que ese era su juego. Pues que se preparase ese escocés pues esa noche pensaba brillar hasta que él se quedara ciego.

Logan simuló beber de la copa mientras miraba de forma distraída a Megan. Si no se dirigía con más presteza a la zona que les habían reservado, ella tendría que sentarse al lado de McLaren, ya que Bannon ocupaba el lado junto a Coira.

Apretó el paso para llegar antes.

—June —dijo al llegar al lado del hombre.

—¡Bienvenido!

June había estado siguiendo con mirada ansiosa los movimientos de la extranjera desde que Bannon se había sentado junto a Coira, esperaba tenerla cerca. Sus intenciones eran tan visibles en su cara, que Logan lo miró calculando las consecuencias de golpearlo allí mismo.

—Ya podemos comenzar.

Logan no esperó a ser invitado a sentarse, se inclinó para recibir las gracias, y, aún sabiendo que lo que hacía era totalmente grosero, tomó asiento.

—Confío que disfrutes tu fiesta —dijo sin volverse a la sombra femenina que había visto acercarse.

Aspiró su perfume: ella olía a miel. Cerró los ojos extasiado. El león que latía dentro de él se había despertado y estaba hambriento, muy hambriento. Mañana Megan se marcharía, pero en esa noche no habría tregua, y él se había rendido a lo inevitable: sería de él antes de que el sol anunciase el nuevo día porque ella era como ambrosía para sus sentidos. El corazón se le subió a la garganta y el estómago protestó con ansias al mismo tiempo que una potente erección lo incomodó bajo el kilt.

Ella evitó mirarlo.

—He de darle miles de gracias por su atención, señor McLaren —dijo Megan con una sonrisa, y Logan pensó que su voz tenía el mismo sabor que su perfume, miel dulce para el anfitrión—. Gracias por venir laird

Mellvanney —y vinagre ácido para él.

Megan se sintió abatida pues él la ignoró durante toda la cena, y la cena resultó larga, muy larga. Si Megan hubiera sido una muchacha dócil, si hubiera aceptado la voluntad de su familia con respecto a su futuro, si hubiera sido modesta, nada ambiciosa, y nada impulsiva, ahora no tendría que enfrentarse a un destino peor que su futuro incierto. De nuevo su corazón traidor dio un vuelco al sentir el poder que emanaba del cuerpo viril, y que la atraía como un imán atrae el metal. El simple roce de su cuerpo le hacía desearlo, por esa razón, estar sentada a su lado era la peor tortura que podría imaginar.

Logan repasó con lentitud el cuerpo de Megan, y contuvo sus manos para no tocarla. En sus ojos ardían la llama del deseo, en los de ella, la desesperación. La cena fue una lenta agonía.

Logan no se esperaba que Mollie, su última amante, bailara en la fiesta en honor de Megan, y cuando la mujer se preparó, entendió la jugada maestra de June. Maldijo por lo bajo porque esa actuación no podía traer nada bueno.

El ritmo del mundo comenzó a latir en los movimientos sensuales de las caderas y el enorme busto de Mollie, primero fueron círculos lentos, lentísimos, como las caricias de un amante, después fue aumentando el ritmo hasta hacerlo frenético. Cada hombre de la estancia jadeó el ritmo de la música con gritos, con palmas, mientras los ánimos se caldeaban. La música vibraba al ritmo que ella imprimía colándose dentro de cada uno que la contemplaba salvo Rosslyn y Megan. La primera estaba furiosa con el anfitrión por traer a la amante de su hermano, la segunda porque veía claramente hacia dónde diría la escocesa sus ojos de cazadora.

Mollie giró en varias vueltas rápidas, y dejó caer el tartán que la cubría, bajo el manto solo llevaba una fina camisola que transparentaba sus pezones y su oscuro pubis. Se paró ante June esperando.

—¡Sí, sí, sí! —coreaba el público enardecido.

June la miró goloso pues ella era una gran tentación. Que hubiese sido amante del laird era un aliciente añadido, pero no era tan estúpido como para desagrar a Logan delante de todos. Cogió el borde de su camisola, y por un momento pareció que la aceptaría, pero solo fue un instante. Se volvió ofreciéndosela a Logan: era un mensaje explícito, su amante no lo sería de él. Mollie no esperó a que laird se decidiera a aceptarla, se tiró sin previo aviso sobre su regazo. Casi todos los presentes se alzaron en un solo grito de júbilo salvo una: Megan Wolfe. Mollie besó a Logan en la boca poco antes de

alzarse con rapidez para volver al centro del salón a continuar la fiesta, pero no sin antes dejarle una promesa de pasión en la mirada con que lo despidió.

Megan ardía de ira, de despecho... ¡DE CELOS! Si las miradas quemasen, Logan sería carbón y la escocesa ceniza.

El vino había calentado el cuerpo y el ánimo de Logan, que se levantó de su silla dispuesto a cometer la locura de sentarse junto a la extranjera que le quitaba el sueño y la tranquilidad. Antes de dar el primer paso, Lean y Rosslyn estaban junto a ella, habían sido de los pocos a los que no había agradado la actuación de la antigua amante del laird. Rosslyn posó una mano con suavidad sobre el brazo de Megan para llamar su atención.

—Megan, lo siento de corazón, di que te sientes indisputada y nos iremos. A mí me estalla la cabeza, y deseo marcharme. Lean puede acampanarnos de regreso.

Rosslyn se encontraba realmente mal, la actuación de Mollie no le había agradado, y la respuesta de su hermano, menos.

Lean hizo el ofrecimiento con la sincera esperanza de que la extranjera aceptara, no habían pasado desapercibidas las emociones que su cara mostraba.

—Megan partirá conmigo —Logan dijo las palabras con firmeza—. Primero acompañaremos a Bannon, y después regresaremos.

—Acepto el ofrecimiento —dijo Megan que no estaba dispuesta a ser ignorada más tiempo—. No puedo ausentarme de una cena que se ofrece en mi honor, ni dejar a mi familiar aquí solo.

—¿Estás segura? —le preguntó Rosslyn.

No, no lo estaba, pero el laird de Evertown no podía sospechar cuánto le había afectado la actuación de la escocesa, ni cuánto le había mostrado de sus intenciones con respecto a él.

—Lo estoy, gracias.

La fiesta comenzó a declinar, y la mayor parte de los invitados se habían marchado despacio. Cuando Coira, la esposa de June, anunció que se retiraba, Bannon se levantó y trastabilló. Logan se percató de que el sanador había bebido más de la cuenta incitado por la esposa de June. Camino unos pasos directamente hacia él.

—¿Podrás caminar?

—No me encuentro muy bien —aceptó el sanador con lengua trabada.

Todo le daba vueltas. Por la mañana tendría una colosal resaca.

—Tenéis mi hogar a vuestra disposición —dijo June—. Podéis quedaros

esta noche —les dijo a los dos.

—Si no te molesta llevar a Megan a tu casa Logan, sería de mi agrado quedarme aquí —dijo Bannon con voz cansada.

—La invitación es también para vosotros —intervino June deseando que la extranjera aceptara.

—Me siento muy agradecida, pero prefiero regresar.

Megan no quería quedarse en casa de June porque el hombre no le ofrecía la más mínima confianza. El anfitrión se interpuso deseando encontrar la excusa que hiciese que la mujer pasase la noche en la casa, si Logan y Bannon se quedaban, entonces la tendría a ella un poco más cerca. Realizó un ademán con sus manos para indicarle a Logan que Mollie lo estaba esperando.

—Pensé que tenías algo pendiente. Mollie espera...

Megan contuvo el aliento esperando la reacción de Logan.

—Mañana hablaremos sobre esto, y ahora, gracias por todo.

CAPITULO 13

Si un buen susto valía mejor que un consejo, ella había recibido el suyo en esa fiesta. La presencia y la actuación de la escocesa que se le había insinuado a Logan, la había molestado muchísimo. Ella no tenía ningún derecho a sentirse ofendida por los gustos del laird, pero no podía evitar sentirse molesta.

¡ESTABA CELOSA!

Ahora que regresaban a Evertown, Megan se consumía en las dudas más hirientes, pero la presencia cercana de Logan calentaba su cuerpo mucho más que la temperatura elevada de esa noche. No estaba borracha, pero las dos copas de vino que había bebido, habían logrado lo imposible: aligerar la ira que sentía.

Megan no podía relajarse, pero su mente y su lengua se mostraban ligeras al verse liberadas de las ataduras por los vapores del alcohol. Se había enojado terriblemente con el laird, pero ahora iba caminando tranquilamente a su paso. Su padre le decía a menudo que la discreción era la mejor parte del valor, pero ella estaba muy lejos de mostrarse prudente y juiciosa.

—Creo que has bebido demasiado —Megan pensó que ese comentario había sido formulado para molestarla.

Había bebido, pero no tanto como él.

—Vino que no me ha impedido disfrutar de ese baile tan sensual orquestado en mi honor —ella hizo un sonido muy elocuente—. ¡Pero no ha sido en mi honor! ¿A quién iría dirigido?

Logan supo que se burlaba de él. Claramente el baile de Mollie no había sido ofrecido en su honor sino en el suyo.

Ella lo miró con reproche.

—Daría una fortuna porque ese baile me lo hubieras ofrecido tú.

A Megan le costó respirar.

—Sigue pidiendo la luna porque te falta escalera para alcanzarla —contestó Megan casi en un susurro.

Se giró de golpe para mirarlo, y le rozó sin querer la mano. Logan la miró intensamente, el roce ligero había puesto todos sus sentidos en alerta.

Ninguno de los dos supo cómo llegaron hasta la casa, pero allí estaba el destino detenido en ese instante. Podrían haberse separado y quizás no volver a encontrarse, pero ambos se quedaron anclados entre los árboles del jardín, y

con la luna como muda observadora.

Megan lo recorrió de arriba abajo, lentamente, sus labios gruesos, jugosos, generosos, la anchura de su torso, lo abultado de su sexo, sus largas piernas, solo para volver a elevarse hasta alcanzar otra vez la tormenta de su mirada. El poder que exudaba su persona, la subyugó.

Logan se encontró de frente con el oro de su iris y todo su cuerpo se derritió al calor de sus labios. Sintió un hambre atroz, y cuando ya inclinaba la cabeza, y ella la levantaba a su encuentro, un recuerdo devolvió a Megan a la realidad: los horribles celos que había sentido por primera vez en su vida, y se dijo que no quería sentirlos nunca más. Megan quería su boca, sus manos, su cuerpo, quería un solo recuerdo, solo uno, quería a Logan solo para ella.

—¿Quieres que baile para ti? —preguntó Megan con un lento ronroneo.

Quería borrarle cualquier recuerdo de la escocesa.

—¿Me estás ofreciendo la escalera para alcanzar la luna?

Otra vez se burlaba de ella.

Megan quería mostrarle que una inglesa podía ser más seductora que una escocesa. Pronto se iría de Evertown, y lo único que se llevaría serían sus recién adquiridos conocimientos sobre curas, pero ella deseaba llevarse algo más consigo: un recuerdo imborrable. El pensamiento hizo cosquillas en el corazón de Megan y la llenó de una extraña felicidad. Acercó sus labios a los oídos de Logan solo para susurrarle, y un escalofrío de placer lo recorrió a él por completo.

—¿Deseas alcanzar la luna por esta única noche?

En el silencio de la casa, donde todos dormían, solo eran audibles las sandalias de ambos moviéndose por la estancia del patio central. De un solo paso, Megan se quedó parada ante él, tan cercana que Logan podía sentir el calor de su cuerpo envolviéndolo. Ella lo miró de frente, sus ojos dorados parecían lagos de lava donde quemarse. Megan le sonrió con dulzura, con los labios, con los ojos. Alzó los brazos sin dejar de mirarlo, apenas con las yemas de sus dedos le fue rozando la piel hasta llegar a sus palmas. Solo las manos se tocaban, solo las pupilas los mantenían unidos. El cuerpo de Logan fue relámpago de fuego y deseo, inspiró aire manteniéndolo en el interior de su pecho, conteniéndose.

—¡Megan!— su voz sonó ronca—. ¡Megan! Te quemarás si sigues jugando con fuego —pero ella no lo escuchaba porque había hecho un pacto entre su razón y su corazón.

Megan se lanzaría al abismo del deseo porque en su hogar le esperaba

un futuro oscuro. Un mar turbulento de donde nunca podría escapar.

El aliento de Megan rozó su boca, su rosada lengua probó el sabor de los labios de Logan lamiéndolos. Fue más de lo que él pudo soportar. Logan devoró su boca con hambre. Mordisqueó sus labios hasta que Megan se abrió a él, y entonces jugó con su lengua a provocarla. Entraba y salía de ella con movimientos cortos, saboreando su interior, bebiéndosela.

La respiración de Megan se hizo entrecortada. Flotó en los fuertes brazos de Logan cuando él la cogió en brazos y la llevó hasta su lecho.

—¿Estás segura? —le preguntó en un susurro.

No, no lo estaba en absoluto, pero no quería irse sin llevarse un recuerdo que perdurara en su memoria el resto de su vida.

—Sí —respondió queda.

Logan rio despacio, feliz, ella era iba a ser suya. Cuando cruzó la puerta de su alcoba, la dejó con suavidad sobre la cama. Logan se desnudó rápido, y cuando la última prenda cayó al suelo, Megan contempló un cuerpo de bronce y piel tallado como una estatua, solo que mucho más cálido.

—Mírame —dijo pegado a ella.

Hizo algo más que mirarlo. Sus manos recorrieron ávidas el ancho torso, bajó despacio por el abdomen recorriendo la línea oscura que partía desde el ombligo. Con un gemido ronco, Logan reclamó de nuevo su boca, ahora era él el que necesitaba tocarla. Sus dedos acariciaron el cuello, creando hondas de placer en el vientre de ella. Bajó su boca deslizando la lengua sobre la satinada piel dejando un sendero de lava. Con destreza la desnudó y Megan se le ofreció sin reparos. Lamió los pezones, los saboreó mordisqueándolos, ella arqueó el cuerpo pidiendo más.

La lenta tortura solo había comenzado.

Logan parecía estar en cada parte de su piel y en todas a la vez. Una mano fuerte bajó por su vientre al encuentro del suave bello de su pubis. El dedo corazón buscó la humedad de su cuerpo hasta encontrarla, Megan gritó de placer al sentirlo dentro. Sacó despacio su dedo deleitándose en el olor de sus fluidos.

Se apartó para acomodarse mejor.

—¡No! —gimió al verlo alejarse.

Todo el cuerpo de Megan ardía, lo necesitaba amalgamado a su piel. Logan no se hizo esperar, la abrazó colocándola sobre él, ambas pieles rozándose de extremo a extremo. Enredó los dedos entre los cabellos de ella uniéndolos en un beso devastador. Las manos jugaron con su espalda

hasta llegar a los glúteos, apretándola contra la dureza de su sexo, y ella comenzó a moverse en lentos círculos, Logan jadeó al ritmo de sus movimientos, hasta que supo que tenía que detenerla o se vertería allí mismo.

La sujetó de los muslos, y con la misma facilidad con que la había alzado, la colocó debajo de él, y entonces comenzó a moverse. Primero fue el suave roce de su sexo contra los rizos mojados del vértice de sus piernas, después el peso de su cuerpo y su boca y sus manos, pero Megan era de fuego. Alzó las caderas adaptándose al ritmo de él, buscándolo, urgiéndolo en una necesidad ardiente de unirlo a ella, quería más, mucho más.

Logan no pudo resistirlo. La penetró deslizándose en su interior de una sola embestida. La boca de él se tragó el grito de dolor de Megan. Por un instante se quedó parado mirándola, ella tenía los ojos cerrados.

—Ya me siento mejor —dijo Megan que trataba de acostumbrarse a sentirlo en su interior.

La alzó de los glúteos y se movió despacio, esperando a que ella adaptase su cuerpo de nuevo al placer. Megan gimió, olvidado ya el primer dolor, ahora estaba concentrada en sentir como Logan la llenaba por completo. Una marea de sensaciones totalmente desconocida se estaba instalando en ella. No la dejaba razonar. Y él estaba provocando esas sensaciones, con sus besos, con sus caricias. Cuando la tenía en sus brazos reaccionaba con pasión, anhelo, como una mujer que pretendía pasar el resto de su vida en sus brazos.

Logan se deslizaba dentro de ella como seda, ella le absorbía sin miedo. Se ajustaba a su alrededor como un guante de cuero nuevo a una mano. Pero con más, mucho más calor. La verdad es que le abrasaba y le quemaba. Retiró sus caderas un poco, haciendo que su virilidad casi saliera de ese canal líquido y de una fuerte estocada se hundió firmemente en ella hasta la misma raíz. Calor, fuego. Todo eso se concentraba en su bajo vientre mientras sentía como el cuerpo de él le enseñaba la danza del deseo. Buscó con sus manos el cuerpo de él, en una muda súplica de decirle con caricias lo que no podía decirle con palabras. Sus dedos recorrieron la ancha espalda hasta la misma base de la columna y un poco más abajo también, hasta las mismas nalgas. Se aferró a ellas e intentó impulsar el cuerpo de él hacia su interior. Aquello fue la perdición para ambos. Con un gemido ella se dejó llevar por la corriente del deseo, y como si de una bala de cañón se tratase, su cuerpo explotó en mil pedazos. Aquello era la muerte. Cayeron juntos, los dos cuerpos entrelazados.

Megan dejó a Logan dormido, se levantó intentando no despertarlo, y de puntillas se precipitó a su alcoba. Se bañó y se visitó sintiendo como si tuviera una hasta de fuego clavada en el vientre.

El sol había despuntado cuando entró en el comedor.

—Buenos días, Rosslyn —dijo al entrar.

Rosslyn estaba de espaldas disponiendo sobre una larga mesa las fuentes del desayuno. Se volvió al oír su voz.

—Buenos días, Megan, siento que no este el desayuno dispuesto todavía. Parece que hoy nos hemos levantado todos algo más tarde de lo habitual —dijo sonriéndole.

—¿Y tú, Megan? ¿Regresaste muy tarde? —preguntó Rosslyn con ligereza, volviéndose a coger unos cuencos de fruta que traía una sirvienta en una bandeja.

Megan se sonrojó hasta la punta de los dedos de sus pies. No supo como contestarle, pero la voz de Logan sonó en la sala como una campana de salvación.

—Sí, regresamos tarde.

Megan se volvió lanzándole a Logan una mirada de súplica. Lo que habían compartido en la intimidad, debía quedarse únicamente entre ellos, pero Logan hizo caso omiso de su súplica.

—Y aprovechamos hasta la última hora de la noche.

—Logan, ¡qué dices! —la vos de Rosslyn sonó estrangulada.

—Tu hermano quiso alcanzar la luna, pero su escalera no era lo suficientemente larga —contestó Megan con las mejillas al rojo vivo.

Rosslyn miraba a uno y a otro sin saber qué diantres había pasado entre ellos. Las palabras de su hermano parecían decir una cosa, y las de Megan otra muy diferente.

Ahora que era de día, Megan era consciente de lo que había hecho. La noche anterior el vino había ayudado a crear espejismos, pero ahora la realidad se imponía.

Logan entendió perfectamente el rostro de ella.

—Quien teme perder ya está vencido —dijo de pronto él.

Megan soltó un suspiro largo y profundo.

—La ilusión es fiable cuando la realidad la lleva de la mano, pero no es mi caso.

Él, le devolvió la mirada sin entenderla.

—¿La fiesta se prolongó hasta muy tarde? —preguntó Rosslyn que miraba a uno y a otro sin comprender.

—Demasiado —contestó Logan—. Casi había amanecido, apenas hemos tenido tiempo para descansar algo, ¿verdad, sassenach?

Que él la llamara de esa forma mostraba lo molesto que se sentía con ella. Y, aunque la justificación era pobre, permitió a Megan respirar tranquila.

—Muy tarde sin duda, pues hace rato que el sol salió, y estás aquí y no en el consejo —replicó la hermana.

Logan no le quitaba ojo a Megan.

—Hoy tengo que ir a Eyemounth —se quedó pensando un momento—. Se me ocurre que podríais acompañarme.

—Es una idea fantástica, pero mucho me temo que no será posible pues ya comprometí mi palabra con Coira —por un momento Rosslyn se quedó callada sopesando las dos opciones. Finalmente sacudió la cabeza y habló—. No es posible, me quedaré, Coira me necesita.

Logan se volvió a mirar a Megan, sabía que no sería correcto que ella partiese solo con él, pero ellos ya habían traspasado ese umbral y todo lo que él podía sentir era a su corazón diciéndole que la quería a ella lo más cerca posible.

—Megan, sé que hoy Bannon tendrá una resaca terrible, y dudo mucho que pueda ocuparse de curas y sanaciones.

Logan no se esperó la respuesta de Megan dijo. Ella lo miró tristemente antes de contestarle:

—Puede que Bannon no esté en condiciones de sanar hoy, pero debo preparar mi traslado a su casa.

Logan ya no recordaba la sentencia que pendía sobre ellos. Se oyó el estrépito de la cerámica al caer contra el suelo.

—¿El traslado? —dijo Rosslyn sorprendida—. ¿Por qué nadie me ha dicho nada?

El rostro de Megan se demudó. En la noche pasada, entregarse a Logan le había parecido lo único posible, pero ahora en la mañana veía de forma clara lo temerario de su decisión.

—Se me había olvidado lo lamento —intentó excusarse Megan—. Bannon no encuentra motivo para que siga en vuestro hogar, no desea que sea una obligación para vosotros. Como familiar debo residir en su casa bajo su hospitalidad —mintió intentando suavizar su propio dolor.

—Megan —dijo Rosslyn que no entendía nada—. Creí que éramos

amigas, pensé que mi hogar era grato para ti.

—Y así es, pero debo marcharme.

Rosslyn, ofendida y abrumada, abandonó el comedor para tratar de tranquilizarse, y para que Megan no viera lo tremendamente afectada que estaba.

—Bannon no querrá a nadie cerca de él mientras lidie con la resaca, podrías marcharte mañana — intervino Logan.

Megan lo miró mientras hablaba, podía leer en sus ojos lo que en realidad le estaba diciendo, si solo les quedaba ese precioso día juntos mejor no desperdiciarlo.

—Deseo que vengas conmigo —le dijo franco, pero ella seguía callada—. Te espero a la salida —dijo Logan dándose la vuelta y saliendo en dirección a la puerta.

Logan salió y Rosslyn hizo de nuevo su entrada.

—Mi hermano no se ha despedido, ni ha desayunado —se quejó Rosslyn que no dejaba de mirar a la inglesa—. Megan... —comenzó con voz trémula, pero no pudo continuar.

—Rosslyn, esta no será una despedida. Mientras esté en Evertown encontraré la manera de verte —dijo Megan mostrándole parte de lo que pensaba—. Pero mañana me iré, y eso será mañana... —Megan acababa de tomar una decisión—. Hasta entonces pienso disfrutar de cada momento que me quede, cada precioso instante.

Abrazó a Rosslyn antes de partir rauda al encuentro de Logan.

Rosslyn se quedó pensando un rato largo. Nadaba en un río de confusión. Hasta que una sonrisa recorrió sus labios.

CAPITULO 14

Logan se dijo que ella parecía un ángel pero se comportaba como un demonio. Se había entregado a él. Parecía que le importaba, y, sin embargo, se marchaba de su lado sin oponer resistencia.

Había entendido un poco tarde que Megan no quería que nadie supiera la intimidad que habían compartido. Él quería proclamarlo a los cuatro vientos, pero respetaba su decisión.

A pesar de sus sombríos pensamientos, Megan decidió pasar el día con él, y Logan se sintió inmensamente feliz.

Él tenía que atender unos asuntos, y a ella no le importaría esperarlo en la playa. Y Megan fue muy feliz todo el tiempo. El mar la llamaba, toda aquella extensión de agua yendo y viniendo, no paraba de susurrarle. Pensó que se alejaría un poco, solo por la orilla, mientras esperaba que él terminase sus gestiones.

Megan siguió el curso de la orilla procurando no perder de vista la zona de amarres, no podía alejarse demasiado. El mar parecía una mansa superficie azul, apenas unas olas rompiendo en la arena blanca y suave donde ella estaba sentada. Dejó que los minúsculos granos le hiciesen cosquillas al resbalar entre sus dedos. El cabello se le adhería a la frente por la humedad de la brisa. Miró el agua fresca, y decidió que se mojaría los pies.

El lento vaivén de las olas jugaba con sus tobillos. La arena húmeda cubría sus pies haciendo que se hundiese en ella, la sensación era tan placentera que no se dio cuenta de que jugando con el mar se había ido adentrando hasta las rodillas. Se miró, ya no servía de nada intentar sostener el vuelo de su vestido, toda la parte inferior estaba mojado. Aún dentro del agua comenzó a andar hacia el lugar donde se encontraba Logan, esperaba que él hubiese concluido con sus obligaciones.

Logan miró a su alrededor buscándola, todo había resultado más complicado de lo que Lean y él habían supuesto, pero al menos tenía parte de la información que necesitaba. Los marineros que iban de puerto en puerto solían saber más cosas de las que ellos suponían, sobre todo si se sabía indagar, solo que eso solía llevar tiempo, y a veces ríos de cerveza. Logan deseaba encontrar a Megan, y marcharse cuanto antes. Lo que en principio le

pareció una buena idea, ya no lo era tanto. Las miradas de los hombres sobre ella no le habían gustado en absoluto, y eso la había dejado lejos del puerto y de las tabernas. Comenzó a preocuparse cuando no la encontró donde la había dejado. Aquello no eran los bosques de Evertown, mas bien una lenta sucesión de dunas de arena y una gran extensión de agua. No había muchos lugares donde perderse, pero ella no aparecía.

El grito llegó como una lenta oleada de sonido, corrió de boca en boca, y cada una lo hizo más sonoro, más fuerte.

—¿Es una mujer? —preguntó una voz lejana.

—¡Dicen que es una sirena! —se oyó una segunda voz más cercana.

Logan corrió en dirección a las voces a toda la velocidad que podía ordenar a su cuerpo. Estuvo junto a ellas en el mismo tiempo que tarda un rayo en iluminar el cielo nocturno, y sin embargo ya era tarde. En el momento que oyó el grito, supo que tenía que ser ella, y no se equivocó. En medio de un grupo de hombres estaba Megan, tan asustada por los jadeos de los que la cercaban que no podía ponerse en pie.

El vestido de Megan estaba tan mojado, que a través de la tela se apreciaban sus senos, parecía que estaba desnuda. El cabello, que pulcramente había llevado trenzado esa mañana, se había deshecho, y los cobrizos cabellos flotaban alrededor de su cuerpo como si realmente fuese una sirena. Logan se abrió hueco a empujones entre el círculo de hombres que no querían perderse el espectáculo: aquello parecía una jauría de lobos a punto de cobrarse la presa acorralada, pero si se trataba de lobos, Logan era el jefe de la manada. Cuando consiguió llegar junto a ella quedó claro que ninguno podría enfrentarse a él. Su cuerpo de guerrero destacaba musculoso y fiero frente a ellos. Se volvió cogiendo a Megan entre sus brazos, y gruñó como advertencia a aquellos que pensasen enfrentarse a él por su posesión. Lentamente fue retrocediendo sin perderlos de vista, sabía que si se daba la vuelta se lanzarían a por él. Llegar al lugar donde había dejado los caballos, le pareció eterno. Y tal y como pensaba, en cuanto se dio la vuelta para subir a Megan a la grupa, se lanzaron contra ellos. No le importó quién pudiese estar cerca, hostigó a la montura hasta que el puerto fue un lugar lejano. Logan la sujetaba por debajo del pecho con tanta fuerza que Megan creyó que no podría volver a respirar jamás.

—¡Logan! —le gritó sobre el sonido de los cascos del caballo.

Pero él no pareció oírla, había sido tanta su ansia por alejarse el lugar, que había dejado la montura de Megan en el puerto.

—Logan, me haces daño —le gritó mucho más fuerte.

Logan detuvo el caballo en una zona arbolada lejana a la playa. La bajó y la puso frente a él en un solo movimiento. La miró, estaba tan enfadado que podría matarla, pero Megan parecía aterrada. Su rostro destacaba pálido entre los cabellos mojados, el vestido se adhería a ella goteando agua hasta el suelo.

—Me hice daño —dijo como si la voz se negara a salir de su garganta.

Intentaba explicarse, pero en Logan la ira se había transformado en el alivio de haberla salvado. La besó marcándola con el calor de su boca.

—¡No! —exclamó ella dando un paso atrás para alejarse de él.

Pero Logan no quería ser suave y tampoco Megan lo deseaba, necesitaba una sensación más fuerte que el miedo que había sentido. Lo abrazó a ella, lo buscó con la boca, con las manos: con ansiedad abrasadora. Logan le subió el mojado tejido, acariciando cada parte que dejaba al descubierto. Megan respondió a las caricias con la misma intensidad que mostraba él. Bajó la mano metiéndola por el borde del kilt y acarició lascivamente el bulto de su entrepierna. Logan no necesitó más, con un gruñido tiró de la tela dejando su duro sexo al descubierto.

—Enlaza tus piernas en mis caderas, Megan —dijo urgiéndola.

La alzó de los glúteos apoyándola contra un árbol, ella estaba húmeda, expuesta. La tomó de un solo golpe. El orgasmo de Megan fue instantáneo, demoledor. Logan la oyó gritar, sumido en su propio placer, antes de verterse dentro de ella.

La ropa de ambos se secaba colgada de las ramas de un árbol. Ellos estaban recostados sobre una manta que Logan había colocado en el suelo. La miraba apoyado de lado sobre su brazo.

—Creo que no voy a poder perderte de vista sin estar preocupado en toda nuestra vida, por el bien de mi cordura, necesito tenerte pegada a mí siempre.

Megan soltó un suspiro largo y pesado.

—Siempre, es más tiempo del que dispongo —respondió ella con mirada taciturna.

Logan sabía que ella se refería al momento en el que tendría que marcharse.

—¡No hables de eso! —afirmó besándola suavemente.

—Mi tiempo en Evertown tiene los días contados.

Logan no quería pensar en ello, y por eso decidió cambiar de tema.

—Fue peligroso que te alejarás tanto.

Ella respiró buscando las palabras.

—No decidí ponerme en esa situación. Vi unos peces en una roca de la orilla, me acerqué a observarlos y resbalé. Intenté incorporarme rápidamente, pero el vestido se había quedado enganchado a las rocas, para cuando pude hacerlo ya estaba rodeada de... —un escalofrío la recorrió, y no pudo terminar la frase.

—Si te hubieses quedado donde te dejé —le reprochó él arrastrando las palabras.

—Logan, no soy frágil, no me romperé ni me ocurrirá nada porque deje de estar cerca de ti.

Realmente ella lo estaba sorprendiendo. Logan no entendía que podía haber hecho para que ella pensase algo así sobre él.

—Tampoco creo que seas frágil... —ahora era Megan la que lo miraba sorprendida—. Creo que eres valiosa.

La respuesta la dejó sin habla.

Regresaron a Evertown, pero antes Logan recuperó la montura de Megan.

Rosslyn había preparado un banquete digno del invitado más importante que pudiese pasar por Evertown. Todo parecía exquisito.

—Tenía que haber sido yo quien diera la fiesta en tu honor —se quejó mirando a Megan con ojos tristes.

—¡Rosslyn! Todo este esfuerzo para despedirme. Estos alimentos parecen tan deliciosos que no se por donde empezar.

—Entonces, lo haremos con un brindis —dijo Rosslyn llenando tres preciosos vasos bellamente decorados con un líquido que Megan no había probado nunca.

Era de color dorado oscuro.

—Y ahora brindaremos —intervino Logan.

—Deseando estáis de que me vaya, ¿verdad? —dijo Megan en tono de falsa ofensa.

—Por tu *no* partida —contestó Rosslyn esperando a que ella se diese cuenta de lo que acababa de decir.

Los ojos de Megan se abrieron por la sorpresa. Logan estaba enmudecido por el asombrado ante lo que creía haber escuchado.

—¿Qué dices, Rosslyn? —Megan creía que no había oído bien.

—¡Sí! Te quedas —Rosslyn parpadeó—. No preguntéis como, pero Bannon me ha concedido el favor de que te quedes, y le estoy muy agradecida.

Megan cubrió la distancia que la separaba de Rosslyn para abrazarla fuerte mientras le susurraba mil gracias.

—De verdad que ignoro como lo haces —dijo Logan que se había quedado callado mirándola, y se había descubierto admirándola—, pero con otra como tú en la guardia, ya habríamos conseguido llegar a un acuerdo con los ingleses.

—Pues hay otra... —dijo ella sonriente, pero sin contar nada más.

Rosslyn se guardó para sí la baza que había empleado para convencer a Bannon. Eso solo necesitaban saberlo los dos implicados, en este caso los tres, Bannon, Rosslyn y Coira.

CAPITULO 15

El tiempo junto a su ánimo lograba que la estancia de Megan en Evertown resultara inolvidable. Estaba aprendiendo mucho, pero sobre todo, estaba aprendiendo a ser inmensamente feliz, y cuando no pensaba en el futuro, el presente le parecía maravilloso. Megan flotaba de un sitio a otro como si le hubiesen brotado alas. Cada momento era un don precioso que no quería desperdiciar, cada instante era doblemente valioso, porque era efímero. Los días de felicidad eran un raudo corcel del que no quería bajarse, pero a aquella velocidad pronto llegaría el momento de la partida, y ese sí que no admitiría demoras. Sabía que en algún momento tendría que contarle unas cuantas verdades a Logan, pero jamás encontraba ese momento y seguía demorándolo.

Tras la maravillosa gracia que había conseguido Rosslyn, tanto Logan como Megan, procuraban ser discretos, pero cada vez que se veían, una corriente de aire cálido los envolvía a ambos, para extenderse luego en todas las direcciones de la estancia. Megan sabía, no por que él lo hubiera contado, si no por que había tenido que ayudar a Bannon con algún herido de la guardia, que los mercenarios estaban intentando cerrar el cerco alrededor de Evertown y las otras poblaciones cercanas. Megan no podía imaginar que sus propios compatriotas pagaran a mercenarios extranjeros para que expulsaran a las familias escocesas de sus propias tierras.

Ella, como inglesa, había crecido sufriendo las incursiones de los escoceses, de los robos continuados, también de asesinatos. Pero en el tiempo que llevaba en Evertown, había aprendido que sufrían igual que los ingleses, entonces, algo tenía que cambiar, aunque ignoraba el qué.

Luchar contra los mercenarios hacía que Logan se ausentase con bastante asiduidad, y cuando llegaba de vuelta, las prisas los consumían a ambos, y hoy era uno de esos días. Él, había regresado mientras ella se encontraba con Bannon, pero finalmente se encontraron en la cena.

Esa noche él se entretuvo contándoles algunas anécdotas subidas de tono que las hizo enrojecer. Parecía que se las contaba a ambas, pero Megan sabía que en la realidad contaba solo para ella.

—¡Ya es suficiente, Logan! —le dijo Rosslyn con mirada seca—. Creo que es hora de marcharse a dormir antes de que le prendas fuego a la casa con esas historias tan descabelladas —dijo levantándose para dirigirse a la zona

de las alcobas.

Cuando se quedaron a solas, Megan lo observó atentamente. Era difícil no enamorarse de él pues era un hombre extremadamente atractivo, un excelente conversador, imaginativo, agradable, y, sobre todo, un estupendo compañero. Megan respiraba deseo por cada poro de su piel. Anhelaba lanzarse a desprenderle la ropa, aunque fuese arrancándosela para acariciar su cuerpo hasta hacerle surcos. Pero se levantó, y volviéndose a mirarlo con la excusa de despedirse, contuvo una carcajada: la excitación de él era tan evidente bajo el kilt, que no pudo esconder una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenas noches, Logan.

—Buenas noches, Megan.

Ella continuó unos pasos hasta llegar a su estancia, y entró cerrando la puerta tras su espalda. Estaba plantada en medio de la alcoba pensando en lo difícil que sería para ella despedirse y marcharse. Amaba a un highlander, estaba enamorada de un hombre que era considerado enemigo en su tierra. La puerta se abrió despacio sin emitir ningún ruido. Megan se giró soltando un profundo suspiro.

—¡Silencio! —dijo Logan con un dedo sobre los labios.

Ambos se miraron, la piel palpitaba bajo la ropa. Megan fue la que habló primero.

—Me miras, y ya no puedo pensar...

Logan se deshizo rápidamente del kilt.

Ella acercó su cuerpo al suyo, y, tímidamente al principio pero con valentía, acarició el recio pecho y bajó por su cuerpo hasta que sus dedos se cerraron sobre el mástil erguido. Lo asió con delicadeza y lo acarició con vacilación. Lo recorrió lentamente desde su base hasta la punta purpúrea. Esta era más suave si cabía. Parecía seda, la más fina seda que jamás manos humanas pudiesen crear. Él, gemía bajo sus caricias. Ella rozó el terso capullo con su pulgar y unas gotas de un blanco immaculado brotaron de él. Se inclinó y lo lamió. Percibió la sensación que produjo la caricia de su lengua sobre su miembro, y, eso, más que ninguna otra cosa, la impulsó a continuar con las caricias de su lengua y de sus manos. Introdujo la punta de aquel pene entre sus labios y lo acarició con los dientes y con la lengua. Lentamente, muy lentamente.

—Me estás matando muy lentamente. Es la más dulce agonía que un hombre puede recibir —farfulló él.

Ella sonrió y acogió cuanto pudo de aquel manjar en su boca. Deslizó

sus labios sobre la piel rugosa, después su lengua y sus dientes hasta que él ya no pudo soportar más la tortura. Sabía que iba derramarse en su boca si antes no lo evitaba. Sin previo aviso, la reincorporó con suavidad y comenzó a desnudarla despacio, tocando con deleite cada parte que dejaba al descubierto. Cuando la tuvo desnuda frente a él, la miró, ella estaba ya sumida en medio de un caos turbulento. Con lentitud le dio la vuelta, las manos de Logan rozaron la piel excitada de su estómago.

—Apoya tus manos sobre el camastro —le oyó susurrar antes de notar sus labios sobre el cuello.

Megan estaba de espaldas, podía sentir la presión de su estómago sobre sus glúteos. La boca de Logan la lamió despacio en un lento descenso hasta que llegó a los pliegues húmedos del cuerpo de Megan, ella gimió porque no se esperaba ese aluvión de sensaciones gloriosas cuando la lengua de él, cálida y rasposa rebuscó en cada pliegue de su sexo. Trasmutada en líquido, él se la bebió haciéndola enloquecer. Logan sentía la urgente necesidad de enterrarse en ella, ya, profundamente. Separó su cuerpo unos centímetros, lo justo para deslizar la mano entre ellos y alcanzar el mismo centro femenino que se abría para él. Deslizó un dedo dentro de la apretada vagina de la joven, en el mismo lugar donde la había saboreado instantes antes. Megan sintió la invasión, pero no hizo nada por frenarla, era como el paraíso. Al ver que ella no impedía sus avances, sino que le alentaba a continuar con su insinuante movimiento de caderas, él enterró un segundo dedo en ella. Los notó empapados de su calidez en el mismo instante en que avanzó dentro de su vientre. Las oleadas subían en espiral desde el mismo centro. Le recorría la columna vertebral y vibraba en sus pechos, en las mismas puntas que lo coronaban creando una tensión ya olvidada.

Logan la giró y la tumbó de espaldas al lecho.

La boca abandonó los labios de ella con una protesta que se silenció cuando encontraron una de las cimas rosadas. Logan aferró entre sus dientes el maduro pezón y lo mordió con una delicadeza que no se creía capaz. Lo único que quería era devorar. Devorar ese joven cuerpo que se retorció bajo él y que tantas y tantas noches había disfrutado. Notó el mordisco en el lóbulo de su oreja, pero no le importó, también él quería morder. La piel de su pene estaba tan tensa que suplicaba liberación, una liberación que él no quería ni pretendía retrasar. Ella estaba más que lista para él. Sus dedos estaban tan empapados que casi parecía tenerlos metido en miel templada. Los retiró de ella no sin escuchar la súplica de sus dulces labios de que no parara aquella

tortura. Equilibró su peso en los codos y antebrazos, uno a cada lado de ella, y la miró. Tanteó por su cuerpo con una mano y buscó su pesado miembro con ella, lo sujetó entre sus dedos, y lo llevó hasta el portal en el que se moría por entrar. La cabeza púrpura de su miembro encontró la entrada femenina y se deslizó suavemente dentro de ella.

Logan ya no paró, y no lo hizo, aunque su vida dependiera de ello. En esa noche gloriosa había llevado a Megan a la cúspide del placer por tres veces. Ella era ambrosía y él la tomó a lo largo de las horas con suavidad, haciéndole el amor con las manos, con el cuerpo, con el alma.

Cuando el alba ya despuntaba por el horizonte negro con una línea blanca, Megan lo instó a que se marchara.

—Logan —dijo Megan apoyada sobre su pecho—. Tu hermana acabará por descubrirnos.

El laird rio por lo bajo.

—¿Crees qué puede ocurrir algo en esta casa sin que sea del conocimiento de ella? No conozco a alguien más observador, nada pasa desapercibido a sus ojos.

Megan lo miraba espantada, y se reincorporó con el miedo brillando en sus ojos. Logan sonrió silencioso ante las expresiones que cruzaban el rostro de Megan.

—¿Quién crees que retiró el kilt y el tartán que nos dejamos aquella vez en el patio bajo el sombrero?

Megan volvió a enrojecer de nuevo de extremo a extremo de su cuerpo.

—¡Oh, no! —exclamó muerta de vergüenza.

—Oh, sí —dijo Logan mirándola con una seriedad extraña—. De hecho, mi hermana se hace la misma pregunta que yo. ¿Te quedarás conmigo, Megan?

Una fisura comenzó a abrirse en su corazón. Toda ella deseaba gritar sí, pero no podía, estaba atada a una raíz muy poderosa: sus padres, sus hermanos. Cerró los ojos con inmensa tristeza, al abrirlos él la miraba esperando una respuesta.

—Me quedaré contigo, te daré todos mis días y mis noches... hasta mi partida.

A Logan eso no le bastaba.

—Megan, quédate, y te ofreceré un mundo.

«Ahora soy yo la que no tiene una escalera lo suficientemente larga para coger la luna que me ofreces», se dijo Megan mientras sentía que el corazón

se le hacía trizas.

Sacudió la cabeza en un lento ademán de negación.

—Eso que me ofreces pesa demasiado —dijo cabizbaja—, y yo ya llegué aquí cargada de equipaje, no puedo Logan. Lo siento, no puedo.

Megan no fue consciente de la enorme herida que le había provocado con su negativa. Logan se marchó dejándola sola. En las siguientes noches, Logan no volvió a visitarla en su alcoba, pero ella tampoco acudió a la suya. Los días de felicidad parecían haberse esfumado, y ella no sabía como llenar ese hueco inmenso que le había salido en mitad del pecho.

«Si los días sin él son así, ¿qué será toda una vida lejos de su mirada, de su sonrisa?», se preguntó angustiada. Megan lo amaba. Lo amaba ahora y para siempre, pero él le había dicho quédate, solo eso. No sabía lo que le pedía, y ella no podía contárselo. Si lo aceptaba tendría que renunciar a todo y a todos cuantos le eran queridos. No solo la distancia la separaría de su familia, habría faltado a su palabra, y jamás podría volver.

Unos días después Logan volvió a ausentarse, y Megan se quedó aun más vacía sin su presencia. Decidió salir a pasear pues Bannon le había dado la mañana libre. Cuando empezó a considerar la posibilidad de destrozarse unas cuantas plantas del jardín, supo que había llegado el momento de volver a Carwinley. Perdida ya la necesidad de desgastar el mal humor caminando, decidió regresar sin prisas. Fue maravilloso, hasta entonces, no se había dado cuenta de cuantas cosas se perdía, fue mirando las calles con ojos nuevos, con deleite de aventurera ante el encuentro de un lugar hermoso. Evertown tenía un encanto que perduraría en el tiempo por que no dependía de las piedras de las que estaba hecha, ni del lugar, sino del hermoso carácter de sus gentes. Era como Bannon le había advertido: un pueblo orgulloso, también valiente y fuerte. Ella se quedaría siempre en Evertown, pero el precio a pagar era demasiado alto. De pronto, una idea comenzó a germinar en su mente haciendo brotar una pequeña esperanza, tal vez existía una forma, y Logan le había pedido que se quedara.

¡Tendría tanto que contarle!

Apresuró sus pasos de regreso a su hogar. Llegó con el tiempo justo para asearse y reunirse con Rosslyn para la cena, pero la llegada de un sirviente que esperaba, trastocó todos los planes de Megan. A una indicación de Rosslyn, se acercó a comunicarle algo que Megan no pudo oír. Pareció que ambos discutían, hasta que él se alejó a las sombras del vestíbulo, y volvió a entrar casi de inmediato con alguien que se había colado del vestíbulo a la

sala privada sin esperar a ser presentado.

—Ruego que disculpéis mi presencia inesperada —dijo June ante las dos mujeres—. Me trae un asunto importante y necesito ver a Logan.

La sorpresa hizo que por un momento Rosslyn se quedase callada, nadie acudía a hora tan tardía salvo que hubiese sido invitado, cosa que claramente no habían hecho con June, ni siquiera por algo como lo que él esgrimía como motivo. El atrevimiento y la ignorancia de June al hacerlo, rayaba en la mala educación.

—Logan no puede atenderte —dijo Rosslyn escuetamente, dado que no quería darle ninguna explicación más.

June pareció no oír la respuesta de Rosslyn, se acercó despacio hacia donde estaba Megan sentándose en una silla desocupada, y sin esperar a ser invitado.

—Dulce Rosslyn —dijo produciendo que ella se tensase como si hubiese oído el desagradable sonido de dos cristales rozándose—. ¿Podrías pedir a un sirviente que traiga algo de vino? Solo lo suficiente para mojar mi reseca garganta antes de mi regreso.

June quería algo, eso estaba claro como el agua, pero no era vino. La cortesía de la casa de laird se impuso a los deseos de ambas.

—Yo misma traeré el vino puesto que la cocina está cerrada. Ya nos disponíamos a retirarnos —informó Rosslyn esperando que sus palabras lo predispusiesen para la marcha.

Megan deseaba haberse retirado, pero ahora no podía dejarlo a solas con Rosslyn. Aguantó sentada con todo el cuerpo en tensión.

En cuanto Rosslyn se dio la vuelta, June miró a Megan recorriéndola lentamente. No le gustaba como la miraba, en realidad no le gustaba como miraba a ninguna mujer. Cuando ella era niña su hermano le había gastado una pesada broma, le había puesto una fría babosa sobre la piel mientras tomaban el sol a la orilla de un riachuelo, el contacto húmedo le produjo tal repulsión, que vomitó todas las moras que había comido. La mirada de los ojos de él le producía la misma sensación.

—Me alegro de no haber encontrado a Logan —dijo June arrastrando las palabras con un pretendido tono meloso.

Megan mantuvo silencio.

—Me encantan las gatitas tímidas como tú —dijo June rozándola.

Megan saltó de la silla como si tuviese una araña venenosa en la espalda.

—¡Jamás vuelvas a tocarme! —le espetó con los dientes apretados y conteniendo la rabia.

June entrecerró los ojos sopesando lo que ella le había dicho.

—Si sabes lo que te conviene, vendrás a mí, y yo te enseñaré las únicas cosas que una mujer necesita saber.

La indignación hinchó la tensa garganta de Megan. Tuvo que recordarse que estaba en casa de Logan antes de contestarle porque sentía unas ganas locas de tirarse a su cuello y degollarlo.

—Dudo que puedas enseñarme técnicas de sanación pues solo Bannon está capacitado para hacerlo.

Una sonrisa de hiena se dibujó en la cara de él, pero escuchó los pasos de Rosslyn que regresaba.

—Te aseguro que vendrás a mí por propia voluntad t—replicó entre dientes solo para Megan.

June se volvió riendo de forma suave, como si Megan y él hubiesen estado compartiendo una broma, pero no engañó a nadie.

—Aquí está el vino —dijo Rosslyn extendiéndole la copa, pero June no pudo cogerlo.

Rosslyn lo había dejado caer. En el paso que los separaba, la copa quedó suspendida en el vacío durante un instante, antes de estrellarse en el suelo.

—No sabes cuanto lo siento, June —dijo mirándolo con ojos entrecerrados—. No estoy acostumbrada a estos menesteres. Te serviré otra copa.

—No será necesario Rosslyn, como Logan no puede atenderme, me marchó —dijo mirando con descaro a Megan—. Buenas noches.

—Me alegro de que se haya marchado pues su presencia me perturba profundamente —Megan no disfracó el tono de repulsión de sus palabras.

—No eres la única.

—¿Dónde está Logan? —se atrevió a preguntar.

—Su marcha obedece a asuntos importantes —respondió Rosslyn que conocía el motivo de la marcha de su hermano, y la tenía de pie frente a ella.

Megan sabía que June quería llevarla a la cama, solo de pensarlo sentía un asco inmenso.

—Rosslyn —Megan trató de escoger las palabras adecuadas—. June me desea en su lecho.

Ella la miraba con todo el pesar reflejado en su rostro. Esa información ya la conocía.

—Y pienso darle una cura para que no quiera volver a probar lo ajeno jamás —Megan rectificó—. Bueno, al menos durante un tiempo.

Y Megan lo preparó todo a conciencia.

No le llevó ni un día ejecutar su plan. Había enviado el mensaje a June McLaren para que fuera a visitarla, ahora solo tenía que esperar. En el centro del patio había una mesa bellamente dispuesta para dos. El líquido ambarino lucía dentro de una larga botella de cristal traslúcido, junto a ella, dos copas esperaban a que el licor fuese vertido dentro.

Había sido difícil convencer a Rosslyn para que visitara a Coira. Le había asegurado que la mujer la necesitaba. Y le pidió que la vuelta recogiese unas tisanas de la casa de Bannon porque se le habían terminado y las necesitaba con urgencia.

Las antorchas iluminaban a Megan que estaba de pie junto a la mesa, como si ella estuviese parada en mitad de un escenario justo en el momento en que va a iniciarse un acto. Megan se apartó los cabellos de la cara lentamente, después, con un gesto pausado, se alisó las inexistentes arrugas del vestido. Todo estaba dispuesto, y como si June respondiese a un ritual aprendido, apareció por el pórtico que daba al patio cuando se llegaba desde el vestíbulo, venía precedido de un sirviente.

—¡Sabía que no te negarías! —exclamó eufórico cuando vio el esmero con el que ella se había preparado para él—. Eres una mujer inteligente.

—Lo soy —dijo ella ensayando una sonrisa que no fuese de hielo.

June buscó con la mirada a su alrededor, sabía que estaban solos pues le había informado que Rosslyn se encontraba con su esposa Coira, pero le complació más poder comprobarlo por si mismo. Buscó un lugar donde sentarse, pero no había ninguna silla junto a la mesa.

Megan supo lo que pasaba por su mente calenturienta. Era plenamente consciente de que June era un hombre que no dudaría en lanzarla al suelo y golpearla antes de violarla.

—¿Quién necesita divanes estando las alcobas tan cerca? —dijo ella como si confirmase lo que él no había dicho.

Moviéndose con lenta gracia, levantó la botella y sirvió dos copas. Alargó el brazo ofreciéndole una a él.

—Te he preparado algo muy especial —le dijo con ojos brillantes.

June la miró aceptando la copa y ella le devolvió la mirada tentándolo.

El hombre se bebió el licor de un trago.

—¿Cómo de especial? —ronroneó ufano creyendo que la tenía bajo su merced.

Sonrió antes de volver a llenarle la copa.

—Tan especial como este vino, dulce, especiado, caliente —esa última palabra la dijo con una sensualidad devastadora—. Hará que lo pasemos muy bien.

Brindaron por la noche que les esperaba, ella mojándose apenas los labios con el líquido ambarino, June apurando su segunda copa.

Tal y como Megan había calculado, con esta segunda copa él se había tomado el total de la sustancia que ella había puesto en el fondo y las paredes de su copa, y que había ido disolviéndose en el líquido mientras se lo bebía. El vino que él hubiese consumido antes de llegar, y el que consumiese a partir de ese momento, no sería necesario, pero serviría para acelerar el proceso de la droga.

Le sirvió una tercera copa jugando a retenerla antes de que él la alcanzase. Mientras se la tendía, Megan se movió rodeando la mesa como si buscase algo exquisito que echarse a la boca, miró un cuenco, luego otro, hasta que se decidió por fin a coger un jugoso ramillete de uva dorada. La sostuvo entre los dedos eligiendo un grano especialmente grueso y jugoso, y se lo introdujo lentamente en la boca. Cerró los ojos comiéndoselo con deleite, solo para abrirlos y elegir otro, pero no se lo comió, se lo ofreció a June como si le estuviese entregando parte de ella, él abrió los labios echando la cabeza hacia atrás para que Megan lo dejase caer dentro.

El lento juego fue prolongándose pasando por casi todos los cuencos que estaban sobre la mesa. Cuando Megan llegó a la miel, él ya llevaba dentro de su estómago casi todo el líquido de la botella de licor, si la droga no había comenzado a hacerle efecto, lo haría el alcohol. Metió el largo dedo índice en el cuenco que contenía la miel, dio dos lentas vueltas empapándolo, y lo sacó del cuenco con parsimonia lenta.

June se lanzó excitado hacia ella, pero no la alcanzó, Megan estaba preparada, pero seguía sonriéndole. Intentó alcanzarla de nuevo si bien ella se movía demasiado rápido para sus lentos movimientos. Al tercer intento frustrado, su excitación comenzó a amainar, al cuarto, había desaparecido, y en el siguiente la ira había tomado su lugar. Se paró intentando enfocar la vista pues lo veía todo borroso y no recordaba haber bebido tanto.

—¿Qué brebaje me has dado maldita bruja? —le espetó cabreado.

Las palabras sonaron raras en sus oídos. Megan lo miró asqueada desde la distancia que había interpuesto, él no se merecía ni la cortesía de que lo negase.

—Lo que necesita un hombre como tú —le escupió mientras lo recorrió con desprecio de arriba abajo, deteniéndose en la parte baja de la túnica.

Ella caminaba por un sendero escabroso y no lo sabía. La sonrisa de Megan acicateó la ira de June, que, con un aullido de frustración, se lanzó sobre ella. El movimiento fue tan brusco que no pudo esquivarlo, se oyó el sonido de la tela al rasgarse y la parte superior del vestido de Megan cayó en un largo jirón hasta el lugar donde el cinturón lo sujetaba. Intentó cubrirse el pecho, desconcertada, y él aprovechó su descuido para asirle el brazo abofeteándola. Fue como si hubiese golpeado a una fiera pues ella se revolvió defendiéndose, sobre el rostro de June aparecieron cuatro profundas marcas rojas que iban desde los ojos hasta la boca.

En la mente de June solo había una idea: venganza. Con la mano que no la sujetaba, rebuscó el cuchillo escondido en su cinto, pero no llegó a encontrarlo.

En la entrada se escucharon voces cercanas.

Lean y Rosslyn entraron al patio, la sonrisa de él quedó congelada en su rostro. Era difícil creer la escena que se mostraba ante sus ojos. Megan estaba fuertemente sujeta por el brazo de June, e intentaba apartarse, su rostro estaba tan desencajado por el miedo como el de él por el odio. La ropa desgarrada de Megan no dejaba lugar a las dudas.

—¡June McLaren! —exclamó Lean en un susurro, tan frío y afilado que cortaba.

El hombre la soltó empujándola lejos, y Megan cayó hacia atrás golpeando la mesa. June la miró con desprecio antes de darse la vuelta y alejarse en dirección a la salida.

—Quiero una explicación —exigió el hombre cortándole el paso.

—Pídesela a la furcia que está en el suelo. Por fin esta donde se merece.

Una exclamación indignada salió de la garganta de Megan, seguido del chirriante sonido de una espada al ser desenvainada.

—¡No! —gritó Rosslyn interponiéndose entre los dos.

Sobre la cabeza de ella ambos hombres se miraron asesinándose con los ojos.

—Tendrás que responder por esto ante Logan —dijo al fin Lean.

—Solo ante el consejo respondo de mis acciones —dijo June corriendo

hacia la puerta.

La yegua que montaba June McLaren fue la primera que se bebió su ira durante el corto trayecto de regreso a la villa.

—¡Coira! —rugió al entrar en la casa.

La esposa supo lo que podía esperar cuando lo oyó, intentó esconderse, aunque sabía que sería peor si la encontraba. La alcanzó camino a la alcoba, y no le permitió huida alguna.

—¡No, June, por favor... por favor! —le suplicó.

El primer golpe le partió el labio, el siguiente la hizo caer al suelo, y la golpeó y la golpeó hasta que la dejó sin sentido.

June despertó, pero no se sentía bien. Ni se preguntó como estaría su esposa, ni se molestó en saber si seguía viva. Salió de la casa porque recordó que era día de mercado, y él necesitaba una buena sustituta para Kelsey, iría a echar un vistazo, y se desharía de la mercancía usada.

June comenzó a ponerse nervioso cuando vio a Lean por segunda vez. La primera había pensado que podía ser casual, pero todo el vello de su cuerpo se erizó como escarpas cuando divisó de nuevo su mirada sobre él. Un sudor frío lo invadió por completo porque el guardián sabía demasiado.

A Lean le gustó jugar al gato y al ratón con June. En realidad, estaba allí por solicitud de Rosslyn, solo tenía que recoger unos objetos que ella había encargado con anterioridad de un comerciante de Dumfries, pero la expresión de asombro de June cuando se habían encontrado, le pareció todo un mundo de posibilidades.

Antes de que llegase el momento de marcharse del mercado, June se había encontrado tantas veces con Lean, que sus nervios le impedían dar un paso sin mirar primero en todas direcciones. June se detuvo frente a un puesto de frutas intentando parar el ritmo de su corazón. Ante el asombro de la pareja que estaba tras el carro, cogió una fruta y la mordió sin pagar por ella.

—June —oyó el susurro lejano.

El aliento de Lean rozó su nuca, escupió el bocado volviéndose a buscarlo. Detrás solo había aire y vacío. Caminó rápido apartando a manotazos a todos los que se interponían en su camino, hasta que se refugió en una taberna. Se sentó en la mesa más oscura, de cara a la puerta por donde había entrado. No pidió vino, necesitaba pensar y rápido.

CAPITULO 16

Logan regresaba a casa. El sentido común le recomendaba esperar a que el sol ya hubiese amanecido, pero no fue capaz de hacerlo. En cuanto la leve luz de un nuevo amanecer apareció por el este, se escapó hacia Megan preso de una extraña urgencia. La echaba tremendamente de menos, y estar lejos no lo solucionaría, ella le había dicho que no podía quedarse, y él necesitaba encontrar la manera de cambiar eso.

El trayecto fue corto, en realidad, él apenas se había alejado hacia la zona de costa pues necesitaba pensar. Llegó a casa cuando el día acababa de empezar, pensaba intentar alcanzarla mientras estaba aún dormida, tal vez los cuerpos que solo conocían de verdades, podrían hablar con más facilidad que los labios. Desmontó con rapidez y entró a la casa, solo para toparse de frente con Rosslyn, más asombrada que él, que salía en dirección a la calle.

—Repítemelo de nuevo —dijo intentando calmarla—. No acabo de entenderte Rosslyn.

—Megan volvía de casa de Bannon, le acompañaba un sirviente de la cocina cuando la pararon dos miembros de la guardia. La requirieron para que fuese con ellos, a petición del consejero. El sirviente dijo que solo pudo oír eso pues Megan lo envió de vuelta a casa.

—Quizás el consejero requirió los servicios de un sanador y la guardia la buscó a ella —dijo Logan no muy convencido.

—Eso ya lo pensé en un primer momento, pero las horas pasaron y la noche también, y no es propio de Megan estar ausente tanto tiempo.

Logan no reaccionó, estaba repasando cada cosa que Rosslyn le había dicho, y nada parecía tener sentido. La voz de su hermana lo sacó de sus pensamientos.

—Me dirigía a buscar a Bannon para relatarle lo que te he contado cuando apareciste: la desaparición de Megan.

—Iré al consejero. Busca a Lean y Bannon, reuníos conmigo allí.

Megan jamás pudo imaginar que pasaría una noche tan larga como aquella que por fin se marchaba. Cuando la guardia la había requerido para ir con ellos, le pareció extraño que la buscasen, pero los siguió pensando que se trataría de un asunto de sanación, y no que sería confinada.

Cuando la metieron en aquel sitio frío y maloliente, primero gritó hasta quedarse casi afónica, después suplicó sin ser escuchada, y finalmente lloró hasta caer rendida. Durmió mal, y maldijo cada vez que se despertó, maldijo una por haber seguido a los guardias, maldijo otra por querer ser sanadora, por no haber aceptado a Logan, finalmente, oró por ella y por la suerte que le esperaba.

La despertaron temprano, y la condujeron entre dos custodias hasta una sala en la que jamás había estado. El lugar era amplio y solemne, y supo que era el lugar donde se reúna el consejero del clan. Megan entrecerró los ojos pues la luz entrando por debajo del alero iluminaba la estancia sin crear ninguna sombra, todo parecía frío, y se dijo que el lugar no era para ser habitado, solo para crear una poderosa impresión de fuerza.

Los dos hombres que la custodiaban, la fueron guiando desde la puerta por donde había entrado hasta el fondo de la sala, y con cada paso que daba, la sorpresa de Megan fue en aumento. Esperándola al final estaba June, de pie junto a otra persona a la que no conocía.

Se detuvo frente a las dos figuras ignorando qué tenía que hacer a continuación, los guardias que la habían escoltado la obligaron a detenerse. Megan clavó la vista en el anciano que vestía un tartán con los colores del clan. De él emanaba un aura de autoridad y respeto. A Megan le sorprendió su mirada ávida de respuestas, también supo que no se dejarían engañar.

—Dinos, June, ¿qué significan estas prisas? Porque grave ha de ser lo que ocurre para que haya de arreglarse antes que ninguna otra disposición del día.

—Grave es sin duda —dijo el aludido con la voz cargada de solemnidad fingida—. No por que me ataña a mí, sí no por que implica a todo el clan.

—¿A todo el clan? —la pregunta tenía un tono de escéptico cansancio. El anciano conocía bien las exageradas manipulaciones de June, siempre en su propio beneficio, por ese motivo había decidido tenerlo tan cerca, sobre todo porque era un sassenach.

June miró al consejero sorprendido por el tono de su voz, se alejó lentamente del lugar en donde estaba para acercarse a Megan, cuando estuvo junto a ella la miró intensamente e hizo un dramático gesto.

—¡La delato como bruja! —gritó señalándola con la mano.

Megan no podía creer lo que oía. Temor, odio, ira, todo la invadió por completo porque la acusación era muy grave. Saltó sobre June McLaren olvidando el lugar en donde estaba. No lo logró, dos pares de brazos la

sujetaron y sus manos quedaron vacías, los fuertes guerreros habían hecho su trabajo. June saltó hacia atrás asustado.

—Grave acusación —la voz del consejero se medía entre el asombro y la preocupación—. Si esta afirmación es tal y como dices debería seguir otros cauces, que precisamente tú has saltado. La acusación de brujería necesita que el resto del clan la escuche e incluso que nuestro laird, esté presente, también su familiar Bannon.

June McLaren tenía que actuar y rápido.

—Yo mismo te contaré sus artimañas y embrujos, y si juzgas veraz mi explicación, espero un castigo ejemplar que exceda la expulsión de Evertown.

—¡June! La sentencia la dicta el consejo y el laird la ratifica. ¿Dudas de nuestra capacidad para impartir justicia? —la voz del anciano sonó tan grave que asustaba.

June supo que se estaba precipitando, recompuso su anterior expresión en una mueca de falsa humildad que estaba lejos de sentir.

—La preocupación del clan es lo que mueve mi ímpetu.

June relató que tras la llegada de la extranjera a Evertown, él, desconfiaba de ella, y que había comenzado a seguir sus pasos. Confesó que había descubierto actuaciones inquietantes, y que lo pusieron alerta. El Hombre tergiversó muchos pasos que había dado ella en sus sanaciones, sobre todo cuando había actuado sola. No tenía el apoyo de Bannon para que desmintiera al acusador.

—Hace dos días un sirviente me trajo un mensaje desconcertante: la bruja me citaba en privado. Decidido a desenmascararla, decidí acudir, y allí estaba ella, amparada en la noche, casi sin ropa. Guardé las distancias todo lo que pude, pero ella no paraba de tentarme, entonces me ofreció una pequeña copa de licor que acepté para seguirle el juego. Mientras bebía la copa que me había ofrecido, ella que había tomado tres más antes que yo, perdió su comedimiento, y comenzó a jactarse de sus planes al tiempo que me tentaba tocándome con su cuerpo —June paró su narración tomando aliento. Parecía que estaba contando una historia terrorífica.

Para Megan resultaba insultante la forma en que el zahería la verdad creando una historia que no tenía nada de cierto.

—¡McLaren miente!

Megan se había precipitado. Debía de haber seguido a su instinto que le decía que, si hablaba antes de conocer todos los argumentos que él pretendía

usar en su contra, solo parecería que se estaba defendiendo para no ser descubierta. El anciano consejero la miró con dureza.

—Utiliza fórmulas y pociones para enloquecer el deseo de cualquier hombre, y me reveló algo que me dejó horrorizado: la intención de matar a nuestro laird —el anciano lo miró con espanto—. Es una bruja inglesa llegada a Evertown con ese propósito. Su protector es Craig Wolfe de Carwinley.

Megan soltó un gemido de espanto auténtico. ¿Cómo había descubierto McLaren todo eso? Los carceleros estaban tan sorprendidos por la narración de June, que habían contenido la respiración.

—¿Es eso cierto!? —bramó el anciano mirándola sin un pestañeo.

Megan no podía negar a su padre, pero si admitía que era inglesa, y además una Wolfe, todo el relato de McLaren cobraría veracidad.

—Embaucó a nuestro laird metiéndose en su lecho para que se confiara. Al verse descubierta intentó matarme —dijo revelando las marcas de su rostro.

El silencio lo cubrió todo salvo el leve sonido de unas sandalias andando sobre la arena del suelo pareció inmenso. Una voz ronca, sería, sorprendente, sonó acompañando al ruido de los pasos.

—No es cierto que intentara matarte porque ella yacía conmigo esa noche.

Todas las miradas convergieron en él, habían estado tan pendientes de June que nadie lo había visto llegar hasta tenerlo pegado a sus espaldas.

En los ojos del hombre cruzó el odio, después la venganza.

—¡Eres un traidor! —gritó June.

El anciano consejero se mantenía en silencio.

—¡Logan!, ¿tienes algo que alegar contra esa acusación?

La voz de Logan sonó firme, segura.

—No se trata de traición, ella es romana. Es familiar de Bannon, el sanador al que acuden muchas de las familias nobles de Evertown, él mismo puede confirmar mis palabras.

Logan buscó a su alrededor intentando encontrar la manera de asir alguna verdad a sus palabras pues Megan era demasiado valiosa. Se situó frente al anciano encarando su mirada y habló de nuevo

—Pronto será mi esposa.

Megan se asustó de las palabras de Logan, él acababa de decir una mentira. Lo miró conteniendo el aliento, el corazón desbocado amenazaba

con salirse de su pecho.

—¡Es extranjera! —sentenció el anciano sin un parpadeo—. Una extranjera no puede ser la esposa de nuestro laird —remató.

—Es la que he elegido, y mi decisión es firme —afirmó Logan.

—¿Cómo pudo yacer contigo e intentar matarme a la vez? —dijo June ya repuesto de la sorpresa. Buscaba emplear las palabras de Logan en su contra—. ¡No pudo estar en dos lugares a la vez!

—June McLaren es corto de memoria —la voz de Lean se escuchó clara. Rosslyn y Bannon estaban situados junto a él al fondo—. June, tu y yo nos vimos esa noche. ¿No lo recuerdas?

El rostro de June estaba lívido de ira, también de miedo pues las palabras de Lean eran un recordatorio claro para él: llevaban implícitas una amenaza de lo que podría contar. La voz de Lean se escuchó de nuevo.

—Me temo consejero —dijo riendo—, que esa noche ambos bebimos más de la cuenta. Puede que oyésemos algo inusual pero no preocupante. Los cargos importantes nos hacen ver complot donde no los hay, sobre todo un hombre con la responsabilidad de June McLaren. ¿Verdad? La mirada de Lean estaba clavada en él, y June comprendió que le estaba ofreciendo una salida airosa. El anciano guardó silencio un momento mientras los miraba a todos con ojos desconfiados. —Sin duda aquí hay mucho más de lo que se muestra. El consejero clavó los ojos en Bannon.

—Eres parte de nuestra familia. Te aceptamos en el clan como uno más de nosotros —el anciano tomó aire—. ¿Respondes por ella? —Bannon hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. ¿Con tu vida? —el sanador respiró profundo varias veces porque estaba en juego no solo la vida de Megan, sino la suya propia.

—Responderé con mi vida de ser necesario.

El anciano consejero entrecerró los ojos, y tras un momento largo y pesado, los clavó en el laird.

—Ha sido una acusación muy grave la que ha emitido June McLaren, pero la muchacha estará bajo tu protección —Logan sabía que ahora venía lo más complicado—. Cada acción, cada palabra que ella realice, será en adelante como si fuese tuya.

Se hizo el silencio.

—En cuanto a ti June, harás bien en dejar de tomar tanto vino. Necesitaré algunas explicaciones más pues siento que este asunto no está concluido del todo.

Con esa frase el anciano consejero le estaba dando la oportunidad a June de reforzar su acusación.

—Consejero —se oyó comedido la voz de Bannon. Llevaba tiempo esperando ese momento, Coira se lo merecía—, yo puedo explicar qué hizo June McLaren esa noche tras salir de casa de Logan, y muchas otras noches.

De la garganta del hombre brotó una exclamación de horror.

El consejero despidió al laird y a Lean que se marcharon con las mujeres. Solo quedaron los dos guardias, June McLaren y Bannon.

El camino a casa no era largo, bastaba entrar por la puerta norte que daba al campo de entrenamientos, pasar callejeando por la zona de los herreros, y atravesar la calle principal, pero en este trayecto, Logan cambió varias veces de opinión sobre lo que haría al llegar. Cuando vio su cara pálida y su expresión derrotada, se preocupó de veras. El trayecto hacia la casa resultó agotador para Megan, al llegar parecía necesitar ayuda incluso para respirar. Logan pasó su brazo por los hombros para llevarla al interior, y fue como si a ella le hubiese picado una serpiente.

—Por favor — dijo dejando salir las palabras con los dientes apretados, como si contuviesen todo el dolor del mundo—. Tengo que marcharme.

La sorpresa dejó a Logan anclado al suelo. Cada temor que había temido en el camino pareció confirmarse.

—Megan, ¿qué dices? —dijo mientras intentaba asirla al consuelo entre sus brazos.

Ella dio un paso atrás alejándose de lo que él le ofrecía y que claramente no estaba dispuesta a aceptar, su cuerpo era un arco en tensión.

—¡Tengo que marcharme! —exclamó.

La sorpresa se dibujó en el rostro de él, estaba cansado, incluso tenso, pero cuerdo, o eso creía, por que no entendía su rechazo.

—Te he salvado —la voz titubeante de Logan mostraba cuan desorientado estaba.

La réplica de Megan fue mordaz, cortante, instantánea.

—Te agradezco que le mintieras al consejero para salvarme, pero tengo que irme.

—Quédate conmigo, ya te lo pedí, aunque me rechazaste —le recordó Logan.

Rosslyn observaba curiosa la escena desde un rincón del patio.

Logan estaba tan enfadado como Megan porque se había jugado mucho, y no solamente el cuello. Como laird se debía al clan, debía aceptar las

decisiones del consejo, y se había colocado en una diana porque ahora todos sus actos y decisiones serían cuestionado. El sabía que el anciano no la había creído del todo, pero no podía desautorizarlo.

—He sido juzgada culpable y no se me ha dado la oportunidad de explicarme —estaba dolida—. Tuviste que mentir más de una vez, pero tu palabra tampoco fue suficiente, por eso tengo que marcharme.

—Megan, de verdad quiero casarme contigo —el orgullo herido que lo sacudía por dentro vistió sus palabras de un frío intenso—. Podemos convertir mi mentira en veraz.

—No vine a Evertown buscando un esposo —el patio se llenó de la claridad de su voz—, porque ya me está aguardando uno.

No pudo terminar de hablar, las palabras se quebraron en su garganta y las lágrimas amenazaron con desbordarse, no quería que él la viese llorar, necesitaba al menos conservar el poco orgullo que le quedaba, se dio la vuelta, y voló hacia su dormitorio.

Logan se quedó plantado en mitad del patio tan sorprendido como ciego de ira. Caminó hasta la pared mas cercana, y lentamente comenzó a golpearla. Rosslyn no pudo ver lo que hacía su hermano porque había seguido a Megan hasta su alcoba. Los sollozos eran audibles al otro lado de la puerta.

—Megan, ¿puedo pasar? —dijo mientras tocaba la madera suavemente con los nudillos.

No esperó respuesta. Al entrar encontró a Megan echada sobre la cama, se sentó a su lado y comenzó a acariciarle los cabellos en una silenciosa llamada de consuelo, ella se volvió a mirarla.

—Gracias —jamás habría palabras de agradecimiento suficientes para expresar lo que le debía por no haberla delatado.

Rosslyn conocía que era inglesa.

Rosslyn sabía que tenía un prometido esperando.

Rosslyn comprendía que tenía que marcharse.

Megan cerró los ojos y cogió la mano de la mujer, pequeña y cálida, después se dejó abrazar despacio. La madrugada las encontró sobre la cama, Rosslyn se había quedado dormida, para Megan fue imposible.

El abrazo era hermoso, contenía una ternura que ella necesitaba, pero recordaba demasiado bien la calidez de los brazos de Roy, estaba tan cansada, necesitaba llegar a casa y descansar. La añoranza puso una semilla en su corazón y con rapidez la abonó de su tristeza, necesitaba ir al encuentro de su

familia, quería hablar con Roy... se marcharía por la mañana.

CAPITULO 17

Sus pertenencias eran pocas, las metió con rapidez en un saco de tela propio de viajes ligeros, y luego se tomó con más calma el empaquetar los útiles de sanadora, lo hacía con lentitud, prolongando cada instante en una despedida interminable. Rosslyn la observaba nerviosa, había empleado todos los argumentos que conocía para convencerla de que se quedase, pero ella se mostraba inmune a toda idea que no fuese la de irse, la llevaba delante como una antorcha en la oscuridad, solo cabía seguirla o perderse.

—Rosslyn, necesito despedirme de Bannon —eran las primeras palabras que pronunciaba en horas, y sonaron roncadas.

—Megan, por favor, espera al menos a que vuelva Logan, él podrá facilitarte un buen medio para ir a donde quieras, incluso te acompañará si lo deseas.

—Y si no lo deseo también. No, tras hablar con Bannon terminaré de empaquetar y me marcharé.

Su empecinamiento estaba latente en cada gesto, en cada palabra.

—Creía que amabas a mi hermano —dijo Rosslyn apenas en un susurro.

Megan no se molestó en mirarla, pero por un instante cesó todo movimiento y se quedó con la mirada perdida.

—Tu hermano es el laird de Evertown, y yo una sassenach.

No hacía falta decir nada más. Se arregló el vestido sencillo, y se cubrió los hombros con la capa negra, con la capucha se tapó el rostro, no deseaba encontrarse más que con Bannon. Atravesó el patio y salió a la calle a tal velocidad que Rosslyn no pudo ni replicarle.

Bannon le explicó las medidas que se habían tomado contra.

—Ya lo imaginaba —respondió queda.

—Ni uno solo de los habitantes de Evertown te permitirá entrar de nuevo en sus casas —reiteró Bannon.

Se acercó a ella pues le entristecía verla derrotada, todo lo que él podía hacer era consolarla. Cogió su cabeza con toda la ternura que pudo para que alzase la mirada y posó su frente en la de ella, dándole el consuelo de la cercanía. Sabía que no iba a gustarle lo que le diría, pero también sabía que necesitaba oírlo de alguien que la apreciase tanto como él.

—Te ayudé en lo que pude, Megan, y otros a los que has negado también —Bannon se refería a su propia familia—, alguno se ha jugado más de lo que tú imaginas —ahora se refería a su hermano Roy—. Pero eso no importa ahora —dijo tapando sus labios con un dedo para que ella no replicase— lo pensarás, bien lo se, cuando esto pase. Un error no hunde el mundo Megan. Con tus conocimientos puede que aquí y ahora no te sirvan en demasía, pero hay otros lugares menos hostiles.

—Inglaterra —dijo por toda respuesta—. Pero allí me espera alguien que me hará inmensamente desgraciada, y Logan... —el nombre salió de sus labios como un suspiro.

—Bueno, el laird ha tratado de salvarte con relativo desacierto, pero con buenas intenciones —Bannon la miró sin un parpadeo—. Creo que has minimizado lo que ha hecho por ti pues se ha jugado todo al implicarse contigo.

Le cogió la barbilla, mientras hacia una pausa para llamar la atención de Megan, quería que le mirase a los ojos, para estar seguro de que escuchaba sus palabras

— Dime. ¿Le has contado ya la verdad?

No pudo responderle. La puerta de la calle golpeó la pared produciendo un sonido hueco, la invasión rompió la intimidación creada, Megan y Bannon giraron las cabezas al unísono, como si hubiesen sido sorprendidos en un acto flagrante, solo para ver entrar a un diablo de cabellos castaños y ojos enloquecidos.

Logan había dejado todo a media mañana para volver con ella. En casa había encontrado únicamente a Rosslyn, entre sus sollozos solo pudo entender un nombre, Bannon, recordó que él era el pariente más cercano que ella tenía e imaginó que sentiría la necesidad de hablar con alguien, salió en su busca antes de entender nada más. Al llegar a la casa de Bannon, y en su prisa por encontrarla, no se paró a pensar que él podía estar con otra persona, los esclavos estaban acostumbrados a verlo llegar y le permitieron el paso sin hacerle ni una pregunta.

La imagen de la pareja se grabó en su retina como fuego incandescente: tan cerca el uno del otro. Él le sujetaba el rostro entre las manos con delicadeza mientras le susurraba palabras, vio como le cogía la barbilla y levantaba su mirada. Los celos lo atizaron, la piel se erizó como la de un lobo al acecho, y su inteligencia se redujo al mero instinto de saltar sobre ellos. La frase de Bannon disparó el resorte final, la máquina de destrucción avanzó

arrasando.

—¿Qué verdad me has ocultado? —gritó.

Megan supo que había llegado la hora de la verdad, y con un suspiro largo, comenzó a desgranarla. La madeja de mentiras que ella fue desenredando, alimentó la ira que creció en la garganta de Logan. Cuando alcanzó la conversación entre Bannon y ella, el tamaño era tal que lo asfixiaba, su cuerpo en rebeldía vomitó las palabras.

Los ojos grises de Logan se habían convertido en un mar turbulento.

—¿Cómo pude estar tan ciego?

—Lo siento —Megan intentaba encontrar las palabras que le permitiesen llevarlo hasta su corazón, jamás había deseado nada con tanta pasión como que él entendiese por que lo hizo—. No hubo mentiras en lo que sentía, toda la verdad del mundo estaba entre tus brazos.

—Por qué será que ya no te creo, sassenach —su voz era de hielo.

—Debo irme —Megan dio un paso hacia la puerta.

—¡No! —el grito fue terminante—. ¡Maldita sea! —exclamó furibundo—. Aunque ya no lo deseo, he adquirido la obligación de vigilarte. Cada cosa que hagas, que digas, me implica. Serás confinada en mi casa hasta que confirme tus mentiras. Después partirás donde sea que quieras.

Los últimos días habían resultado un infierno para Logan. Creyó firmemente que había hecho lo correcto, pero al contrario de lo que pensaba, no había supuesto un bálsamo para él, sus mentiras le escocían en el corazón. En cuanto la tormenta de ira pasó, no supo dónde colocar esos sentimientos que lo desarmaban. Por eso cada día demoraba más el momento de la vuelta. La reunión con el consejero era de suma importancia, toda la guardia de Evertown estaba en alerta debido a la información de la proximidad de un grupo de mercenarios más amplio de lo habitual.

—Logan, ¿crees que con estas disposiciones bastarán?

Logan necesitó concentrarse en la pregunta hecha por el anciano consejero pues el cansancio empezaba a hacer mella en todos.

—¿Logan? —volvió a preguntar esperando una respuesta.

—Si, creo que con esto bastará por hoy. Si no hay ninguna otra cuestión que tratar me marcho pues tengo asuntos pendientes de revolver.

Esta tarde volvía temprano, pero con un poco de suerte no la vería.

Rosslyn y Megan mantenían una fuerte discusión. Megan tenía una

espada en la mano, y el corazón amenazó con salirse del pecho.

—¡Basta! —grito con fuerza para hacerse oír sobre el estrépito de ellas.

Dos caras sorprendidas se giraron a la vez y cuatro ojos se abrieron asustados. Antes de que ninguna de las dos hubiese pronunciado palabra, Logan arrancó la espada de la mano de Megan. Rosslyn intentaba recuperar el resuello, para ofrecerle una explicación, pero Logan la censuró con los ojos.

—¿En qué estabas pensando? ¡Le has dado una espada al enemigo!

Megan sintió una estocada en el corazón al escucharlo.

—No soy tu enemigo.

Pero Logan no se dignaba a mirarla. Clavó sus ojos en su hermana antes de ordenarle:

—¡No quiero verte cerca de ella nunca más! —las venas del cuello palpitaban en cada airada palabra que escupía—. Y tú —se giró hacia Megan—, serás recluida en tu alcoba de la que solo podrás salir cuando yo lo decida.

—¡No, Logan, no! —dijo su hermana, intentando frenar el impetuoso avance del él.

—¡No! —gritó Megan, mientras la sujetaba por los brazos y la arrastraba a la prisión que le había impuesto.

—Suéltame escocés, suéltame de una vez, o te juro que...

Con la última frase aún sin concluir, la empujó hacia el interior de la estancia y cerró la puerta con gran estrépito. Al salir, Rosslyn sollozaba en el patio donde la había dejado, no se paró a consolarla. Lo que él necesitaba era todo el vino que encontrara en Evertown, y unos brazos cálidos que no le permitiese pensar.

¡Ahora sí! Ahora estaba realmente furiosa, si ese highlander cabezota pensaba que las cosas iban a quedar así, no sabía cuan equivocado estaba. Eso fue lo que se dijo Megan en la décima vuelta a la estancia. De pronto sufrió un sobresalto. Tenía que irse. ¿Qué hacía en esa habitación encerrada cuando ya había decidido marcharse días atrás? Cesó el movimiento de sus pies, y los engranajes de su cerebro se ocuparon de buscar una vía de escape. Y supo que Rosslyn podía ayudarla. Podría buscarle un gran problema, pero tenía que utilizarla si pretendía escapar.

—¡Rosslyn! —Gritó a través de la puerta.

Encontrar a Logan fue fácil, la taberna que escogió había sido testigo silencioso y discreto de más de una noche de juerga entre amigos. Estaba en el barrio más alejado de la población, perdido entre dos angostas callejuelas.

—¿Bebes solo para olvidar? —dijo acercándose a él.

Logan se sorprendió al oír la voz de su amigo, no esperaba encontrarse a nadie conocido, mucho menos a Lean.

—No, bebo para recordar los tiempos fáciles —contestó Logan mientras empujaba su cuarta jarra hasta alinearla con las otras tres ya vacías que tenía sobre la mesa frente a él.

—Entonces sea, bebamos juntos —dijo Lean haciendo un gesto con la cabeza al tabernero para pedir otras dos jarras—. ¡Por los tiempos felices! —brindó— Sean los que sean.

Mientras él apenas permitió que la cerveza rozase sus labios, Logan se trago de un golpe media jarra, como si en ese gesto pudiese pasar lo que le martirizaba y deglutirlo con más rapidez.

—Por las pérfidas mujeres —dijo este último.

Lean alzó una ceja en señal de escepticismo. Con el siguiente trago, la quinta jarra de Logan estaba vacía y él volvía a hacer malabarismos para enfocar la vista, enturbiada por los vapores del alcohol, y alinearla con las otras, y siguieron bebiendo y brindando: por las mujeres de hielo, de fuego, por las víboras, y por las sassenach...

La noche dio paso a la madrugada, y por fin Logan cayó rendido sobre la mesa, Lean, que esperaba el momento, hizo una seña a dos sombras que había esperando en una esquina del oscuro salón. Logan era un peso muerto costoso de mover, se necesitó la fuerza de los tres hombres para cargarlo en un carro. El amigo inconfundible se hizo cargo de llevarlo a casa despidiendo a los otros. Logan estaba sumido en la inconciencia. Lean sabía que al día siguiente no recordaría la mayor parte de las cosas que se habían dicho, y mucho menos ese trayecto, pero el cuerpo le pasaría una factura endiabladamente alta.

—¿Qué hace él aquí? —dijo Rosslyn nada más verlo llegar —¿No habíamos acordado que lo dejarías tirado en la taberna?

—Creí que no sería necesario —contestó sorprendido—. Se ha bebido vino para tumbar a dos caballos, ningún ruido despertará a una mula como él —respondió Lean—. ¿Se ha marchado Megan? —preguntó.

Rosslyn se sentía culpable. Megan le había pedido ayuda, pero ella se la

había negado.

El barco se movía demasiado, tenía que haber marejada, porque el mundo daba tantos bandazos que incluso su cabeza se le estaba descolocando de los hombros. Se encontraba tan mal como no recordaba, si es que podía usar su cerebro para recordar algo. Intentó incorporarse en el camastro, pero todo se empeñaba en moverse y sus piernas en no sostenerle. Cayó de rodillas sobre un suelo que claramente no pertenecía a la cubierta de un barco, y vomitó sobre el, las paredes giraban a su alrededor, se sentó sobre la cama y volvió a sumirse en la inconciencia.

Lo primero que notó al despertarse fue como sus fosas nasales se inundaban de un olor acre, amargo. No supo cuantas veces se habían repetido los intentos de levantarse, pero a tenor de que le dolían, tenían que haber sido unas cuantas. Debía de tener un aspecto tan mal como se sentía. Su boca estaba seca, pastosa, y su cerebro había huido ante el enjambre de campanas llamando al asedio que le martilleaban las sienas. Notó el acero afilado y frío sobre la garganta antes de escuchar la voz.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Megan?

Las ideas se aclararon con más rapidez de la que él deseaba.

—Deja de amenazarme el cuello —fue capaz de decir.

—¿Dónde está ella? —repitió la voz de Roy mientras presionaba el acero sobre su cuello sin atender a su advertencia—. ¡Dímelo maldito escocés!

—¿Quién es ella? —preguntó tratando de contener las arcadas.

—Mi hermana —le escupió Roy con ira.

Logan se rindió porque no tenía fuerzas para enfrentar al enemigo.

—Aquí no está, como puedes ver.

De la garganta de Roy salió un gruñido de negación, el cuchillo dejó una marca carmesí sobre la garganta.

—No te lo preguntaré otra vez —la amenaza era efectiva.

Su cerebro intentaba encontrar respuestas en la maraña revuelta en que la había convertido la resaca, pero una luz de entendimiento comenzó a asomarse entre todas.

— Pero sé quién puede saber dónde está...

Roy se apartó de Logan lo suficiente para que este se incorporase, la desconfianza latiendo en su postura dejaba a las claras que no le iba a

permitir ningún subterfugio. Se mantuvo con el cuchillo en la mano en silenciosa amenaza mientras lo espetaba con duras palabras..

—Entonces llévame ante él y reza a quien puedas para que tenga la respuesta.

Logan pretendía llevar al intruso ante Bannon, pero Rosslyn se interpuso en su camino. Roy siguió con pasos decididos a Logan hacia la sala privada de la casa.

Rosslyn tropezó con su hermano y con un extraño. Ella vestía un vestido largo y recatado de suave color verde agua, sobre sus negros cabellos reposaban como tocado unas pequeñas flores blancas, parecía la perfecta imagen de la inocencia, avanzó por la estancia con los ojos bajos y pasos diminutos.

—¿No me presentas a tu invitado? —la mirada de Logan se volvió desconfiada.

Las cejas de Roy se arquearon al escuchar a la mujer. Solo dijo una palabra, pero lo hizo con la voz queda de la amenaza velada para amedrentarla.

—Dónde está Megan —dejó salir entre los labios apretados.

Rosslyn miraba a su hermano intentando comprender qué sucedía.

—No lo sé —contestó la aludida.

En su voz había la fingida sorpresa de alguien que desconoce la respuesta precisa, pero Logan la conocía mejor de lo que ella creía y no estaba su cuerpo para soportar recovecos. Necesitaba saber y pronto. El extranjero avanzó hacia ella en dos zancadas, pero una voz detuvo sus pasos.

—Si cae uno solo de los pétalos de las flores que recubren sus cabellos, te mataré —la voz de Lean era demasiado serena para ser ignorada.

La sorpresa invadió todos los rostros, nadie esperaba su presencia.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer al extranjero, aunque creía conocer la respuesta.

Roy estaba en clara desventaja pues como amigo solo tenía el puñal que sujetaba en su mano derecha.

—Roy Wolfe, hermano de Megan.

—Bienvenido a Evertown —respondió Rosslyn que no sentía ningún tipo de acritud hacia el visitante a pesar de su postura retadora.

Los ojos de Logan se habían empequeñecido, su cuerpo furioso tensó los músculos del cuello, las palabras salieron con velocidad hiriente de su boca.

—¿Cuándo te has pasado al enemigo? —le preguntó a su hermana.

—Logan, piensa bien tus palabras antes de decirlas —replicó Lean defendiéndola.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunto Roy con los dientes apretados.

El enfado se mezcló con la frustración de Logan.

—¿Piensas que te lo voy a decir —dijo contra todo pronóstico.

El cuerpo de Roy se tensó como la cuerda de un arco: era una mole de músculos y encono en descontrolado movimiento. Y todo sucedió con velocidad vertiginosa. La cabeza de Roy golpeó el pecho de Logan, el fuerte impacto hizo que este saliese impulsado hacia atrás. En la trayectoria la espalda de Logan chocó contra Lean que debido a la sorpresa no pudo esquivar el envite. Pero Logan reaccionó muy rápido y logró pillar a Roy desprevenido. El puñetazo que le dio lo lanzó hacia atrás.

—¡Deteneos! —gritó Rosslyn que vio realmente el peligro.

El inglés estaba hecho una furia, pero su hermano no le iba a la zaga. Lean era el elemento que desequilibraba la pelea. Eran dos contra uno.

—Megan no está en la casa —chilló a pleno pulmón.

Los tres hombres cesaron todo movimiento brusco y se pusieron en pie.

—Le diré al inglés donde ha ido —comenzó Rosslyn.

—Yo iré a buscarla —la cortó Logan.

Rosslyn miró a su hermano con ojos entrecerrados.

—Megan estaba bajo nuestra protección—le dijo su hermana—, y hemos fracasado.

—Encontrarla me corresponde a mí —Logan se giró hacia Roy y lo taladró con la mirada.

—¿Para perderla como la perdiste en Carlisle?

Megan ya le había contado toda la historia en casa de Bannon.

—Escocés... —dijo Roy arrastrando la palabra con desprecio—, mas inteligente te creía y no tan necio, y mucho debes de serlo si crees que en algún momento he dejado a mi hermana sin protección. —Logan lo miró sin comprender—. Le he permitido algo que no entenderías ni aunque tuvieras toda la sabiduría divina, pero jamás la deje sola, jamás dio un paso sin que yo supiese hacia donde se dirigía —la espalda de Roy estaba más tensa que la vara de una lanza—. Hice que la siguieran desde que salió de Carlisle, dispuse dos hombres a mi sueldo para que nunca la perdieran de vista. No sé como se las apañó para convencer a Bannon, ni como terminó viviendo en tu casa, pero me llena de orgullo pensar cuan inteligente debió ser su actuación. La creía a salvo en casa de un amigo —dijo refiriéndose a Bannon—. Pero

me equivoque.

—No, inglés —dijo Rosslyn de pronto—. Aquí todos somos amigos de Megan—., y te lo demostraremos —ahora miró a su hermano Logan sin un parpadeo—. Irás y la convencerás para que vuelva. Y hazlo bien, porque si no la recuperas, si Megan no regresa contigo, me marcharé a Carwinley, y lo haré como esclava de Roy Wolfe.

Rosslyn sabía lo que se hacía. Ella se consideraba una buena amiga de Megan, si permitía que su hermano Roy fuera a buscarla, ya no la verían más, en cambio si lo hacía Logan, si la convencía, todo sería distinto. Todo se arreglaría, y ella no perdería a una hermana y amiga.

CAPITULO 18

Llegar hasta la aldea de Beattock había sido más difícil de lo esperado. La familia era gran amiga de los McIlvanney, y no solo les unía una relación personal dado que la esposa de Murray era pariente de Logan y Rosslyn, también compartían parte de los negocios. Rosslyn le había dado el sello de la familia a modo de presentación, en donde les pedía la gracia de alojarla. En una escueta carta, les explicaba que allí se reuniría con su hermano, que era buen amigo del sanador Bannon. La familia de Rosslyn por parte de madre, la habían recibido con los brazos abiertos, y ella se alegró de la discreción de Murray y de su mujer pues no le hicieron preguntas, le dieron cobijo en su hogar ofreciéndole alojamiento cómodo y una grata sonrisa.

El sirviente que la había acompañado durante el trayecto, regresó a Evertown tras dejarla a ella. Megan se despertó al día siguiente con el cuerpo molido y un hambre atroz, la noche anterior le habían brindado la oportunidad de alimentarse, pero rechazó el ofrecimiento pues la tentación de dormir era mucho mayor que la de alimentarse. Tomó un desayuno tan grande como su hambre, pan caliente y queso fresco que se derritió al contacto con el calor. Con el estómago satisfecho y sin un ápice de cansancio, decidió que se tomaría al menos ese día antes de reunirse con su hermano. Vagabundó en las cercanías de la casa donde estaba hospedada, y se sorprendió descubriendo una extraña sensación de serenidad en mitad del caos de los últimos días, hasta que el hambre la hizo volver de nuevo.

La tarde se hizo extremadamente soporífera, y ella se quedó sola con sus pensamientos. Megan intentó sobrellevar este tiempo en el frescor de la alcoba, pero solo consiguió levantarse del camastro empapada en sudor, su cuerpo se había transmutado en un horno insoportablemente caliente. Abrió la pequeña ventana que tenía la estancia, al hacerlo, escuchó a lo lejos la risa cantarina de unos niños, y la nostalgia le hizo sonreír. Recordó una plaza por la que había pasado al llegar y pensó que el sol estaba lo suficientemente bajo como para no molestar y que un pequeño paseo hasta allí no estaría nada mal. Las horas se marcharon raudas entre juegos, las risas de los niños se alejaron por el callejón que daba al este y la plaza se llenó del silencio de los lugares vacíos. Era hora de volver antes de que el día oscureciese más. Comenzó a alejarse del centro de la plaza en dirección a la casa de Murray. Llevaba una parte del camino andado, cuando el sonido de un gemido atrajo su atención,

provenía de una granja abandonada a la orilla del camino.

Megan no podía desatender a ese gemido lastimoso. Caminó los pasos y se adentró en la propiedad. En el porche delantero se encontró con un pobre perrillo callejero que tenía trabadas las patas traseras con una cuerda.

—¿Cómo te has enredado ahí? —Megan se agachó para soltarlo. Con dulzura fue desenredando la maraña que el cachorro se había hecho con el cordel—. ¿Qué voy a hacer ahora contigo? —se preguntó indecisa entre dejarlo en el mismo lugar que lo había encontrado o llevarlo con ella.

La noche había caído encima con la rapidez, y todo comenzaba a estar demasiado oscuro como para sentirse tranquila. Megan tomó al cachorro entre los brazos dispuesta a llegar a la seguridad de la casa, pero no había dado ni dos pasos, cuando vio un caballo y un jinete que parecía ir al pueblo, como era de noche, no pudo verle el rostro. Si ella se quedaba pegada a la pared de madera del porche de la granja, pasaría desapercibido. Una carreta y dos monturas con jinete salieron de la dirección del pueblo, en unos momentos llegarían al jinete.

Todo ocurrió muy rápido, el jinete no pudo sortear la carreta porque ocupaba todo el camino, y de pronto, lo golpearon, y lo derribaron. Yacía en el suelo inconsciente. Su instinto la urgió a esconderse, pegó la espalda a la pared, pero estaban muy cerca.

—Lo habéis golpeado demasiado fuerte —la voz de uno de los hombres llegó a los oídos de Megan con claridad. ¡Era inglés!

—Era necesario por su tamaño —dijo la otra voz—. Es conocida su pericia con la espada y había que pillarlo desprevenido —replicó la segunda voz de otro hombre justificando las acciones reprobadas.

El inglés era Dominic March, el hombre al que la habían prometido sin su consentimiento. Un río rauda y helado la recorrió por completo, se hecho hacía atrás pegando la espalda a la pared todo lo que pudo, pero estaba demasiado cerca de los atracadores. Su cuerpo se puso en tensión y sus brazos se crisparon apretando al cachorro olvidado entre ellos. El ladrido lastimero del perro rebotó produciendo un sonoro eco, los hombres volvieron los rostros buscando entre las sombras. Sus miradas astutas no la habían encontrado. A pesar del miedo, sus ojos evaluaron las posibilidades de huida, soltó al cachorro que corrió a esconderse en un rincón, su cuerpo se preparó para correr, pero había salido de la protección de la sombra que le proporcionaba la pared.

Uno de los mercenarios la vio.

—¡Nos han visto! —avisó.

El sonido del aire al ser expelido de golpe hizo a Megan consciente de que había estado conteniendo la respiración. El barón caminó hacia ella. No pudo moverse del sitio, pero March siguió caminando hasta ella, y finalmente la silueta femenina entró en el círculo de luz de la antorcha que llevaba.

La sorpresa en Dominic March era muy clara.

—¡Tú! —exclamó incrédulo.

Megan se quedó anclada al suelo mientras sus ojos contemplaban con horror a dos hombres que arrastraban un cadáver, su corazón se detuvo en medio de un latido.

—¡Mátala! —ordenó el mercenario.

—Ya me gustaría, ya —dijo él, como si necesitase confirmar lo que sus ojos veían—. Pero no entra en mis planes asesinarla.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. El mercenario había avanzado hacia ellos.

—¡Yo la mataré! —reveló el hombre cargado de desprecio.

Megan pensaba a toda velocidad una forma de salir ilesa de la situación, pero estaba muda.

—¡La conozco! —afirmó el barón.

—¿Conoces a la mujerzuela? —preguntó el mercenario.

—¡No soy una mujerzuela! Soy... soy... —la palabra prometida se negaba a salir de su boca.

—¡Me importa una mierda quién seas! —el mercenario avanzó un paso con semblante peligroso.

—Es mi prometida —contestó March—. Es la hija de Craig Wolfe.

Antes de un pestañeo, el barón estaba a su lado. Megan sintió como le acariciaba el brazo ascendiendo hasta su hombro, y el leve contacto le produjo un escalofrío de asco que casi la hizo retroceder, pero ahora sabía que no podía alejarse de March, tenía un gran motivo para ello, tan grande como el escocés que yacía inconsciente en el suelo: su vida. El barón la llevaba hacia la carreta.

—Yo respondo por ella —dijo el barón con la voz cargada del relleno vacío de aquel que quiere parecer importante—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Es un poco complicado de explicar —Megan buscaba de forma desesperada una solución a su problema.

Cuando llegaron hacia donde estaba el hombre inconsciente, March se agachó sobre el cuerpo que estaba en el suelo y levantó la cabeza del

inconsciente tirándole de los cabellos. Megan contuvo un grito de espanto, el rostro de Logan apenas era reconocible cubierto de la sangre que manaba en profusión de una brecha abierta que tenía en la sien. March soltó los cabellos y el sonido del cráneo inerte cayendo sobre el suelo golpeó los oídos de todos.

—Parece que hemos cogido al pez más gordo —la voz exultante de Dominic March superó el nivel de los latidos del corazón Megan.

El mercenario lo miró con la duda reflejándose en su rostro, y él no dejó escapar la oportunidad de darse importancia.

—Hemos apresado al laird de Evertown —explicó el barón al mercenario—, ha sido una suerte increíble. Me siento complacido con nuestro botín. Ya tengo una buena moneda con la que negociar, Evertown está un poco más cerca de mis manos.

—Confío que entonces la recompensa sea más generosa.

Megan se perdía en la conversación, sus ojos solo eran conscientes de la sangre que escapaba de la cabeza de Logan y que manchaba el suelo. ¿Qué hacia él en Beattock? ¿Por qué viajaba solo sin escolta?

—Si deseáis que viva, tendríais que hacer algo y pronto —dijo Megan intentando acercarse al herido.

Los dos hombres recordaron de súbito la presencia de Megan, sus palabras hicieron que volviesen el rostro a la tierra del camino, la noche casi no permitía ver, pero la mancha era visible incluso en aquella oscuridad.

—¡Maldita sea!

La exclamación de March fue violenta, la oportunidad del triunfo se le escapaba en ese charco rojo. Megan no les permitió tiempo para pensar.

—Mis utensilios de sanar están cerca de aquí.

—¡Sí! —March recordó las enseñanzas curativas que la mujer estaba aprendiendo de su madre—. Vosotros dos, ocupaos de esconderlo en aquella granja abandonada al amparo de las miradas —ahora se giró hacia Megan—. Te acompañaré.

La necesidad la hizo volar y la suerte pareció acompañarla. Murray y su esposa la vieron entrar presurosa a la casa, y haciendo gala de su discreción, no preguntaron nada, máxime con la intranquilidad que les había quitado de encima, no sabía ella cuan cerca estaba Murray de salir a buscarla.

Una llamada presurosa en la puerta los sacó de su sobresalto, un hombre vestido con los colores del clan Gunn estaba plantado ante ellos, Murray entrecerró los ojos sorprendido porque el hombre no parecía escocés, pero la

voz de Megan tras su espalda, habló apresuradamente, hizo que olvidara la sensación extraña que le provocaba el hombre, aunque no había pronunciado palabra alguna.

—Hay un hombre herido en el camino —dijo tratando de controlar las ganas de gritar que sentía. Murray vio que había cogido su morral con los utensilios de curación—. Lo atenderé, el laird de... —Mega se giró hacia Dominic March, miró el tartán que vestía, y guardó silencio.

El barón no tuvo más remedio que presentarse.

—Pertenezco al clan Gunn, y estoy ayudando a la mujer con el herido.

Murray supo que mentía. Dio un paso adelante, pero los ojos de Megan le mostraron que se contuviera, estaba en juego la vida de alguien demasiado importante para todos. Nunca el silencio dijo tanto.

—Te acompañaré —dijo Murray.

Megan entró en pánico.

—No será necesario, este hombre me acompañará —Murray apreció el miedo en los ojos de la mujer—. Trataré de volver enseguida.

Salió al exterior con toda la velocidad que sus pies le permitían.

Nunca un herido fue curado con tanto amor, ni con tal derroche de paciencia. Megan se tomó para ello más tiempo del que realmente necesitaba, creía ganar un tiempo valioso, y, cada rato que pasaba, la impaciencia iba poniendo más nerviosos a los hombres que esperaban.

Megan buscaba desesperada una forma de escape.

—No podéis moverlo demasiado esta noche si pretendéis que siga vivo —dijo Megan, no encontraba más motivos donde escudarse para prolongar la espera.

—Pues entonces llegará muerto —afirmó el mercenario—, no podemos demorar más la marcha. Ya hemos esperado dos días y...

—¿Para qué sanarlo si pensáis dejarlo morir? —el reproche salió sin esfuerzo del corazón a los labios.

La voz de Megan sacó al barón de su silencio. Había estado concentrando todas sus miradas en el círculo de luz en donde estaba Megan, que en su prisa por llegar rápido hasta el herido no se había puesto el tartán, el frío de la noche había hecho endurecer sus pezones que se marcaban bajo el vestido, y llenó la cabeza de March de pensamientos lascivos. Las ganas de someter a esa hembra bajo su cuerpo lo llenaban.

—Me da igual que viva o muera —sentenció el mercenario.

A Megan la sorprendía que el hombre impusiera su criterio al del barón,

pues parecía que lo tenía sometido. Dominic March dejó de mirar a Megan y centró su atención en el mercenario.

La presa era demasiado valiosa para que se perdiera.

—Partirás esta noche, mi prometida y yo os seguiremos mañana con el botín. Viajaremos ligeros, solo dos mercenarios para cubrirnos las espaldas, os habremos alcanzado antes de que lleguéis al lugar de encuentro.

El mercenario entrecerró los ojos en una mirada suspicaz porque la decisión del barón le pareció arriesgada.

—Deshazte de ella antes de llegar al lugar de encuentro.

—Yo puedo mantener a vuestra presa con vida —respondió Megan de forma temeraria.

Megan hubiese dado todo lo que tenía por no apartarse de Logan, pero las palabras del mercenario habían sido una clara advertencia.

—¡Vosotros! —Dijo March impartiendo ordenes tras la marcha del mercenario que parecía ser el jefe—. Acercaos al lugar de mi hospedaje, y solicitar una carreta para trasportar al herido, y dos monturas más. Traed todos mis enseres porque ya no regresaré allí. Tomad este anillo, no harán preguntas, y os darán aquello que solicitáis. Después venid.

Se volvió buscando a Megan.

—¿Se recuperará?

—Es imposible saberlo —hizo una pausa sopesando lo que se jugaba—, pero si me permites acompañarte como sanadora tal vez podría hacer algo más.

Dominic March recordaba perfectamente la advertencia del mercenario como para olvidarla, no se jugaría todo lo que había conseguido por ayudar a un maldito escocés. Llegaría vivo o muerto.

—Lady Wolfe —siseó desnudándola—, en cuanto los hombres lleven al herido, vendrás conmigo —la miró desconfiado—. Tienes qué explicarme muchas cosas, porque dudo mucho que tu familia te dejase venir sola a las Tierras Altas buscando aventura. Este no es lugar para una señorita inglesa, y mucho menos mi prometida.

Megan sabía que tenía un gran problema para explicar su presencia en Escocia, pero que la vivienda de Murray estuviese tan cerca de la frontera, era una gran baza para elaborar una explicación creíble, además. Dominic March desconocía la aversión que le provocaba ni que rechazaba casarse con él.

—He comprado menaje valioso para mi futuro hogar —Megan tomó

aire y lo soltó poco a poco—. Copas de plata, mantas de excelente lana, no hay en toda Britania una lana tan espesa y blanca como la de las ovejas de Beattock.

—En Londres podrías haber comprado todo eso y más.

—Pero no a un precio tan bajo —March entrecerró los ojos porque le costaba creer esa explicación—. Solo he tenido que pagar con mi pericia de sanadora sin desembolsar una sola libra.

Esa sí era una explicación creíble para alguien tan avaro como él, y le complació que su futura esposa no fuera derrochadora. Los dos hombres contratados para que lo custodiaran regresaron para transportar al herido.

—¿Te hospedabas en esa granja?

Megan tenía que seguir mintiendo.

—Llegué a Beattock muy temprano en la mañana, mi hermano Roy conoce a los Murray porque comercia con sus lanas, tienen uno de los mejores rebaños de ovejas —Megan tragó saliva—. La mujer de Murray está muy enferma y su vida corre peligro, me pareció una buena idea intercambiar mis conocimientos de sanación por la lana de sus ovejas.

—Entonces no tienes que regresar con ellos, sino que lo harás conmigo.

Ella sabía lo que esa afirmación significaba: si acompañaba al barón, se exponía a que la atacara sexualmente. Si la enviaba de vuelta a Inglaterra con un par de mercenarios. Logan podría morir.

Megan miró por encima de la cabeza de su montura, y vio a March hablando con el mercenario que iba delante del carro donde Logan era transportado. Le parecía que había reconocido algo del camino por el que discurrían.

—Lord Dalton —lo llamó por su título.

Al escucharla frenó el ritmo de su montura hasta ponerla a la altura de la de ella.

—¿Qué lugares son estos por los que transitamos?

Él miró a su alrededor antes de contestar, no podía saber que Megan ya había estado allí antes, el día que fueron a buscar las hierbas.

—Estamos en los alrededores de la ciudad de Evertown, en realidad más cerca de lo que ellos creen. Hemos encontrado un camino que pasa por la sierra norte, y se adentra en los bosques del suroeste —se rio satisfecho con el sonido de una hiena— Los escoceses se creen tan seguros que puede ser transitado casi sin riesgo de ser interceptados.

Megan suspiró pensando en lo cerca y, sin embargo, en lo lejos que

quedaba la protección de la casa de Logan ahora. El barón la miró lascivo siguiendo el lento movimiento de su pecho al elevarse, su interés no paso desapercibido para ella. Consciente de que él la miraba se mojó los labios antes de hablar.

—¿Podríamos descansar un poco? No estoy acostumbrada a cabalgar tanto tiempo.

Megan quería parecer una muchacha débil y desvalida.

—Vamos con retraso.

A Dominic March le gustaría tumbarla de espaldas en la hierba y darse un festín con ella, pero Megan era hija de uno de los nobles con mas renombre en la frontera, y le servían poderosos caballeros.

—Entiendo... —Megan detuvo su frase fingiendo recato—. Pero he de revisar de nuevo al herido —los ojos el barón se entrecerraron por el inconveniente—. Mientras curo di los escoltas que oteen el camino que queda por delante hasta los bosques y luego vuelvan a esperarnos, no quiero encontrarme con una partida de salvajes —Megan trató de que su voz sonara atemorizada—. No me gustan.

March no parecía muy convencido.

—¿Quieres que muera? —añadió Megan sin un parpadeo.

Unos metros más lejos hizo detenerse a los mercenarios. En cuanto March se volvió a hablar, Megan se acercó rauda al carro. Le había parecido ver a Logan recuperar la conciencia e intentar incorporarse. No podría levantarse, aunque no estuviese herido, lo habían maniatado como a un reo peligroso, pero todo sería más fácil si él colaboraba, por poco que fuese.

—¡Logan! ¡Logan! —susurró. Pero él no parecía oírla.

Se puso a inspeccionar su herida. Un gran hematoma rojo azulado cubría todo el lateral donde había recibido el golpe, tenía otras heridas no tan graves, pero uno de sus ojos estaba tan hinchado que casi no podría abrirse

—Agua— su voz fue apenas un susurro.

Mojó un poco sus labios con el extremo de un paño embebido en agua de un odre de piel. Lentamente, se lo pasó por el cuello y el pecho, para refrescarlo

Logan abrió los ojos, quemaban, y Megan se estremeció asustada. La miraba como si la ira contra ella estallara en el interior de su pecho. La respuesta le llegó certera: él debía creer que ella colaborando con sus asaltadores. Oyó los pasos cercanos de unas sandalias sobre la arena del camino, no había tiempo para explicaciones, tendría que arreglárselas sola.

Salió del carro y cubrió el cuerpo herido.

Cuando vio el brillo en los ojos del barón, supo que no había sido buena idea enviar a los mercenarios a reconocer el camino. Pero temía tanto que descubrirán que conocía a Logan, que no había podido idear nada mejor.

Dominic March se acercó a ella con ansia desesperada, y Megan se dejó abrazar. Todo su cuerpo se sacudió, en rebeldía.

—Tenemos tiempo para nosotros hasta que los mercenarios regresen.

La húmeda boca de March buscó su cuello, sus manos la apretaron fuerte de los glúteos para que ella notase su erección. No pudo ver como Megan cerraba los ojos asqueada, ni siquiera notó como no respondía al abrazo. Megan se clavó las uñas en las palmas cerradas de las manos, prefería mil veces ese dolor lacerante que la sensación de humillación que sufría su cuerpo. Metió los brazos entre las zarpas de March, forzando un espacio entre los dos cuerpos.

—¿Ven? —dijo el barón alejándola del camino—. El herido no está muerto, y yo quiero descansar un poco. Protejámonos tras aquella pequeña elevación. Nos dará sombra y no estaremos muy lejos.

March miró el terreno que los rodeaba como si buscara un lugar cómodo para ambos, por fin pareció decidirse y se sentó en una pequeña roca que salía del terreno. Palmeó suavemente la lisa piedra para que Megan se acercara, ella lo hizo renuente. Dos brazos cortos y sudados la envolvieron arrastrándola hacia el suelo de tierra. El peso del cuerpo de él la aplastaba, un olor agrio le llenó las fosas nasales hasta ponerla al borde del vómito. Él se movía sobre su vientre emitiendo gruñidos como un jabalí enfadado. Megan notó como se apartaba ligeramente y aprovechó para llenar de aire limpio sus pulmones, de un solo golpe March desgarró el vestido de Megan y dejó sus pechos al descubierto. Comenzó a elevarse la ropa desesperado, dispuesto a empalarla de una sola embestida.

Megan supo que había llegado el momento, cerró las piernas fingiendo solo algo más del miedo que realmente sentía.

—¡No! ¡No! No estamos todavía casados.

—Pero lo estaremos muy pronto, ábrete para mí —dijo March. Ciego a todo lo que no fuese satisfacer su deseo.

Megan notó las aristas de la piedra que aprisionaba entre sus dedos a la vez que el cuerpo de March caía de nuevo sobre ella. Bastó un solo golpe certero para que él se derrumbase, pero Megan no se paró ahí, lo echó hacia un lado y siguió golpeándole la cabeza hasta acabar con su vida.

La sangre de March le salpicó la cara, apenas podía respirar. Se levantó del suelo buscando aire a bocanadas. Dos pasos más lejos tubo que sujetarse el estómago, las arcadas no le permitieron moverse, cayó de rodillas y vomitó todo el asco que había sentido. Las fuerzas de Megan apenas la sostenían, pero su voluntad era de hierro.

Los guerreros que patrullaba la zona norte de Evertown, contaría más tarde como habían interceptado el caballo de una mujer cubierta de sangre, y que cargaba con Logan. Fue imposible sacarle ninguna información pues la mujer se desmoronó en el suelo nada más parar la montura. Prestos a socorrer al laird los llevaron a ambos ante el consejero que conocían. La privaron de libertad hasta que el laird se recuperase, pero Bannon la reconoció de inmediato

CAPITULO 19

Roy apartó con ternura el largo cabello del rostro de su hermana y le pasó lentamente un paño húmedo por su cuello para refrescarla. Rosslyn lo observaba desde la puerta, el inglés se había negado a que nadie la cuidara y, llevaba dos días sin apartarse de su lado. Todos habían temido lo peor cuando vieron al sanador que llevaba a la casa llevando un carro que trasportaba a dos heridos, pero él había insistido en que ella no tenía ninguna herida, y que lo único que necesitaba era dormir.

Logan había despertado, y desoyendo el consejo de Bannon, se levantó arrastrándose para encerrarse con Lean en el salón de la casa. Roy se ocupaba de Megan.

Rosslyn había orado hasta el agotamiento desde que Logan se fuera. Había hecho tantas promesas a todos los dioses que conocía, que concluyo que ninguno de ellos creía que pudiese hacer todo lo que ella había prometido. Suspiró desanimada, se sentía sola en una casa llena de gente. «Tenderé un puente que me lleve hasta ellos», se dijo esperanzada. Las manos ocupadas no tienen tiempo para las tristezas. Cuando el agradable olor del caldo que portaban los sirvientes inundó la casa, fue como si hubiesen puesto miel en un plato, todas las hormigas acudieron en tropel.

Rosslyn llegó a la habitación de Megan con un criado detrás llevando las viandas en una bandeja, pero el succulento olor le precedía. Las tripas de Roy rugieron de hambre.

—He traído algo de caldo para Megan.

Roy la miró esperanzado y Rosslyn sonrió. Su puente tenía una base deliciosa.

—Si te diriges al salón, encontraras comida para alimentar un ejército. Por el ruido de tus tripas debe ser lo que tienes dentro.

La mirada de él se dirigió preocupada al lecho donde Megan dormía.

—Yo me quedaré con ella. Ve a comer —dijo sin permitirle rechistar.

Tal y como Rosslyn había supuesto, todos los ratones habían salido de sus escondrijos atraídos por el olor del queso. Lean y Logan estaban ya en el salón cuando Roy apareció, no se molestó en saludarlos, se contendría por Megan, necesitaba que ella se repusiese algo más para marcharse, pero después....

Fue Logan el que le habló.

—Depón tu ira, inglés, aunque cueste creerlo no le he hecho nada a tu hermana. Esperaba que ella misma te lo contase, pero si lo deseas, te explicaré lo que puedo recordar, y ella misma corroborara mis palabras.

—Llamas nada al estado en que se encuentra, está peor que muerta. No come, no habla.

Una angustia atroz llenó el pecho de Logan de brasas. Roy no podía saber que su primera preocupación al recobrase había sido Megan, pero Bannon le había recomendado dejarla descansar. Había pospuesto ir a verla para cuando hubiese hablado con Lean, necesitaba saber la información que él pudiera proporcionarle. Salió de la estancia más rápido que si le persiguiese una horda de enemigos. Logan contempló a Megan. Yacía sobre la cama como si estuviese muerta. Respiraba, pero no se movía, sus ojos miraban sin ver. Sobre la pálida piel, que apenas había tomado color, se veían cardenales de un púrpura intenso, donde March la había lastimado. Logan recordaba poco de lo que había ocurrido, había vuelto a perder la consciencia en cuanto la vio bajar del carro. El resto eran imágenes entrecortadas, ella cortando sus ligaduras, ella rogándole que aguantase, ella, y solo ella, que los había traído de vuelta a los dos.

—Megan vuelve —la llamó con dulzura plantado ante el camastro.

Pero ella no le veía.

—¡Vuelve a mí! —le rogó sentado en el jergón.

Pero ella no le oía.

—Ven amor, y quédate conmigo —dijo cayendo de rodillas a su lado al tiempo que posaba la cabeza en su regazo.

Y así fue como Megan lo sintió, como un peso ligero que la llenó de calidez y que empujó la voz de Logan hasta llegar a sus oídos.

—Lo he matado —dijo refiriéndose al barón.

Y su cuerpo comenzó a sacudirse en sollozos.

La frase de Megan dejó a Logan desconcertado. Con ella, fuertemente abrazada, miró a Lean, que lo había seguido hasta la alcoba, lo interrogó con la mirada.

Lean no podía contestar a esa pregunta, sabía solo lo que Logan le había contado, y la poca información que le habían proporcionado los guardias que los encontraron.

—Megan —dijo Lean para que ella lo escuchase sobre sus sollozos—, los voluntarios que os encontraron fueron minuciosos en su trabajo. La sierra norte ha estado tan poblada estos días que no se podía andar dos pasos sin

encontrarse con alguien. Toda la guardia de Evertown fue puesta en alerta y no se ha encontrado a nadie más. Vivo o muerto.

—Le he dado una tisana que la hará dormir hasta mañana — dijo Bannon—. Dejadla descansar hasta que sea su deseo, después no hay razón para que siga en la cama, de hecho, sería conveniente que se ocupase de algo.

—Tareas no le faltarán, le daré quehaceres suficientes para tenerla ocupada una semana —dijo Rosslyn—. Aunque tenga que fingirme enferma para ello y tragarme algún brebaje indeseable.

—Suficiente tendrá con prepararse para partir —comento Roy, quería dejar claro que se marcharían en cuanto ella se recuperase.

Bannon y Roy habían hablado largo y tendido. El sanador le había explicado muchas cosas, y Roy las había aceptado.

—Amigo —dijo Bannon serio—. Ella tiene la última palabra.

El aludido miró con enfado a los que le rodeaban, todavía necesitaba explicaciones de ella, pero esas tendrían que esperar. Sólo Logan permanecía separado del resto, necesitaba la serenidad de la distancia para poner en orden sus sentimientos. La sola idea de perderla de vista y de que ella volviera a sumirse en el vacío, lo destrozaba, pero Evertown estaba en serios problemas. La reunión con Lean no había hecho más que confirmar lo que él había supuesto a raíz de los hechos: el ataque de los mercenarios era inminente. Necesitaban prepararse si no querían que terminaran en una derrota completa, y ya había perdido dos días sumidos en la inconsciencia.

Habló con Bannon en privado antes de marcharse y se dirigió al edificio de la guardia. Todos los voluntarios serían convocados antes de que llegase el nuevo día, y tenían que ser organizados. Llegó la noche que fue larga y agotadora, pero al fin todo aquello que podía ser dispuesto se había realizado ya. Además de la guardia y sus voluntarios, el consejero había acordado los servicios de una guarnición de hombres de un clan de las islas. La idea le pareció desleal a Logan, Evertown se había defendido con su desde que él recordaba, pero el grupo de mercenarios contratados por los ingleses era demasiado grande, y Logan finalmente transigió. Se necesitarían cada par de manos que pudiesen portar un arma, y mejor si tenían experiencia. Cuando Logan partió hacia su hogar, aún no se habían presentado ante la agrupación todos los voluntarios procedentes de las otras poblaciones que protegía la guardia de Evertown.

En contraste con el ruido de las conversaciones en el salón y en el patio, la habitación que ocupaba Megan estaba excesivamente silenciosa. Una sola mirada al interior borró la sonrisa que traía. Su alma quedó hecha jirones de aire que volaron lejos de él. La tensión entre el hermano inglés y Megan llenaba la estancia, era evidente que habían estado discutiendo, pero él no podía saber quien había ganado, sí ella dejaba su hogar, la perdería para siempre. Megan estaba de espaldas a la puerta. Las pocas cosas que le quedaban aparecían en un pulcro montón sobre la cama, e iba pasándolas, con lentitud exasperante, a un arcón de madera que había en el suelo junto a sus pies.

Roy giró la cabeza al oírlo entrar, siempre se mantenía alerta. Apartó la silenciosa mirada de su hermana, y no fue él quien habló, Megan rompió el tenso silencio.

—Me marcho —su voz era un murmullo, su voz era tristeza.

—Quédate —le pidió el laird—. Hasta que haya pasado el peligro.

—¡No! —respondió Roy.

Megan soltó un suspiro largo.

—¿Y cuándo tu pueblo descubra que soy una sassnach? —la expresión de Logan fue suficiente para ella—. Acompáñame tú... —le ofreció con los ojos brillantes—, y podremos estar juntos para siempre.

El pecho de Logan se hinchó de aire, y lo soltó un segundo después poco a poco.

—Evertown... Rosslyn... mi hogar —esas tres palabras pusieron fin a las esperanzas de ella.

Megan no se molestó en mirarlo, sus movimientos le parecieron a Logan la lenta caída de la arena de un reloj cuando se espera una sentencia de muerte. Ella bajó la tapa del cofre lentamente y se volvió. Cuando habló, no había reproche en su voz solo cansancio.

—Gracias por tu hospitalidad. Gracias por todo lo que me has dado. Gracias por enseñarme a no desear luna cuando no tengo una escalera lo suficientemente larga para alcanzarla.

Logan soltó un quejido. Megan sonaba en su interior como si estuviese empleando un cuchillo largo, afilado.

—Soy el laird de Evertown...

Ella no necesitaba ninguna explicación más. Su silencio duró un efímero instante, enderezó los hombros para sentenciarle.

—Adiós escocés, que seas feliz.

Al anochecer el tartán le pareció a Logan terriblemente pesado. Su inseparable espada colgaba sobre su cadera. La excitación era creciente entre los que le rodeaban, pero él permanecía inmutablemente serio. Lean estaba su lado, tan serio como él mismo. Por un momento pensó que todo aquello era irreal, pero la realidad se imponía.

—Vencer o morir Logan —le dijo Lean al despedirse pues tenía que cubrir su puesto y liderar a los hombres que comandaba.

Los mercenarios, al mando de Robert Smibert, y pagado con las libras del barón Dalton, atacaron sin piedad. El primer golpe lo recibieron los guerreros jóvenes, pero el cuerpo de veteranos que los guiaba, logró repeler el ataque. Desde su posición Logan podía distinguir el avance y retroceso de los atacantes, la batalla se desnivelaba por momentos. La sangre corría a partes iguales, pero ni todos los mercenarios del mundo podría igualar en destreza y fuerza a la guardia entrenada de Evertown.

—¡Lean! —le gritó Logan—. Contén la brecha, vamos en tu ayuda.

Todo había concluido. Los mercenarios que habían quedado con vida, se marcharon cobardes, y eso había sucedido dos días atrás. Logan apresuró el paso, los cadáveres habían sido quemados, y los valientes escoceses que habían dado su vida por defender Evertown, habían sido enterrados.

Logan llegó a la casa del sanador.

—Buenos días Bannon.

—Buenos días, salvador de Evertown.

A Logan le hizo gracia esas palabras pues las pérdidas habían sido cuantiosas.

—No soy más que huesos y piel, valgo menos que cualquiera de los que yacen bajo la tierra.

El semblante triste de Logan preocupó a Bannon. Al sangriento caos de los muertos en la batalla, hubo que sumar los heridos. Todos los hombres y mujeres que podían sostenerse, habían ayudado, primero buscando heridos entre los cuerpos, después consolando a los vivos. Bannon sabía que algunas heridas eran más difíciles de curar que otras, y las que mas dolían solían ser las menos visibles.

—Bannon, el consejero sabiamente me ha indicado que las exequias de Lean —pronunciar su nombre fue tremendamente doloroso para Logan—,

deberían realizarse en unos días. Necesito saber cuantos de los heridos de los heridos podrán estar en pie el día de su funeral.

—Mi ciencia es inexacta, ni yo mismo lo sé. —Pareció que lo pensaba un instante antes de contestar—, pero puedo decirte que los que estaban bajo mi cuidado ya están en pie.

Logan sacudió la cabeza lentamente, quería quitarse de los ojos las horribles imágenes que habían quedado grabadas en su retina cuando amaneció el día y el suelo era un mar rojo de cuerpos.

—Te agradezco lo que hiciste por Rosslyn. Tarde he comprendido todo lo que Lean significaba para ella.

Bannon contempló el rostro serio del laird, y suspiró.

—Aun queda mucho por hacer, y cuando todo acabe, cada habitante de Evertown se alegrará de tenerte como laird.

Bannon se mantuvo callado un instante, batallando entre lo que debía y lo que deseaba decir.

—Y ahora he de preguntarte, ¿qué piensas hacer con la sassenach?— ¿Con Megan? —el corazón de Logan se detuvo un instante, para latir de nuevo de forma apresurada y sin control.

—A los dos tendrás que agradecer más de una cabeza cercenada. Los dos hermanos lucharon bajo las órdenes de Lean antes de caer.

La sorpresa llenó el rostro de Logan y la esperanza su corazón.

—¡Creí que habían abandonado la ciudad antes de la batalla!

—¿Huir? —Bannon dejó la pregunta en el aire. La contestación tendría que buscarla él mismo—. Se marcharon esta mañana. En el momento que Roy consiguió ponerse en pie, y Megan pudo asegurarse de que Rosslyn quedaba bien cuidada. Fueron de gran ayuda. Harás bien en agradecerse, y aquellos a los que salvaron también. Si la batalla fue tu misión, Megan lleva desde entonces burlando a la muerte sin descanso.

Las palabras de Bannon resonaron en pecho.

CAPITULO 20

El camino de vuelta al hogar se le estaba haciendo tremendamente pesado. Se rio de sí misma por el pensamiento cobarde. Bien sabía ella que estaba más pesada que a la ida. Cuando descubrió lo evidente, se preguntó cómo se le habían podido pasar desapercibidos los otros síntomas. Ahora entendía los períodos de nauseas y hambre. Todos esos sentimientos que habían aflorado en ella, y que achacaba a aquello por lo que había pasado, no eran más que otro detalle que se había perdido. Recordó a Rosslyn mientras saboreaba la palabra madre, la echaba tanto de menos que había estado tentada a contárselo, pero sabía que no podía hacerlo, la decisión había sido de ella, y ahora no se volvería a atrás.

Habían hecho un alto en el camino. Acababan de cruzar la frontera y ella estaba encantada de poder hospedarse en casa de Jennifer Pattison, la niñera de ella. Hacía muchos años que no la veía.

—Megan, debemos partir mañana —dijo Roy enjuto—. Ya llevamos mucho tiempo fuera.

—En el fondo, no deseo volver —admitió apesadumbrada.

Roy soltó un exabrupto.

—Si tu preocupación es Dominic March, ya estás libre —Megan lo miró cansada—. Yo me encargaré de dar las oportunas explicaciones a padre y madre, además de muchas otras.

—Estoy cansada Roy, necesito algo más de tiempo para reponerme. Si me marcho ahora contigo, Jennifer me abrumará a preguntas, y no sé si estoy preparada para contestarlas.

—Pero Megan, si tardas demasiado padre vendrá a buscarte, y te arrastrará incluso si no quieres.

Megan sonrió.

—Solo será unos días más.

Roy sabía que tenía la batalla perdida.

—Prométeme que serán solo unos días —preguntó Roy muy serio.

Pero los días prometidos pasaron con la rapidez de un pestaño. Al principio Megan se había limitado a comer y a dormir protegida por su niñera, pero un accidente en una granja cercana, varió sus planes. Megan no podía marcharse pues la necesitaban como sanadora, y estuvo tan ocupada que el tiempo fue aún más rápido.

Los pocos días que le habría prometido a Roy, se habían multiplicado. Ella había inventado tantas excusas en los mensajes que enviaba a su madre, que comenzaba a repetirse. Fue poco después cuando Jennifer le preguntó sobre su partida. Ambas sabían que sería mucho más peligrosa cuanto más lo demorase, y lo que la hizo decidirse fue la conversación que mantuvo con su niñera.

Megan entró a la casa después de sanar al hijo pequeño de los Morgan.

—¡Ya estás de regreso! —dijo Jennifer.

La mujer estaba sentada y cosía ropita de bebé. Megan se dijo que su niñera nunca se cansaba de cuidar niños.

—¿Y esa ropita que coses...? —no concluyó la pregunta.

Jennifer la miró con una sonrisa.

—Es para Maggie Sullivan, va a tener el tercero, y confío que ahora sea una niña, se lo merece.

—Es posible que Maggie necesite mi ayuda.

Su niñera la miró, y se le borró la sonrisa de la cara.

—Poco debes querer a tu madre cuando le infringes semejante tortura.

Megan soltó una exclamación ahogada.

—¡Amo a mi madre!

Los ojos de la niñera se entrecerraron.

—Creo que muy pronto aprenderás cuánto se quiere a un hijo, y por eso me extraña tu actitud, y tu demora en buscar el sabio consejo de Lucinda.

Megan salió cabizbaja de la sala. La conversación de Jennifer le había supuesto un duro golpe pues había demorado demasiado el regreso a casa.

Se acarició el abdomen, y la vida que latía en él se movió bajo su mano, sonrió feliz.

—Es hora de partir.

Cuando Roy fue a su encuentro y se fijó en su vientre que ya se advertía lo que guardaba. Apretó los labios. Ahora entendía la reticencia de su hermana para llegar a Carwinley.

Los dos hermanos emprendieron el regreso prácticamente sin hablarse.

Se unieron a un grupo de comerciantes cuya ruta transitaba durante buena parte del recorrido por los mismos lugares por los que ellos tenían que marchar. Los caminos eran más seguros cuando se hacían en compañía. Todos se mostraban animados, pero Megan no era la mejor compañía en esos

momentos. Ansiaba llegar a casa tanto como lo temía. Aún tenía un gran problema que resolver, más bien un problema creciente que resolver.

Cuando al fin se separaron de los comerciantes el recorrido a casa estaba muy cerca. Megan suspiró cansada

No fue consciente de la proximidad de Carwinley hasta que estuvieron cerca. El pueblo había comenzado a engalanarse con ropajes de fiesta. Respiró oliendo el lugar poblado de buenos recuerdos. Su hogar estaba tan cerca que apenas podía esperar. Aceleró el paso todo lo que podía hasta precipitarse sin aliento en el interior de la casa de sus padres.

Su hermano Glenn se volvió precipitadamente al oír los pasos, se había dejado la puerta abierta. Se quedó mudo, el embarazo de Megan era tan evidente que no necesitaba explicaciones. Ella vio la sorpresa en sus ojos y su rechazo la hizo pararse en el umbral.

Pero Roy acudió en su ayuda. Rodeó los hombros de su hermana con un brazo, y sonrió. Permaneció de pie a su lado, dejando con claridad su posición respecto a Megan: era su bastión defensivo. Glenn la miraba furioso, manteniendo la distancia como si el vientre de ella fuese contagioso.

Glenn usó todos los argumentos para que Megan le contase cómo había llegado a ese estado. Primero había usado su comprensión, después su paciencia, y finalmente su enfado.

—¡Deja de gritar! —la voz de Roy se hizo oír sobre los gritos de Glenn.

Megan estaba pálida, cansada. Se había negado con rotundidad a decir nada sobre el padre o la manera en que se había quedado encinta. Y cuanta más resistencia ponía ella, más intentaba presionarla Glenn. Estaba claro que ella ya no era la joven que se dejaba amedrentar por los gritos de su hermano.

Lucinda dejó la montura al cuidado de un mozo de cuadra sin esperar a su marido. Había visto un carro cerca de la puerta, y no dudaba de que Megan había llegado ya.

—¡Maldita sea! ¿Quién es? —la pregunta de Glenn sonó tan fuerte en los oídos de la madre que frenó sus prisas.

—No me grites —contestó airada la voz de Megan.

—¿Fue Dominic March? Porque lo encontraré y lo mataré. Tienes mi palabra, ¡juro que lo mataré!

—¡Nadie me forzó!

Lucinda llegó a la sala donde estaban sus tres hijos, y con el esposo un paso por detrás de ella. Glenn estaba de espaldas a la puerta, tenía los brazos a los costados del cuerpo tan rígidos, que parecían dos barras de hierro. Roy

le conminaba con la mirada a que se contuviese. Y en medio estaba Megan, su hija, pálida, hermosa, y embarazada.

—Madre —dijo Megan avergonzada.

Y Lucinda se tomó un tiempo en dar un primer paso. Su mente era un caos, ¿Qué había pasado en todo ese tiempo en el que su preciosa hija había estado ausente? Tras un instante de vacilación, se acercó despacio, finalmente le abrió los brazos. Craig Wolfe, el padre, se quedó clavado al suelo. Sufrió un sobresalto al ver a su pequeña. Luego se llenó de ira y estalló con un ronco bramido.

Los tres hijos se giraron sobresaltados.

Craig no podía entenderlo, miraba a Megan como si le hubiesen salido tres cabezas sobre los hombros.

—¡Juro que alguien pagará por esto! —dijo señalándola—. Comenzando contigo.

El padre caminó directamente hacia ella con claras intenciones. Lucinda se interpuso entre su marido y la cólera que destilaba.

—¡No, Craig, no! —exclamó la madre, pero el padre no llegó a golpear a la hija porque Roy lo sujetó del brazo.

—Puedes herirla —le dijo con voz conciliadora—. O al bebé.

—Debemos tranquilizarnos —dijo Glenn conciliador.

—Vamos a ser abuelos, nos guste o no, y debemos escuchar la explicación que Megan tenga a bien decirnos —Lucinda le suplicó con la mirada a su marido que contuviera su furia.

Megan se había acobardado por completo. Ante la alegría que sentía de ser madre, no había pensado en el honor de sus padres, en la honra de la familia Wolfe.

—Guardaré mis cosas y me marcharé —la voz de Megan sonó a renuncia.

Craig estaba loco de furia, pero amaba a su hija, la quería, pero sus acciones lo habían cubierto de vergüenza. Había mancillado su honor, el de toda la familia. Ya no podía quedarse en Carwinley.

—¡Vete, y no regreses jamás!

Lucinda soltó un grito de espanto. Glenn parpadeó porque veía a su padre irreconocible.

—Entonces yo me marcharé con ella —reveló rotundo Roy.

—Vamos todos a calmarnos —repitió Glenn que había tomado la situación entre sus manos.

—Nadie se marchará de aquí —dijo la madre, que parecía haberse recobrado de la sorpresa—. Igual tienes un esposo, y no le hemos dado la bienvenida.

El rostro de su hija mostró un dolor profundo. Craig se dio cuenta de que tenían que escuchar las explicaciones de ella.

Megan miraba de forma suplicante a su padre, que mostraba en su semblante lo que sufría por ella.

—¡Padre...! —Craig soltó un suspiro largo.

—Primero te daré la bienvenida y luego te golpearé hasta dejarte sin sentido —Megan sabía que no era cierto, así que se lanzó a los brazos de su padre.

Craig tenía un pecho grande y un corazón generoso.

—Voy a averiguar quién es —la amenazó su hermano mayor.

—Sí, y lo matarías —dijo Megan cansada—. ¿Piensas que te lo permitiré?

Realmente ella no pensaba decírselo jamás, y difícilmente podía saberlo de otra manera, era un secreto sólo de dos. Y de Rosslyn recordó Megan con añoranza. Le costaba poco darle a Glenn lo que pedía si eso lo hacía feliz. No podría cumplir jamás esa promesa dada.

—Ahora, comienza las explicaciones que nos debes —dijo la madre llevándosela lejos de sus hermanos, y con el padre siguiéndolas de cerca.

Cuando las dos estuvieron sentadas en la biblioteca, Megan carraspeó para aclararse la garganta.

Y les contó su escapada de Carlisle para ser la aprendiz de Bannon, el mejor sanador de toda la cristiandad. Le explicó la relación del barón Dalton con los mercenarios sajones que quemaban granjas y obligaban a marcharse a los propietarios. Le contó la implicación de Dominic March en el intento de asesinato de un laird para provocar la guerra entre clanes y posicionar a Inglaterra contra ellos. Cuando el padre se dio cuenta de que ella había estado en las Tierras Altas, blasfemó.

—¿El hijo que esperas es del sanador? ¡Porque lo mataré! —Megan suspiró al escuchar a su padre.

—El padre de mi hijo es el laird de Evertown.

Craig saltó de la silla como un resorte. La miró entre espantado y horrorizado. ¡Un laird! ¡Un maldito escocés!

—Padre, lo amaba —fue todo lo que Megan respondió.

Craig tuvo que tragar varias veces antes de poder formularle la pregunta

que le quemaba en los labios.

—¿Hablas en pasado, Megan?

Se quedó callada un momento, después alzó el rostro y miró a su padre con atención.

—Sí —afirmó rotunda.

Craig Wolfe no necesitó ninguna explicación más.

Megan había aprendido mucho como sanadora, y puso en práctica todo lo aprendido. Sus días trascurrían en una lenta repetición de visitas, dada la cercanía de la fiesta de primavera, el ambiente en el pueblo era de felicidad. Ella agradecía en silencio no tener que salir demasiado del círculo protector de su familia, aunque empezaba a estar cansada de que las conversaciones cesaron de inmediato en cuanto llegaba, para seguir en el tono quedo de los cotilleos. No dudaba de que hablaban sobre todo de ella, parecía que había sustituido a otro chisme reciente.

Glenn la encontró en la plaza, y la preparó. Cuando se lo dijo, Megan tuvo que en él para no caer. La noticia de que Dominic March había sido localizado y capturado, hizo que su corazón empequeñeciese hasta adquirir el tamaño de una nuez. Sus temores se presentaban ante ella cuando empezaba a sentirse serena.

—El sheriff de Carwinley desea hablar contigo.

—¿Conmigo? —el rostro de Megan se tornó blanco.

—Padre le contó al sheriff la implicación del barón en el ataque a la ciudad de Evertown —Megan se tapó la boca con las manos—. Te está esperando en casa, pero no te dejaré sola bajo ningún concepto.

Glenn la acompañó hasta la casa, y tuvo que empujarla para que entrara. Megan tuvo que esperar a que sus ojos se acostumbrasen a la tenue luz interior antes de verlo. El sheriff estaba sentado. Tras él estaba su hermano Roy.

Megan cogió fuerte la mano de Glenn que la acompañaba. Por algún motivo loco, había creído que el barón estaría en su casa esperándola.

—Megan —dijo el sheriff—. Estoy aquí para escuchar con tus palabras los hechos que te llevan a acusar a March. Mide lo que dices con cuidado, pues una traición es demasiado seria para tomarla con ligereza.

Megan narró con detalle como se había encontrado con March en Beattock. Su relación con los mercenarios, el jefe de ellos le pareció sajón. Le habló del intento de asesinato del laird de Evertown, aunque no se explayó mucho, y cuando llegó al día siguiente, los recuerdos desfilaron tan vívidos

que tuvo que detenerse para recobrar el aliento.

—Fue en esa marcha cuando intentó violarme —afirmó seca.

—¡Lo golpeaste! —preguntó el sheriff.

¿La acusaba? Su sangre ardía de indignación.

—Si dudas de mi palabra, ¿para qué esta reunión?

—Porque es tu palabra contra la de lord March.

Megan no podía creérselo. ¿Qué hacía ese despojo entrando en el salón de su hogar?

Megan dio un paso atrás. Necesitaba salir de allí como fuese. La mano de Roy, que estaba a su espalda se posó sobre su hombro y detuvo el retroceso que ella había iniciado. Glenn también se colocó a su lado. Su padre no se movió.

—Estoy contigo, Megan.

El susurro la hizo detenerse del todo. Rozó los dedos de su hermano. Desde una puerta abierta que daba al patio trasero se oyó un tumulto de voces.

—¡Bastardos, soltadme! —tronó la voz de March mientras le empujaban para que entrase.

Parecía que lo sujetaban preso. Megan se tapó la boca para contener el grito que luchaba por salir de su garganta. Lord March tenía el rostro magullado y los labios hinchados, pero lo que había hecho gritar a Megan no era él sino el guerrero que estaba tras él.

Logan la miraba con ojos tan asombrados como ella a él. Megan se volvió a mirar a Roy.

—¡Te mataré! —le dijo entre dientes antes de girarse hacia March de nuevo.

Lo ocurrido desde su llegada comenzó a desfilarse de nuevo ante sus ojos, ahora entendía lo que los cotilleos escondían. ¿Así que Logan era el chisme que ella había ignorado? Las miradas de ambos se encontraron, llenas de tantas preguntas, hasta que ella vio como Logan descendía lentamente para posar sus ojos sobre la parte sobresaliente de su cuerpo y volvía a ascender de nuevo. Megan cerró los ojos para no ver todos los reproches que esperaba recibir de él

—No podéis juzgarme —se oyó la voz de March—. Soy el barón Dalton.

—Eres el barón Dalton, cierto —el tono gélido con que Glenn lo dijo, hizo temblar a Megan—. Pero estabas en las tierras del clan McIlvanney,

armado, y con intenciones ocultas a la corona.

March miraba a Megan con el odio vertiéndose a raudales. Sus ojos se redujeron calculadores, un segundo después sonrió cínico.

—Fui en busca de mi prometida —con una sola frase había obtenido la atención de todos—. ¡Miradla! —dijo atrayendo con su grito todas las miradas sobre Megan—. Ella lleva a mi bastardo, pero estoy dispuesto a reparar el daño.

—¡No! —el grito salió ahogado del pecho de Megan—. ¡Miente!

Nadie pareció ver que Logan se acercaba peligrosamente al barón, si la ira bastase por si misma para matar, March habría caído fulminado bajo el vendaval de furia en que se había convertido Logan.

—¿Juras que eres el padre? —preguntó el sheriff.

—Sí —afirmó cínico March.

La duda estaba sembrada. Roy la sostuvo mientras su rostro perdía todo color. Un grito de dolor brotó de la garganta de March, su rostro tenía una cinta roja de sangre goteando de la mejilla a su cuello. Logan estaba frente a él. La espada brillaba en su mano y la determinación en su mirada.

—¡Quieto! —exclamó Glenn—. Estás en Inglaterra.

Le recordaba que un escocés no podía matar a un noble en Inglaterra porque sería juzgado y sentenciado aunque tuviera motivos válidos para hacerlo.

Por un momento parecía que él no escuchaba a nadie. Los nudillos de la mano que contenían la espada se tornaron blancos de la fuerza con que la sujetaban. Se oyeron pasos, y una voz de trueno.

—El laird de Evertown es el padre de mi nieto.

Lord Craig Wolfe acababa de hacer su aparición en el salón de su casa. En el momento en el que se había enterado de que el sheriff quería interrogar a su hija, y de que había aparecido el barón Dalton, había corrido como nunca. Además venía acompañado del duque de Lovely en representación de la corona, y un séquito de policías que arrestaron al barón y se lo llevaron a Londres donde sería juzgado. El duque se despidió de Wolfe, y el salón se quedó en silencio.

El sheriff de Carwinley optó por retirarse porque sus servicios ya no eran necesarios, pero antes de marcharse, Craig Wolfe le pidió un favor al oído. El hombre le hizo un gesto afirmativo.

—Arrestadlo —ordenó a dos de sus hombres.

Logan se quedó perplejo viendo que lo apresaban. Su espada cayó al suelo, y Roy la recogió.

—Padre que... —Megan no podía continuar la frase.

¿Por qué arrestaban a Logan?

Craig le explicó a su hija todo lo que había acordado con la corona. Se habían arrestados a los mercenarios que había contratado el barón para desestabilizar la zona fronteriza, a otros se les había expulsado. Inglaterra quería la paz en la frontera y que se acabaran las escaramuzas e incursiones escocesas. Logan había aceptado la demanda de la corona, y había ofrecido su palabra, a cambio pidió que cesaran las maquinaciones y los complots de los ingleses para enfrentar a los clanes con el propósito de que abandonaran sus tierras.

Wolfe tenía una propuesta que hacer por el bien de su nieto, y expuso su decisión firme e irrevocable, y que resultó en un bien para todos. La corona vio con buenos ojos el matrimonio entre el laird escocés y la hija menor de Craig Wolfe.

La unión de ambas familias lograría la estabilidad y la paz que tanto anhelaban.

La boda se programó en tiempo record.

—Serás una novia preciosa, Megan —dijo Lucinda colocándole una flor sobre el cabello trenzado.

—Seré una novia enfadada, madre. ¿No podrías convencer a padre? —dijo Megan en un último intento—. Ni siquiera me ha permitido hablar con Logan.

—Megan, creo que ya faltaste a tu palabra para con la familia cuando te metiste en esto. ¿Faltarás de nuevo a la promesa que te arrancó tu padre?

—No madre, no lo haré.

Lucinda la apremió.

—Entonces, sonríe.

—¿Sonríen los corderos antes de ser degollados? —preguntó Megan.

—Sonríen las personas que saben que la felicidad está esperándolas en todos los sitios, porque vayan donde vayan la llevan con ellos —Megan miró

a su madre sorprendida—. Y ahora vamos, tu padre nos espera.

—¡Madre!

—Bien, salgamos, al fin y al cabo estamos de fiesta, aprovechémoslo.

Lord Wolfe entregó a su hija de acuerdo al rito inglés de casamiento. El momento del intercambio de palabras llegó, y el silencio se hizo entre los presentes.

Mientras los miraban Logan se arrodilló a sus pies.

—Megan Wolfe —Logan le susurró muy bajo para que nadie lo oyera la palabra sassenach—. Prometo amarte y respetarte todos los días de mi vida. Te ofrezco mi corazón, mi protección, y la seguridad de mi hogar.

Megan miró a Logan y le gustó la sinceridad de sus ojos. Cuando la ceremonia concluyó, los esposos fueron separados por dos grupos: los hombres intentaron emborrachar a Logan, y las mujeres adular a Megan.

En el rincón donde estaban sus dos hermanos, Roy sonrió a Glenn antes de hablar.

—Se atrapan más moscas con miel que a manotazos —presumió Roy.

—No tientes a la suerte, esta vez tu consejo ha salido bien, pero por el de ambos espero que la mosca no sepa como ha caído en la miel.

Ambos rieron a carcajadas.

—Vamos Glenn, aprovechemos la fiesta.

Buscar a Megan entre los que le rodeaban no resultó tan fácil como en Evertown. Fue el padre quien interceptó su mirada.

—Logan, brindemos por llegada a la familia, y por la marcha de mi única hija a un lugar peligroso —dijo con voz doliente.

—Jamás sufrirá daño alguno en Evertown mientras me quede un soplo de vida.

Suegro y yerno bebieron sellando la promesa de que Megan viviría bien y protegida al otro lado de la frontera.

—Ven, amor mío —la voz la instaba dulcemente a que fuera hacia él—, todavía no te he dicho cuánto te amo —le dijo el esposo a la esposa.

La primera caricia le rozó la frente, la segunda recorrió su nariz hasta llegar a su boca, los labios de Logan sustituyeron a los dedos que la rozaban. Ella cogió su cabeza bebiéndoselo.

—Logan, yo también te amo, pero me entristece que te hayan obligado a casarte.

El laird la miró con ojos de cervatillo.

—Nadie me ha obligado —confesó—. Me ofrecí gustoso porque deseo pasar el resto de mi vida contigo.

—¿En esta parte de la frontera? —lo provocó ella.

—Me dolió mucho que no me dijeras que estabas encinta, pero pude entender tu miedo y tus cavilaciones.

Megan se mordió el labio inferior algo preocupada.

—No lo sabía cuando me marché de Evertown.

—Ya no importa, Megan.

—¿No estás enfadado conmigo?

—No podría estarlo porque te amo.

—Yo también te amo.

—Lograremos que la frontera que separa tu hogar y el mío desaparezca.

Megan cerró los ojos porque nada deseaba más: que ya no hubiese más luchas y muertes entre escoceses e ingleses.

Ninguno de los dos esposos salió al día siguiente de la cama. Logan le hizo el amor sin prisas, saboreándola despacio, hasta hacerla enloquecer mil veces, y saciarla otras tantas. El tiempo giró y pasó ante ellos, pero no lo vieron. Permanecieron unidos de abrazo en abrazo hasta que la noche llegó de nuevo. Megan apoyaba su cabeza en el pecho de Logan, jugaba descuidadamente metiendo los dedos entre el vello ensortijado y oscuro de su cuerpo. El movió la mano que tenía posada en las caderas de ella, acariciándola despacio hasta llegar a su vientre. Una onda recorrió la palma de Logan.

—¡Caray! —dijo Megan. —Creo que tenemos hambre.

—Creí que ya habíamos satisfecho eso— dijo Logan sorprendido— pero siempre podemos...

Se quedó parado en mitad de la frase, Megan sonreía con felicidad satisfecha, con la boca, con los ojos, con el cuerpo.

—No me refería a ti y a mí, se trata de ella— dijo mirando la colina de su barriga.

—¿Ella? —una ceja escéptica se elevó en el rostro de Logan.

—Ella, sí, nuestra preciosa hija —dijo Megan mirándolo—, por cuyo bien espero que se parezca a su inteligente madre inglesa, y no al terco escocés que la engendró.

La sonrisa de Logan se expandió por su rostro, hasta que las carcajadas fueron audibles incluso fuera del cuarto.

—¡Al menos no será una sassnach como la madre! —se burló él.

—Voy a ser muy feliz contigo en Evertown —le confió ella dulcemente—. Y me encantará casarme contigo de nuevo, pero por el rito escocés.

Megan estaba deseando volver a ese lugar maravilloso donde había sido tan feliz.

Logan pensó que al fin estaban de acuerdo en algo.

©2019 Kate L. Morgan

Corrector de estilo y tipográfico, Carmen Marcos

©Shutterstock, de la fotografía de la cubierta

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.